

ESTAMPAS DE MI CIUDAD

ALFONSO

GARCIA

MUÑOZ

**estampas
de
mi ciudad**

QUITO — ECUADOR
S. A. 

ES PROPIEDAD

1 9 3 6

Imprenta Nacional

DEDICATORIA

A la chulla quiteña, bordadora de inquietudes, que va por esas calles salpicando la sal de su gracia coqueta y tentadora.

A. G. M.

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Moderno Amor — Novela

Cinco Cuentos

Nuestra Señora la Moralidad — Comedia

El Médico que pretendió la Gloria

Estampas de mi Ciudad.

CARTA-PROLOGO

Señor Don
Alfonso García Muñoz,
Ciudad.

Distinguido amigo:

DESDE hace algunos meses había leído con sumo interés, más aún, con entusiasmo, los artículos que usted publica con frecuencia en EL COMERCIO y que se titulan "Estampas de mi Ciudad".

Son verdaderos cuadros de costumbres que revelan al observador perspicaz que no se limita a copiar del natural, sino que las realza con pinceladas oportunas que dan relieve a esos cuadros y además colorido a esas escenas.

VIII

No faltan comentarios rápidos y oportunos, frases ingeniosas y originales, brotes chispeantes y regocijados; de manera que los artículos de usted causan sana alegría, son amenos y revelan al escritor que describe la vida real de nuestra ciudad de Quito, que hace sonreír y no estallar en carcajadas estrepitosas, sino experimentar esa agradable satisfacción que se siente ante la burla delicada que no llega a los lindes del chascarrillo grotesco y de la caricatura deforme.

Los artículos de usted recuerdan a los del antioqueño Emiro Kastos, o sea Juan de Dios Restrepo, casi insuperables en la literatura colombiana y aún en la de América.

Entre nosotros ha cultivado este ramo don José Antonio Campos, con habilidad e ingenio; pero los artículos de usted difieren de los que escribe el inteligente y fecundo escritor guayaquileño, tienden menos a realzar el ridículo de las escenas, son más vividos, si cabe la palabra; y esto es mucho decir tratándose de usted que comienza la carrera literaria, cuando por su edad y versación el señor Campos ha obtenido ya merecido renombre dentro y fuera de la República.

Entusiasmado con la lectura de uno de los artículos, manifesté a un amigo de usted, que es también amigo mío, el deseo de conocer a quién en forma tan ágil y seductora pinta las

IX

Estampas de mi Ciudad. Fui presentado a usted y me causó sorpresa el encontrarme con un jovencito, cuando me imaginaba yo que el autor de los artículos era persona de cierta edad, ya avezado a las labores literarias y al manejo de la pluma.

No habrá olvidado usted que entonces le insinué que coleccionara los artículos y con ellos formara un libro, a fin de que no tengan la efímera vida a que están condenados los artículos que se publican en la prensa diaria.

Aceptó usted mi indicación y luego he sabido, por referencia de usted mismo, que se publicará el libro. Está usted de plácemes por su recomendable propósito. Lo están igualmente quienes, después de haber leído sus artículos, quieren referirlos cuando el libro aparezca. Lo está, en fin, nuestra literatura, pobre en lo que se refiere a escritos de la índole de los suyos.

Y usted ha querido que mi felicitación, que no es estudio crítico, porque para ello no tengo las dotes necesarias, sirvan algo así como de prólogo para su libro, que seguramente merecía el aplauso de persona más autorizada y que disponga de mayor tiempo para escribir el preámbulo y el análisis del libro que ha de ser recibido con general aplauso.

A propósito. He leído también un libro de usted, que me era desconocido. Se lo ha publicado el año anterior y contiene una serie de artículos breves que no desmerecen de sus Estampas, que son de la misma índole de éstas, aunque a veces un tanto serias, hasta donde lo permiten los temas elegidos; pero reflejan también al observador y costumbrista que, si toma en broma la vida, deja caer algunas gotas, si no de amargura, de reflexiones que en veces se acercan al desengaño y al pesimismo. Así, dice usted, con tanta exactitud como tristeza: "El ataúd es el último cenicero que el hombre utiliza".

De los artículos de este libro me han gustado sobre todo los que se titulan Estoy Enamorado, La Mentira, El Pobrecito Pobre, Lucha de Sexos, ¡1.950!; pero los he leído todos con agrado, porque todos tienen amenidad, soltura e ingenio.

Con todo, los exigentes pudieran hacer insignificantes reparos y encontrar lunares que casi nunca faltan ni aún en el rostro de la más hermosa mujer. Contribuya a desterrar el empleo de neologismo innecesarios y a veces mal sonantes, como obstaculizar. ¿A qué viene este verbo, cuando hay el castizo y elegante obstar? De obstar se deriva obstáculo y es antigramatical formar otro verbo de la palabra derivada, como lo sería si se dijera receptaculizar, porque de recibir se forma re-

XI

coptáculo. Empéñese en que no se diga emprender en, porque la proposición está por demás. Se emprende negocios y no se emprende en negocios. Asimismo, como usted lo sabe, el verbo impersonal haber no tiene plural. Seguramente le habrá chocado a usted leer u oír hubieron toros en la Magdalena.

Mi aplauso es amplio y los reparos serían insignificantes, sobre todo si se considera que usted es uno de los escritores más jóvenes, de quien mucho se puede esperar todavía, por el desenfado con que maneja la pluma, por la originalidad, por el acierto e ingenio al reproducir y comentar las escenas de este Quito nuestro, tan querido, tan digno de que se ocupen en él, en sus diversos aspectos, como el elegido por usted, escritores que, como usted mismo, tienen aptitudes tan recomendables.

Y para concluir, reiterándole mis felicitaciones, dándole mi voz de aplauso y estímulo, que aunque poco valen son sinceros, me complazco en suscribirme su afectísimo amigo.

L. F. BORJA

Quito, agosto de 1936.

CASI AUTORETRATO DEL AUTOR

—SIN AUTO Y SIN RETRATO—

Amanecía.

El cielo tenía una claridad desconcertante.

Algunas estrellas entonaban sus últimos cantos de luz a la noche perdida.

La Osa mayor, en paños menores, burlona se asomaba por la ventana de la aurora.

El ki-ki-ri-kí de un gallo trasnochado, desfloraba la virginidad del silencio.

Los árboles, perezosos, se estiraban después de su coito con la noche.



El amanecer me envolvía en su capa de luces deslumbrantes.

Y extasiado. Bebiéndome con los ojos todo lo hermoso que podía beberme, me quedé pensativo.

Una, dos, tres campanadas por todas partes ambularon, cabalgando en las ondas.

Eran las tres.

De pie, en la esquina de una calle, laminaba mi vida entre los rodillos de mi pensamiento.

○ Mi tristeza duró pocos minutos. En la proveta de mi espíritu eché las sustancias que, reaccionando, me volverían al optimismo.

XIV



Yo no puedo estar triste. Porque soy alegre. Y alegre voy por la vida tocando el saxofón de mi entusiasmo.

Yo no puedo estar triste. La tristeza es el dios a quien veneran los cobardes.

La tristeza es la morfina de las almas.

Las embriaga embruteciéndolas. Y queda, después, el dolor de haber sufrido.

Sobre todos los hombres llueven al igual las amarguras. Unos se descuidan y se calan hasta los huesos. Otros—y en estos voy yo—se cubren con el impermeable del carácter.

Y las tristezas pasan tocándonos apenas....



La golondrina de un pensamiento se posó en el alero de mi reflexión.

Pensé que nada hay mejor como el humor. Nada comparable a la alegría.

Al placer de encontrar en todas las cosas el lado que incita a sonreír.

Estoy convencido que más se consigue sonriendo que sufriendo. Porque todo se torna oscuro cuando el terrón de azúcar de las penas, se diluye en el café negro de las contrariedades.



¿Qué una mujer nos engaña? Sonriamos.

¿Qué la pobreza nos ahorca con sus tentáculos en forma de necesidades? Sonriamos.

¿Qué enviudamos? Matémonos de risa.

¿Qué un amigo nos desprecia? Hombre, qué risa!

¿Qué nos creen virtuosos? Sonriamos.

Ríamonos de todo. Pero no con la risa estúpida del que no comprende.

Precisa reírnos de nuestras fatalidades, cuando lleguemos al convencimiento de que ellas ya no tienen remedio.

Hartarse de risa, de risa honda y sentida, cuando otros en igual caso no harían más que expresar el limón de sus lágrimas! He aquí el secreto para ser feliz.

Nosotros debemos reír cuando otros lloran.



Hay que reírse de la vida. Para que la vida no se ría de nosotros.

Todo en el mundo es factible de risa.

Odio a la parte seria de la humanidad.

Detesto a los desesperados que creen en la gravedad de las cosas.

Mientras más sonriamos, más creeremos que somos felices.

¿Por qué estropear la vida con amarguras, tristezas, sufrimientos, lágrimas y demás sistemas que se usan para apresurar nuestra liquidación definitiva, cuando la muerte nos haga reír con más holgura?

¿Por qué dar tanta importancia a los incidentes por los que pasamos en el cotidiano vivir?

¿Sensibilidad? No. Creo más bien que ello se debe a un deseo inaudito de aparecer sensible, cuando se carece en absoluto de sensibilidad.



Que las mujeres lloren. Está bien.

Pero que los hombres, aquellos que fueron hechos para la lucha por la vida, no comprendo cómo pueden permitir lágrimas en sus ojos.

Hay hombres que lloran como niños, porque una mujer tuvo el acierto de negarles una noche de amor.

Hay hombres que gimen porque fueron desgraciados en política.

Los hay que se desesperan ante un fracaso que nada tiene que ver con el de Wáterloo.

¿Qué tienen un hijo más? Ji, ji, ji.

¿Qué su antigua novia se ha casado? Ji, ji, ji...

¿Qué le despiden del empleo? Ji, ji, ji...

¿Qué la estilográfica le ha salido mala? Ji, ji, ji...

¿Qué más mala le ha salido su mujer? Ji, ji, ji...

Y convierten su vida en un túnel, en el que todo es oscuridad. Tétricas sombras.



Mi cerebro se paró de pronto en su pensar.

Indagué la causa de este paro. Y, naturalmente, no obtuve contestación.

Indignado, entonces, resolví interrogarle detenidamente cuando hubiera descansado.

Y con la premura que el caso requería me embarqué en una coktelera—vulgarmente autobús—y me dirigí a mi habitación para encontrar al sueño, con el que tuviera una cita la noche anterior.



LA PLAZA DEL MERCADO

LAS seis de la tarde.
Nos lo dice todo:
el obscuro y triste color del cielo; el trajín de obreros y
empleados que han abandonado sus labores y se encami-
nan a sus casas; la sirena de la Universidad que gime
potente y lúgubre; los campanarios de las iglesias que
cantan con sus campanas sonoras, los cantos del cre-
púsculo; y, por último, nuestro reloj que con sus di-
minutas manecillas negras, señala exactamente las seis
de la tarde.

Esta hora triste en la que raras veces alegra el sol,
me dió en la esquina de la calle "Pichíncha", junto al
Mercado Central. Y estaba en esa esquina esperando

a mi novia —incumplida como la mayoría de las novias—, que tardaba más de lo ordinario.

Pintoresco es el cuadro que se presenta a los ojos de quien es amigo de observar. Los alrededores del mercado, con sus callecitas estrechas, tienen un aspecto simpático: gentes que pertenecen al verdadero pueblo ambulan en busca de sitios en donde yantar. Las vendedoras de frutas, con sus charoles de madera en las ródillas, sentadas en las aceras, ofrecen a los transeúntes los serios y reconfortantes aguacates; las sonrientes reinas claudias; los coquetos guaytambos, que conquistan con su hoyuelo picaresco; las orgullosas naranjas; los plátanos fraternalmente unidos en una gran cabeza; los duraznos sonrosados, ostentando un rubor que no sienten; las frutillas humildes y provocativas; la misteriosa e impenetrable chirimoya; y así una infinidad de frutas, hermosas y multicolores.

A otro lado, en la misma calle, canta un poeta del pueblo ante un auditorio compuesto de pintadas cocineras que con canasta al brazo, escuchan los acordes de la guitarra y la voz compungida y llorosa del poeta —comerciante; de obreros enfundados en "overalls" azules; de indios con ponchos rojos como el ají, que suspiran tristemente al oír la canción que hace estremecer sus almas; de soldados con gorras kakis y abrigos grises, que mientras escuchan miran curiosamente al pobre bardo; de longuitas de anaco, fuertes y coloradotas, que en silencio van repitiendo la letra de los cantos; de albañiles que, con sombreros de paja toquilla, alpargatas, y manchas de cal en la cara, guiñan los ojos a las longuitas de anaco, coloradotas y fuertes; de golfos que se entretienen, olvidándose de cumplir los encargos de sus padres. Todos prestan atención; todos sufren, cuando el canto dice:

Donde te fuiste madre querida
que no regresas a mi poder,
en estos brazos vos me criastes
y me dejastes a padecer.

Todas las canciones tienen la misma música: triste, sollozante, amarga. Semejan una plegaria nacida desde el fondo de sus grandes dolores, a esta raza injustamente relegada al olvido; a esta raza, base de las democracias; a esta raza que merece mayor estimación, mayor cariño. Y ese canto que se eleva como en espirales de angustia y de nostalgia, es el único canto que alegra, desgarrando, los pechos de los que sí pueden llamarse proletarios. (No está mal este párrafo, ¿verdad?)

Más allá, subido sobre una mesa, un hombre grita las ventajas de sus medicamentos: ungüentos para la piel; polvo para los dientes; jabón para el tocador, al mismo tiempo que para limpiar metales. Con voz estentórea y brutal va explicando el proceso científico debido al cual ha logrado inventar esas medicinas. El auditorio, atento y entusiasmado, poco a poco se va dejando convencer ante la verbosidad atropellante de aquel hombre. Y después de media hora de charla incesante, logra colocar gran número de sus falsos medicamentos.

Otra calle: es una hilera de casuchas construidas con palos como columnas y con techos de tela u hojalata. Bajo ese techo, existe un cúmulo de mercaderías curiosas y heterogéneas. Cosas viejas o de segunda mano, que han sido adquiridas por la tercera o cuarta parte de su precio efectivo. Ahí están los libros de escuela, vendidos por los chiquillos que tienen la clara visión de que nunca llegarán a saber nada de lo que enseñan tales libros; ahí están muchas, muchísimas cosas que hemos perdido un buen día, y que han sido realizadas por cria-

das sin honradez y por hijos sin dinero. Una infinidad de frascos, bien lavados y relucientes, alineados como soldados de verdad, esperan compradores. Los clavos, extendidos en el suelo, parece que durmieran el eterno sueño de suponerse inservibles. Tapas de cristal, cucharas, tenedores, cuchillos, platos, todo aguarda su destino de volver al movimiento y a la vida.

Otra calle: casuchas más bien puestas; ropas baratas; telas que busca y adquiere la gente pobre; esa gente que con el poquísimo jornal que llega a sus manos el sábado por la tarde, derrocha en camisas bordadas; en anacos de colores subidos; en rebozos malva o azul eléctrico; en blusas de hechuras raras, llenas de encajes, lazos y mil adornos.

Por las calles que circundan el mercado central hay un zumbido como de abejas. Casi se hace imposible el tránsito. Los mercaderes callejeros propagan a gritos sus mercaderías. Todos se codean, se mezclan y se confunden.

Pintoresco es contemplar estas calles, llenas de una animación y vida extraordinarias. Ya las había observado demasiado y mi novia no llegaba.

Cansado de esperar, resolví cancelar la cita. Y emprendí la retirada, mientras el poeta del pueblo entonaba esta canción:

Amigo tú no comprendes
lo que los sufrires son,
pues hay seres inconscientes
que niegan al corazón . . .



EL BENDITO AUTOBUS



PARE. pare! — grité angustiado, al ver que el ómnibus pasaba como una exhalación.

El ómnibus frenó. Frenó dos cuadras más allá. Corrí. Y nervioso y anhelante me embarqué.

¡Viajar en ómnibus en nuestra augusta San Francisco de Quito! Bella promesa para los espíritus aventureros; para quienes aman lo ignoto y viven del misterio de lo desconocido.

Pero no divaguemos —que dice Quitonian. Y hablemos, más bien, de todo lo que en un viaje rápido pudimos apreciar desde la Plaza de la Recoleta hasta la Plaza en la que se levanta la estatua de Don Simón.

El ómnibus, agobiado por el excesivo cargamento de humanidad, subía gruñendo la calle "Maldonado" e iba dejando atrás casas vetustas carcomidas por los siglos. Casas modernas de líneas petulantes que, como ciertas señoritas, guardan la línea a trueque de enfermar. Llegamos, con toda felicidad, al Puente de La Paz. Y el ómnibus, deteniéndose un instante, emprendió la subida con entusiasmo digno de mejor causa. La calle de La Ronda, con sus casas desiguales, sus curvas imprevistas, y su clásica estrechez, nos da la idea de que estamos en plena Colonia. Esta callecita tortuosa, en las noches en que Diana nos muestra su faz sin polvos, se presta galante para que los poetas que aún quedan entre nosotros, embozados en oscuras capas españolas, se trasnochen a caza de aventuras con señoritas sentimentales.

Mientras estos pensamientos, en alocada fuga, pasan por nuestra imaginación, el ómnibus domina la subida, respira fuertemente y se planta en la esquina del Arco de Santo Domingo. Con la parada intempestiva, para no caer, tuve que abrazarme a una señora jamona que iba delante de mí, brindando miradas auríferas a un caballero de bigote "a lo Hitler". La señora jamona no protestó. Estas paradas bruscas de los ómnibus ocasionan a los pasajeros gratos momentos de esparcimiento, a la vez que graves compromisos. Véase: un señor, seriote todo él, que iba cogido con ambas manos de una agarradera, al parar el vehículo, salió disparado y fué a caer sentado en la falda de una señorita que dió gritos terribles ante sorpresa semejante. ¡Viajar en ómnibus es divertidísimo!

Ahí está el antiguo y hermoso Arco de Santo Domingo, bajo el cual, en tiempos que pasaron para siempre, las procesiones de Corpus desfilaban prepotentes, os-

teutado su grandeza y magnificencia. La "Loma Grandé", una de las mejores calles de la ciudad, se nos presenta rectilínea como una conciencia sin remordimientos. Al final, la "Mama-Cuchara", nos ofrece el busto de Mejía Lequerica y la hermosura de modernos y bellos edificios que muestran el progreso de esta Villa del Señor San Francisco.

Nuestras ideas se ven rotas de pronto. El ómnibus, con precipitación de marido celoso, arranca y siembra el pánico entre los pasajeros timoratos. ¡Sólo los aventureros, los luchadores, podemos viajar en ómnibus!

Tenemos ante nuestra vista la Plaza Sucre, en cuyo centro, Don Antonio José de Sucre, el héroe del Pichincha, sin desfallecimientos, continúa con su diestra extendida señalando el campo en que los soldados de verdad, brindaron sus vidas por la santa causa de la Independencia. Bajo su pecho bronceado, hay quienes creen que aun continúa latiendo el corazón del Abel Americano. ¿Por qué no?

El templo de Santo Domingo, con su torre que atisba el azul luminoso de los cielos y su gran reloj —ojo potente que mira el tiempo— da a la Plaza Sucre un aspecto hermosísimo por todos admirado. En esta Plaza todo es movimiento, todo es vida. Se confunden el coche de punto y el auto veloz; los camiones cargados de mercaderías; los tranvías, lentos pero seguros —¡qué caramba, hay que decir la verdad! Algarabía halagüeña que se mezcla con el gritar incesante de los voceadores de periódicos. Los "claxons" de los automóviles ponen la nota estridente, a la vez que nos avisan que la muerte anda cerca de nosotros.

El ómnibus avanza hasta la calle "Guayaquil", arteria de la urbe dedicada al comercio. Antiguamente

--y aún hoy-- se la llamaba la calle del "Comercio Bajo". Autos que se cruzan, transeúntes apurados y el movimiento propio de una arteria comercial, dan el sello de la ciudad moderna apremiada por la intensidad del vivir presente. La esquina del Banco de Préstamos, en la que modernísimos edificios hablan del progreso de Quito. En la calle "Bolivia", el Teatro Bolívar, magnífico y hermoso, se alza como orgullo de nuestra ciudad. Más allá, la calle "Chile", en la que escribanos, abogados, tinterillos, "chulqueros", con sus respectivas víctimas, *ambulan*, --los ojos desorbitados, el andar nervioso-- en busca de papel sellado y de jureros falsos. ¡Qué callecita tan simpática es! En la esquina, el viejo templo de San Agustín, con su leyenda del Señor de la Portería, y su maravilloso convento que es un museo de arte, contrasta, por el ambiente de paz y de quietud que infunde, con el loco vaivén de la calle de las Escribanías.

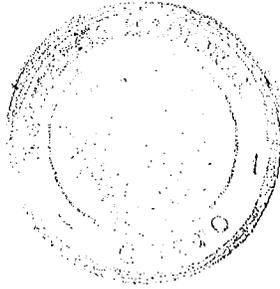
El ómnibus principia el descenso de la calle Guayaquil. A todo volar nos lleva, como si tuviéramos apuro de desaparecer. No repara en obstáculos. No obedece señales del tráfico. La velocidad ante todo. Los pasajeros, conscientes del peligro, vamos desgranando nuestras preces predilectas para morir en paz y en el seno del Señor. Parece que ya mismo nos hace añicos un auto que se nos viene encima. Pero se esquivo, curva: ¡nos hemos salvado! Nuestros corazones tiemblan, se estremecen. Se abren asombrados nuestros ojos. Y nuestras nerviosas manos, sin darnos cuenta, acarician la esbelta espalda de la señorita que va delante de nosotros. Un sudor frío corre por nuestras frentes. Las mujeres se desmayan. Los hombres casi soñolozan. Todos tiemblan, todos sufren el vértigo de la velocidad. Y el chófer, indiferente, sordo ante los la-

mentos, continúa su marcha devorándose la distancia y amenazando la vida de todo el mundo.

Sin saberlo, para de golpe en la Plaza Bolívar. Respiramos. Hay un revuelo entre los pasajeros. No queda uno sólo en el ómnibus. Todos, defendiendo sus vidas, prefieren andar a pie. Bajamos con los sombreros ladeados, las ropas en desorden, nublados los ojos. Y al sentirnos seguros sobre nuestra madre tierra, agradecemos a la Providencia que vela por la integridad de nuestras personas.

Y para despreocuparnos, entretenemos el tiempo admirando la estatua de Bolívar que pretende subir a los espacios cabalgando un brioso corcel, nervioso y piafante, que quiere para sí el orgullo de llevar a Don Simón hacia la gloria.





EL CORREO

ME escribirán?
¿No me escribirán?

Mientras deshojo la margarita de mi preocupación con estas preguntas intrascendentes, me dirijo a la Casa de Correos o Palacio de Comunicaciones, como la llaman los amigos de presumir.

Son las cinco de la tarde. El cielo está nublado. Un frío intenso penetra hasta donde puede penetrar el frío: hasta los huesos. La calle "Sucre", por la que camino, está casi desierta.

Disfrutando de su salud y de sus buenas digestiones Martense baja por ella, con paso lento, como si fuera

urdiendo alguna de sus crónicas. ¿Conoce usted a Martense, estimado lector? ¿No? Pues voy a presentarle: Martense es un hombre. Un hombre de más o menos cuarenta y ocho años; de estatura casi elevada; gordo todo él, y rebosante de vida. De ojos escudriñadores que, cuando miran, lo hacen burlonamente. Un bigotito oscuro subraya su labio superior y da en qué pensar a la elegancia. A Martense puede faltarle el bigote, pero el bastón no le falta nunca.

Saludamos afectuosamente. Y con su aire de felicidad sigue calle abajo, contemplando de reojo a una chiquilla.

Llego a la esquina de la Plaza de San Francisco, en cuyo centro, Monseñor González Suárez, piensa en el mal que se hacen los ecuatorianos al no acatar aquellas palabras suyas: "Preferible es morir al aire libre y con arma al brazo, antes que envueltos entre los hilos de la diplomacia". Al fondo, el templo de San Francisco eleva sus torres hacia los espacios. Un atrio de piedra, con una gradería magnífica, completan la belleza y grandiosidad de este templo, el más antiguo de la Capital. A un costado, Fray Jodoko, con salida de baño, defiende en su regazo un haz de trigo, con pleno derecho de propiedad.

El cielo se pone más sombrío. Las nubes se tornan negras. Y en el ambiente hay un presagio de lluvia. Sigo por la calle "Pichincha", con dirección al Correo. Caen las primeras gotas. Corro una media cuadra y llego jadeante, propinándome un pisotón a un caballero que me mira airado y dolorido.

—Usted perdone—le digo.

—Continúe—responde educadísimo, queriendo comerme con los ojos.

Y entro en el edificio. Una bulla terrible, como un

zumbar de moscardones. Hay una masa compacta de gente que no es lo mismo que "gente compactada", ¿verdad? Todos hablan. Corrillos de tres, cuatro y cinco personas charlan entusiastas. Los rostros tienen el signo indeleble de la espera. Porque en aquellos momentos las señoritas del Correo se encuentran clasificando la correspondencia. La gente se arremolina alrededor de las ventanillas que permanecen herméticamente cerradas. Un reloj enorme, con unos punteros que andan a saltitos, va triturando el tiempo entre sus complicados engranajes.

Miro rostros desconocidos, en los que la esperanza dibuja sonrisas de felicidad. Me codeo con señoritas que aguardan misivas amorosas que les arranquen la resolución final. Estoy junto al comerciante que, mentalmente, hace las operaciones matemáticas que le dejarán la modesta ganancia del ciento por ciento. Contemplo al estudiante inquieto y nervioso, que espera una carta que habrá de traerle el odioso metálico que le permita disfrutar de su libertad y buen carácter. A mi lado, un intelectual, sueña en las alabanzas que, de allende los mares, le traerá el correo. Por ahí está la mujer casada que ansía recibir carta de su recordado esposo, para saber hasta cuando puede gozar del amor . . . a la distancia. Y no falta el imberbe mozalbete que está ahí por mera curiosidad. Ni el tenorio de profesión que ansioso contempla a todas las mujeres, declarándose con los ojos. Ni el viejo verde que, aprovechando el apretujamiento de gente, palpa las redondeces de señoritas que se esfuerzan por ganar un puesto junto a la ventanilla. ¡Una Babel, queridos lectores!

Todo, por las cartas: aquellos papelitos llenos de patitas de moscas que se llaman letras. Por las cartas —gaviotas de papel que no conocen distancias—, que

nos traen un anhelo o nos producen una desilusión. En ellas el alma encuentra un sedante del sufrimiento; o un abismo para su desdicha. ¡Son una cosa muy seria las cartas!

Noto un revuelo en la gente. Es que se han abierto las ventanillas y principia el reparto. Es decir, comienza la tragedia. La tragedia de sentir pisotones, codazos, empellones, todo matizado con una que otra palabrota que da carácter a la escena y hace ruborizar a las mujeres.

Y oye usted un desfile interminable de diálogos:

—Chepa Toapanta, señorita.

—No hay —dice una buenamoza de la ventanilla, al tiempo que lanza una mirada aurífera a un caballero de hongo café con leche.

—Si debe haber, señorita.

—No hay, señora —asegura la empleada, con la seguridad de quien no está seguro de nada. ¡Ni siquiera del empleo!

—Ese bandido no me ha escrito— dice la "chola", mientras lucha por salir de aquella masa humana.

Y nombres y más nombres llegan a nuestros oídos, desfigurados por el bullicio. Y por los gritos de:

!El Telégrafo!

¡El Universo!

¡Zumbambico!

¡Semana Gráfica!

Estamos en plena tragedia. Con el furor de hombres civilizados, la gente se abalanza sobre las ventanillas. Ha perdido su eficacia la educación. Y domina el instinto del hombre de las cavernas. No importa estrujar a la señorita, ni maltratar a la señora, ni pisotear los delicados "pieces" de una dama que se aventura en esos combates: la cuestión es conseguir la carta a todo tran-

ce. ¡Aún a trueque de entrar vestidos en aquella lucha y salir sin ropas y sin carta!

Pero esto tiene sus encantos. Su emoción. Cuando vamos al Correo estamos dispuestos a luchar, a combatir, enarbolando la bandera de nuestro modesto nombre, con la íntima seguridad de la victoria. ¡Somos un pueblo de luchadores! No cabe duda.

—Cójanlo, cójanlo!—grita un señor de levita, precipitándose sobre un golfo que, zigzagueando, corre por entre la gente.

¿Qué pasa? Lo de siempre: aprovechando el tumulto, el "carterista" ha desvalijado de su cartera a un ciudadano. Esta noticia, nos obliga a llevar la mano hacia el bolsillo en el que guardamos nuestro capital: unas pocas contraseñas

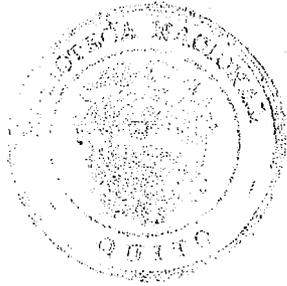
Cansado de esperar, me decido a salir. Mañana voy pensando—regresaré. Prudentemente inicio la retirada. Pero no puedo salir, porque llueve torrencialmente.

Y en la puerta del Correo, para entretenerme, contemplo el caer continuo del agua. Junto a mí —también entendiéndose— está una señorita de la Costa. Para hacernos amigos, la pregunto:

—¿Qué le parece el clima de Quito, señorita?

—Primaveral—me responde con una seriedad a prueba de dinamita.

**EL PARQUE
DE LA INDEPENDENCIA**



NADIE como los quiteños para guardar la tradición. Semana Santa, Corpus, Finados, Inocentes, Carnaval, hablan de aquel especial afecto que los quiteños ponemos en todo ese enjambre de tradiciones que nos legaron nuestros antepasados.

¡Con qué fruición nos preparamos para la "fanesca"! Para Corpus, el "rosero" está listo desde la víspera. Las "guaguas" de pan y la "mazamorra morada" piden a gritos una delicada boca, en el día de Difuntos. El agua, en Carnaval, espera impaciente mojar a los transeúntes que se aventuran por las calles de Quito en días en que

las pulmonías, las bronconeumonías y los resfríos hacen su agosto. Y los Inocentes, con su locura de bailes y de máscaras, encienden en nuestros espíritus la tea de entusiasmo.

Consecuentes con la tradición, los quiteños podremos faltar a todo menos a dar un paseito por la plaza de la Independencia, en las mañanas de los Domingos. Esta plaza es el centro donde se reúne la élite de las capas sociales de la Capital. Ahí están el "chullita" petulante, sin sombrero, con bastón y con botainas, que anda por compases, balanceando alternativamente los brazos y dejando, al pasar, una estela de perfumes de idiotéz. El caballero distinguido que pone ante los ojos deslumbrantes de los pobres curiosos, un brillante magnífico clavado en su corbata. La señorita de manta, toda ella tapadita, que se encamina a misa con apurado paso. El indio descalzo, con poncho colorado, que mastica "tostado" y va dando pellizcos a la longa de "anaco" que camina delante. La señora de proporciones alarmantes que siembra la admiración y el pánico por doquier. El señor aristocrático que, con su perfil espiritual, nos hace convencer de que los pergaminos ya no sirven para nada. El obrero que va contemplando envidioso los escaparates de los almacenes, mientras piensa en la revolución social. Señoritas elegantísimas, hermosas y atractivas, cuyos andares ponen en fuga los buenos pensamientos. Golfos vendedores de periódicos. Y el señor Pontón, una de las figuras más populares de Quito, que desde las primeras horas de la mañana canta las noticias de los diarios con voz potente de tenor desperdiciado. ¿Le habéis oído las últimas noticias de la guerra de Abisinia? ¿No? Pues, aquí tenéis una muestra: ¡Cuarenta mil muertos huyen des-pavoridos, al iniciarse la gran ofensiva con Italia!

Y pasemos adelante

Cumpliendo, pues, con la tradición, nos encaminamos a la Plaza de la Independencia.

La mañana es apacible. Bajo un cielo azul y sereno, el sol brilla esplendoroso, como si hubiera sido frotado con Bon Ami. Ni una sola nube en el espacio. Calma en los cielos. calma en nuestro espíritu que anhela descansar del vaivén de su diaria actividad.

Llegamos a la Plaza en la que el Parque aristocrático tonifica el ambiente y nos ofrece su hermosura. En el centro, orgullosa se yergue la estatua de la Libertad; levantada por la gratitud de los quiteños. Una columna de granito sobre la que descansa una mujer—haciendo base el mundo— y portando en la mano una luz: no sé si para alumbrar el Parque o para alumbrar el mundo. A sus pies, un león herido, anuncia al Universo que la cosa ya no tiene remedio. Una cadena hecha pedazos indica a los incrédulos que, cuando la esclavitud domina, el cóndor de la Libertad destruye todo aquello que se opone a su poder y a sus anhelos. Alrededor, como un extraño símbolo, otras cadenas no dejan pasar adentro a los curiosos. ¡Conquiste usted la libertad para esto!

Flores, árboles, pájaros y militares alegran este Parque, el principal de nuestra bella urbe. Cipreses, con melenas "garzón", cual centinelas silenciosos, hacen guardia de honor a floridos rosales que coquetean, para pasar el rato, con los claveles, los tulipanes, los pensamientos y geranios que crecen, alegres y lozanos, para ofrendar sus perfumes y sus gracias, a todos aquellos que aman y admiran la naturaleza.

Bajo sus frondas, las parejas de enamorados se hablan de amor y se engañan mutuamente al jurarse ado-

ración hasta la tumba. Los desocupados, enhebran sus angustias y sus hambres. Y los señoritos que gozan de renta, dejan volar las horas sin pensar en nada ¡Es costumbre de los señoritos que no trabajan!

Yo no sé el mágico sortilegio que este Parque tiene. Pero es lo cierto que entra usted en él y aun cuando no lo quiera termina hablando de política, por más refractario que usted sea a este arte de adquirir enemigos, entre dos inclinaciones de cabeza.

Alguien me ha contado que muchas revoluciones se han fraguado al pie de la estatua de la Libertad. Y a todos nos consta que la legítima sal quiteña tiene su manantial en ese mismo lugar. Chascarrillos políticos, "cachos" y comparaciones intencionalmente burlonas, nacen en los corrillos que al caer la tarde, se forman en este Parque.

¿Y quiere usted escuchar escalofriantes relaciones de aquellos combates en que se ofrecían sangre y vidas? Vaya usted al Parque de la Independencia, caro lector. Siéntese en un banquito verde. Y espere unos minutos. A poco, junto a usted tomará asiento uno de los héroes de bigote trenzado, andar rotundo y voz cavernosa, que sabe de los heroísmos de Don Eloy y le da a usted las fechas exactas de combates sangrientos que estremecen y hacen temblar aún a los espíritus más fuertes. Le cuenta a usted hazañas espeluznantes con naturalidad tal, que llega a oír el retumbar del cañón y los ayes de los heridos que mueren gritando: ¡Viva la Patria! Y esto no le cuesta a usted nada. Ni siquiera un cigarrillo, porque los Militares Retirados han fumado tanto, que detestan este vicio de las mujeres de estos tiempos.

Principia la retreta. Toca la banda un vals románti-

co. Los pechos se estremecen. Ríen los ojos. Los labios callan. La música nos envuelve en su manto de benéfico consuelo. Al escucharla, unos se alegran, sufren otros. Para todos trae distintas emociones.

A poco, chiquillas elegantes van llegando en bandadas—como las golondrinas. ¡Pero más seductoras que las golondrinas! Van a la misa de doce de la Catedral. Unas con sus mamás. Otras sin sus mamás; pero con sus novios. El gozo y la alegría vienen con ellas.

Las campanas de la Catedral anuncian que la hora de la misa se acerca. Es la última llamada. Aumenta el bullicio. Las golondrinas policromas corren hacia este viejo templo a cumplir con el precepto: oír al novio y descuidar la misa.

A un costado de la Plaza de la Independencia osténtase el magnífico templo de la Catedral. Un atrio de piedra con una gradería monumental, nos muestra el arte y la paciencia de quienes la ejecutaron. En la esquina de la calle García Moreno una cruz, de piedra también, abre sus brazos al misticismo y nos da idea de cómo andaban las cosas antiguamente. Tallados de gran valor artístico tiene la puerta de entrada que da a la calle Bolivia.

Al fondo, en la calle "García Moreno", el Palacio de Gobierno con sus columnas, su hermosa azotea y su reloj—que tiene la virtud de atrasar bastante—nos hace pensar en todos los Presidentes que en el Ecuador han sido. Es muy bonito este Palacio. Y de gratos e ingratos recuerdos. En su atrio, por ejemplo, fue victimado García Moreno, aquel hombre grande para quienes le admiraron y para quienes le combatieron.

El Congreso (Q. E. P. D.) funcionaba también en

este Palacio. A propósito: cuentan que, por las noches, desde el 26 de septiembre de 1935, se oyen ruidos, alborotos y discusiones en las Cámaras Legislativas que hoy yacen frías, tristes, abandonadas... Seguramente, los espíritus de Senadores y Diputados, aún no llegan a ponerse de acuerdo en que dejaron la vida terrena para aumentar el número de ángeles, arcángeles y serafines...

Por dentro, el Palacio...

Pero esto va haciéndose largo y cansado como un viaje en el Ferrocarril del Norte. Terminamos aquí, con el perdón de ustedes.

LA CALLE DE LA RONDA

LA noche está tranquila como una persona sin deudas. El cielo límpido, con millares de estrellas que se apagan y se encienden, como guiños picarescos. La luna no asoma por ninguna parte. Debe estar oculta detrás de algún tejado, con recelos de salir a mostrarnos su cara sin maquillaje. No corren el viento ni los tranvías. Se respira calma. Quietud. Y paz.

Hermosas son las noches quiteñas. Hermosas para volver a los tiempos del romanticismo que hizo poetas a nuestros abuelos y aburridas a nuestras abuelitas.

Pero no podemos retroceder. Y no podemos ser totalmente románticos en esta época de la velocidad y la vorágine.

Envuelto en mi capa a lo Humberto Salvador, voy casi de incógnito por estas calles de Dios. Contemplo a todo el mundo y a mí nadie me identifica, porque tengo el embozo tan extremado que sólo aparecen mis ojos para observar. Muy pocos tenemos una capa española que acredite nuestro anhelo de poetas y nuestra pedantería de querer aparecer "coloniales". ¿Para qué nombrar a los poseedores de esta prenda, herencia de Castilla, que existen en la ciudad de Quito? Todos los conocemos. Todos los hemos visto ostentarla con lujo y con orgullo, llevando sobre sus hombros como una reliquia de épocas que se pierden en los túneles del tiempo.

Empaquetado, como un helado seco, avanzo por la Plaza de Santo Domingo. Voy a una visita. Don Antonio José de Sucre, con aquella paciencia propia de los héroes, sigue en su postura inmutable y eterna, señalando con su diestra el campo en el que conquistó la gloria. No le importa el sol abrasador ni la lluvia pertinaz. El frío de las noches heladas tampoco le inquieta. Nunca un catarro, jamás un resfrío. ¡Don Antonio José de Sucre parece de bronce!

Dan las ocho en el reloj de Santo Domingo. Las campanadas van cayendo, de una en una, a estrellarse en el pavimento.

Poca gente en la Plaza. Los automóviles de alquiler, alineados, esperan clientes a quienes transportar, devorándose distancias. Los coches de punto duermen su siesta acostumbrada.

Bajo por la calle "Maldonado" hasta el puente de

“La Paz” o de “Los Gallinazos”, como lo llamaban antiguamente. Desde él se contempla la calle de la “Ronda”, semioscura, con más curvas que una mujer. Poca, poquísima luz. Algunos bombillos esparcen sus débiles rayos. Calle de embrujamiento, con sus casas desiguales y sus aceras de juguete, que nos lanza, al recorrerla, a los tiempos de la Colonia. Por ella avanzo en pos de mi visita.

A mano derecha está la “Casa Posada”, medio vetusta, como agobiada por el peso de sus culpas. Esta casa de lenocinio en la que sucumbe el amor a impulsos del instinto. En donde el honor se transforma en interés y la virtud deja de ser virtud para convertirse en santa hipocresía. Dos ventanas, como pupilas satánicas, miran a los transeúntes con sus marcos viejos. Y una puerta —boca que absorbe dignidades— tiene como laringe un zaguán en cuyas medias tintas danza el pecado la danza del deseo. ¡Cuántos corazones palpitaron de emoción al llegar a las puertas de esta casa sombría, obscura por adentro y obscura por afuera! (Encarezco al lector sentimental dedique cinco minutos de meditación y de silencio, por todas las víctimas del Chaco). Pero dejemos de filosofar. Y vamos a lo que vamos— que dijo Aristóteles.

Más allá está la casa a donde voy. Llego a su puerta. Golpeo. Pregunto por la persona a quien busco. Y me responden que ha salido. ¡Lo que sucede siempre que uno va a visitar a los amigos!

Regreso, pues, con paso lento y con malhumor. Estrecha —como una amistad verdadera— es la calle de la “Ronda”. Los balcones de las casas casi se besan, de lo cerquita que están. El empedrado desigual da dificultad al andar. El silencio, que se extiende a lo largo

de toda la calle, invita a pensar en lo cansado que resulta vivir. En una tienda suena una guitarra al compás de un pasodoble. Se oye, a lo lejos, el ladrido de un perro. (Este detalle no podía faltar). Llego al "Túnel de la Paz" y tomo la carrera "Maldonado". Al pasar por una puerta de calle, escucho un rumor de conversación. Presiento la aventura y me pongo a observar. ¡Curioso como es uno! Vi y oí lo siguiente que cuento a mis robustos lectores:

El zaguán está un poco obscuro. Pero alcanzo a distinguir a un "chapita" que arrimado a la puerta, teniendo en sus manos una olla pequeña, maneja la cuchara con habilidad. A su lado y sentada en el suelo, una chola que a primera vista parece buenamoza, conversa con él. Es una cocinera, no cabe duda.

—¡Qué rico locro de cuero!— dice el "chapa", relamiéndose, entusiasta.

—Pensando en vos mismo ¿hice —responde la cocinera.

—¿Y arrocito seco también hicieron? —pregunta, vislumbrando un porvenir brillante.

—Sí. Dizque ha de pasar el viejo sin arroz...

—Ois, Chepita, decíme una cosa. ¿Qué tales son tus patronos?

—Ay, callá. Más bien comé...

—¡Contestame no más, pes!

—Es que me dan furias cuando miacuerdo. ¿Has de creer que aura demañana, el viejo ese me pellizcó aquí? Y la chola señala su cadera contorneada.

—¡Viejo bandido! Y vos qué dijiste, pes—protesta el chapa, dejando de comer.

—Me puse brava, pes...

—¡Caráspita! ¡A mí que me hubiera pellizcado! Esto,

a cuenta de que tienen empleo de Gobierno, se abusan, cara...coles.

—Y has de creer que la mujer viene a decirme aora que le diga "niña"?

—¡Vieja desgraciada! En tu orgullo dizque vais a decirle "niña".

—Figurate...

Sigue el chapita atacando el loco de cuero.

—La vieja es bien miserable. Mihace las cuentas de la plaza hasta el último nicle.

—Mientras más ganan son más sucios estos...

—Pero yo, me doy maña de gastarme unos rialitos tomando salpicón en el mercado. ¡De capricho di de robar!

—Bien hecho, Chepita. Así hay que ser con estos sucios... Onde trabaja, pes, el viejo.

—En un Ministerio croque trabaja. Y cuando quiere que le aumenten el sueldo, le manda a su mujer bien pintada, a que le palanque...

—¿No es muy vieja?

—Callá. ¡Si es menor que el marido!

—Razón suben estos desgraciados!... Trai el arroz, más bien!

La chola le da otra ollita. Y el chapa se lanza contra el arroz, con furia premeditada.

—Yastoy cansada de esta cocina. Mihacen lavar, co-ser la ropa; me mandan a los recados y todo por seis sueres al mes.

—Vos, en cualquier parte podís ganarte más. Yo voy a poner bocas para buscarte otra cocina.

—Y vos, ¿cómo estáis pes, en la Polecía?

—Bien fregado. Hechos los de disciplina hacen hacer ejercicios toditos los días. Y uno se cansa, pes, de tan-

to andar. Encima, hay que estar en la esquina moviendo los brazos para un lado y para otro lado, expuesto a que cualquier chulla desgraciado, hecho el futre, le pise con el auto. ¡Uno se causa, pes, porque no es de fierro!

—Y cuando viene, pes, tu mujer de Tabacundo...

—Le escribí que se quede no más. Para qué ha de venir, pes...

Las nueve dan en el reloj de Santo Domingo.

—¡Puchas, ya son las nueve! Aura que chocaran los autos en la esquina. Bueno, pes, qué me importa. ¡Uno también tiene que comer!

—De gana tenis miedo. El ronda de esta carrera también sabe meterse en esa tienda de abajo a estar tomando...

Continúa el chapita en su tarea de devorar el arroz. La cocinera, en tanto, le sigue haciendo la conversación.

—Ois, ve, aura me mandaron, pes, a dejar una máquina de coser en la Contaduría. Querían treinta sucres...

Deja de comer el chapita y pregunta:

—No tendrán, pes, plata...

—Sí tienen, pero gastan duro. Como mañana es el bautizo del guagua tierno, tienen que buscarse plata. Van a venir unas primas de ella, que le hacen ojitos al marido...

—¿Y van a hacer buena comida para mañana?—averigua el chapita, soñando en una merienda succulenta.

—Croque ván a hacer corvina.

Los ojos del chapita brillan como cocuyos.

—Prepararás pes bien la corvina, ois, Chepita—insinúa, entregándole la olla vacía y la cuchara.

Y para asegurar la comida de mañana, tierno y amoroso, le dice:

—¿Me querís, Chepita?

La cocinera, moviendo el busto de un lado para otro, con un dedo en la boca y la cabeza baja, responde, en un suspiro:

—Yati dado pruebas, pes, Celedonio... ¿Y vos?

—¡Como un bruto!—asegura Celedonio, al tiempo que la abraza.

—Dejame, no me molesteis. No vayan a trincarnos...

—Es que te quiero, pes—asegura él, abrazándole por el talle.

—A tu mujer también has de querer —dice, celosa.

—Si no le puedo ni ver. Sólo por los guaguas mi hago el bueno.

Y escucho el rumor de un beso. Luego, la despedida:

—Vendrás mañana, Celedonio.

—Sí, Chepita. ¡Pero dame otra "muchita"—pide él, enternecido.

Oigo el rumor de otro beso.

—Vendrás.

—Sí, a esta misma hora, porque me toca la misma esquina.

El "chapita" sale, limpiándose los labios con el revés de la manga, y diciendo:

—¡Ojalá no haiga venido el desgraciado ese del Ronda!

Y corre, cuesta arriba, hacia la esquina de Santo Domingo, a seguir moviendo los brazos para jugar al ajedrez con los vehículos.

EN BUSCA DE LA CEDULA

Adónde corres, cholítico?

---A la Oficina de Identificación, querido cholo.

---Ojalá te atiendan pronto, cholítico.

---Quizás. Hasta luego, cholo.

Y luego de tan simpática choleada, despídome de este amigo mío y encamino mis inciertos pasos hacia la Oficina de Identificación, situada en la carrera "Imbabura", N° 5, conforme se viene de "El Tejar", a mano izquierda.

Desde la puerta de calle, se percibe una zumbar de colmena. Se percibe una actividad inusitada en las

esferas burocráticas del país. Se adivina la lucha. Y con ánimos de batalla, resueltos, pero risueños, penetramos en la casa del doctor Avellán Ferrés —perdón, me equivoqué—, digo, en la Oficina de Identificación, y ascendiendo un número impar de escalones, nos aunamos a la masa compacta de ciudadanos, en demanda de nuestra Cédula de Identidad. ¡Vamos a cumplir con un deber!

Hombres, mujeres y niños, en aglomeración de millón, constituyen un muro humano, imposible de franquear. Todos, a un mismo tiempo, ansían entrar en la primera de las Dependencias: en la que se dan los primeros datos —nombre completo— para que, a cambio de uno, tres o cinco sures, una empleada buenamozza le entregue una papeleta —juntamente con una sonrisa— que le franqueará las puertas de las otras Salas.

Mientras nos llega el turno de sacudir un robusto billete de a cinco, miramos a nuestros compañeros de espera, y vemos a la señorita presumida que, con tres horas de anticipación, ensaya una boca chiquitita, para el momento de la fotografía; al maestro de escuela, con ceño de mártir y mirada de apóstol, que prepara un rostro de “enseñar deleitando” que ostentará su Cédula; al soldado, en cuya imaginación, la estilográfica de la idea, escribe el año en que nació; a muchas señoras, en apariencia jóvenes, que están haciendo la cuenta, mentalmente, para ver si deben haber nacido en 1870 o en 1881; a cuatro o cinco señoras de manta que una y mil veces repiten que nunca se ha acostumbrado esto y que, para entretener el tiempo, maldicen a quienes inventaron la Dactiloscopia. Oigamos un pequeño diálogo:

—¡Qué le parece, señora Anita! Aquí, perdiendo el tiempo.

—Esto es atroz, doña Consuelo. Antes no se han visto estos disparates.

—Así era. Esto es hasta un atrevimiento: le ensucian a una los dedos, le preguntan la edad, el nombre de los papás, de los abuelos y de los tatarabuelos; le fotografían a una y una sale con cara de criminal; y encima le cobran a una cinco sucres...

—Es un atropello, francamente. Hechos los modernos...

—Dicen que es para saber cuántos somos.

—He oído decir que es para coger más fácilmente a los criminales y ladrones.

—¡Disparates! En nuestro tiempo no había necesidad de estos enredos. Con esto y todo, seguirán robando y quedando impunes; matando y sin que se sepa quién es el asesino. Estas cosas modernas son peores.

—Tiene usted razón. Y no sólo en esto lo moderno es una barbaridad, fijese: antes no había agua potable y no conocíamos la tifoidea; no había excusados y todos éramos sanos y buenos; no había teléfono y vivíamos tranquilas; no había cines y todos rezábamos a las ocho de la noche el rosario, tomábamos nuestro buen chocolate y nos acostábamos; y nuestros maridos no salían a la calle, porque no había luz eléctrica. Ahora, hasta nuestros maridos han cambiado. A pretexto de cine, los viejos sinvergüenzas se están corrompiendo. ¡Esto ya no es vida!

¡Están los hombres locos!

Para pasar el rato, todo el mundo conversa. Comenta. La crítica —gillete que afeita los peros de nuestros semejantes— en actividad constante, corta y des-paña.

Las horas van caminando despacito: como las chi-

quillas de taco alto y falda corta. Al fin, nos toca el turno.

Ensimismada en su trabajo, una señorita, con la pluma en ristre, escribe nombres en un libro enorme. Otra señorita, en un talonario de recibos, extiende papeletas y más papeletas. (Como en las Contadurías).

—¿Su nombre?—nos pregunta, enfocándonos con la luz de sus dos pupilas picarescas.

—Jesús.

—¿Nada más?

—Facundo.

—¿Nada más?

—María.

—¿Falta algo?

—Del Rosario.

—¡Cuánta gente!—oigo que, detrás de mí, un ciudadano comenta alarmadísimo al escuchar mi nombre.

—¿Su apellido?

—Reinoso.

—¿Por parte de padre?

—Claro, señorita —digo sentencioso— lo que va delante es por parte de padre y lo que viene detrás, por parte de madre. Por parte de madre, me llamo Carrasquilla.

La señorita escribe. Me entrega la papeleta, conteniendo una risa, y me dice:

—Aquí tiene su papeleta, señor Jesús Facundo María del Rosario Reinoso Carrasquilla.

Pago los cinco suces y a codazos, a empujones, salgo de la masa humana que me rodea. Todos me miran con curiosidad. Es que, con mi nombre tan largo como un artículo de fondo y altisonante como un jazz-band, levanto polvareda en cualquier parte.

Ya estoy en la Sala siguiente. Empleados que riegan su actividad sobre sendas fichas dactiloscópicas, están repartidos por la Sala. Señoritas, ligeras como mariposas, con fichas en las manos, andan de Oficina en Oficina, con apremio y con los pies.

Un señor serio y conspicuo nos llama. Y nos pregunta:

—El nombre de su padre.

Su tono nos asusta. Sin embargo, decimos:

—José Miguel Antonio Reinoso.

El señor serio nos mira iracundo. Recapacita. Y pide:

—He dicho sólo el nombre y usted dice los apelativos de toda su familia. ¡Déjese de gracias!

—Señor, no es gracia. El nombre de mi padre es José Miguel Antonio Reinoso.

—Usted me está diciendo el nombre y el apellido. Quiero sólo el nombre.

La ira comienza a prender sus primeras luces en mi cara. Debo demostrarlo, porque un técnico chileno se acerca y con su sabia ciencia y sus vastos conocimientos indica, dirigiéndose al empleado serio y conspicuo:

—El nombre del señor padre de este caballero es José Miguel Antonio. Apúntelo.

Comprende la verdad el empleado serio que, para esto, ha hecho un curso preparatorio de algún tiempo, y dice:

—Tiene usted razón. No había caído en ello.

Y con la mayor sangre fría escribe en la ficha el nombre de mi padre que, desde ultratumba, contemplará riéndose este pequeño enredo. Este pequeño lío del que me salvó la técnica de un técnico.

—Su madre— me dice el empleado conspicuo.

Me dan ganas de decirle: ¡la suya! Pero me contengo. Y respondo:

—Josefina Irene.

Escribe el empleado. Pregunta:

—¿En qué día nació?

—En día bisiesto—respondo, con aplomo.

—Le pregunto en qué fecha.

—Nací el 28 de agosto de 1880, a las doce y cuarto de la noche, y atendió a mi madre la partera doña...

Asombrado me mira el empleado serio. Y con voz autoritaria, ordena:

—¡Basta, señor! Usted parece del campo. ¿Nacionalidad?

—Latacungueño—contesto, medio turbado.

—¿Es bonito el país de Latacunga?—pregunta irónico el empleado.

—Lindo —respondo—. Y tiene una ventaja: ahí no se necesitan relojes.

—¿Y a qué hora le toca a usted rebuznar?—expresa el empleado, regocijándose interiormente.

—Un cuarto de hora después de usted—expreso, con intención de herir.

Con furia me mira el empleado. Y con voz ronca, continúa:

—Usted es ecuatoriano y nacido en la provincia de León. ¿En qué pueblo nació?

—En Saquisilí —digo— pero soy más quiteño que...

—Basta, basta. Usted es de Saquisilí. ¿Su estado civil?

—Casado dos veces, señor.

—Entonces, usted es viudo. ¿Qué instrucción ha tenido usted?

—En la Escuela de los Hermanos Cristianos...

—Entonces, primaria. ¿Su altura?

Y para averiguar la altura, me llevan a un corredor. Otro empleado, entendido, seguramente, en pesas y medidas, háceme arrimar a un aparato. Y luego, dice:

—Usted tiene un metro 68.

Regreso. Doy mi altura. El empleado conspicuo la escribe. E investiga, luego:

—¿Su profesión?

—Socialista, señor.

—¿Señales particulares.

Me examina el rostro y las manos. No encontrando nada, dice al tiempo que escribe:

—Señales particulares, ¡varón!

(Para esto ha estudiado técnicamente la Dactiloscopia, ¡sí, señor!)

Acto seguido, me mira los ojos, el cabello y escribe también.

—Firme aquí.

Firmo. Y oímos que, por ahí, gritan:

—Caballero, hágame el favor.

Es una empleada. Nos acercamos con cierto miedo. En su diestra, la señorita sostiene, como una amenaza, una plancha de vidrio con tinta, en la que estamparemos nuestros frágiles dedos para embadurnarlos en negro.

Uno a uno, nos va entintando los dedos de la mano derecha. Luego, nos toma en una postura que no sé explicarla, y los va imprimiendo en la ficha que, con nuestro nombre, tiene el número correspondiente. Viene, enseguida, la mano izquierda. Entintados los dedos, dejamos las huellas dactiloscópicas en la misma ficha. ¡Qué lástima, pensamos, ya no podemos intentar nada, porque estamos registrados!

Después, un señor amabilísimo nos conduce al lavabo. Vamos con las manos en alto y con deseos de acariciar a alguien con nuestros dedos que se han vuelto negros. En el lavabo, nos fregamos las manchas de los dedos con piedra pómez y con un diminuto pedazo de jabón que nuestros antecesores nos han dejado. Luego, volvemos a ensuciarnos las manos en una toalla, tan oscura como la tinta dactiloscópica, que desde la iniciación de la Dactiloscopia en el Ecuador se la conserva, seguramente, como una joya. Volvemos a lavarnos y en un pañuelo nuestro —que también parece otra joya— secamos nuestras manos.

Nos encaminamos a la sala de la fotografía. Apiñados, hombres y mujeres, miran curiosos las poses de todos aquellos que se alistan ante el fotógrafo.

El momento que llegamos, una señorita nerviosa está en el banquillo. Sobre su cabeza, el número 1313 parece que se ríe en una mueca de embrujamiento. El fotógrafo, ágil, cambia la plancha, se cubre la cabeza con un paño negro. Y a través de su cámara mira a la señorita con la cabeza para abajo. Se acerca, luego, al banquillo; coloca el rostro de la señorita en postura adecuada. Y acercándose a la máquina, se dispone a descubrir el lente, y dice:

—A ver, señorita, míreme de frente. Un poquito más a la izquierda. Así. Fíjese, por aquí va a salir un pajarito.

La señorita espera el pajarito que no sale nunca. Y el fotógrafo aprovecha el momento para impresionarla, descubriendo el lente. Terminado.

Luego otra persona. Y otra. Y así un sinnúmero. Nos toca el turno. Tomamos asiento en el banquillo y nuestro corazón late con mayor violencia. ¡Cosas que

tiene nuestro corazón! Ensayamos una sonrisa de "barón-dandy" y una mirada inescrutable. El fotógrafo nos acomoda convenientemente. ¡Y también nos dice lo del pajarito! Estamos fotografiados, con un número sobre nuestra cabeza. Nuestro retrato será una maravilla. Lo menos tendremos cara de "carteristas". ¡Y a lo mejor, aciertan!

Al regresar a nuestra Oficina, vamos pensando en la técnica de la Dactiloscopia y en lo indispensable de esta ciencia —inventada seguramente por alguien que se manchaba las manos continuamente— en los modernos tiempos que vivimos.



Pasados los ocho días, vamos en busca de nuestra cédula. Al subir las gradas de la Oficina, nos topamos con un señor barbudo y pálido. Parécenos que es amigo nuestro. Lo saludamos. Y le preguntamos:

¿Está usted enfermo?

—No, caballero—nos responde—. Estoy con barba, con hambre y con cansancio, porque desde hace tres días estoy esperando mi turno para sacar mi cédula.

¡Pobrecito! Tanto esperar el turno, le han crecido las barbas. ¡Como en las peluquerías!

LA NOCHE DE NAVIDAD

OMO vas a creer
que voy a salir con
los "pueques" en este gentío? — dije a mi costilla, sin-
diendo caer sobre mí un Chimborazo de improperios.

—¿Cómo: vergüenza de tener nueve hijos? —res-
pondió, con un deseo ferviente de amargarme la Noche-
buena.

—Al contrario, hijita —expliqué— tengo un gran or-
gullo . . .

Entonces, ¿ por qué no quieres sacarlos a pasear?

—Es que en este bullicio se me pierden, amorcito
tuve que decir ante la fuerza de las circunstancias y

apremiado por la mansedumbre de mi mujer que tiene la bondad de una santa y el corazón de un dictador.

Discutimos una hora con mi mujer. Al fin, llegué a convencerle que si salía a la calle con los nueve hijos que Dios y ella me han dado, me volvería loco al tener que cuidarlos e impedir que se extraviaran. Y aquí en secreto, confesaré a ustedes que, por esta Nochebuena ansiaba sentirme soltero, a pesar de los años y de las canas que platean mi cabeza. Sentía en el alma no sé qué cosquilleo por respirar muy solo en las calles de mi ciudad, que en esta noche memorable rebosan alegría y son testigo de la locura de los hombres. ¡Y de las mujeres también!

Bien peinado, retorcido el bigote, salí de mi casa con ilusiones santas, a recorrer las calles y mirar a las chiquillas; a contagiarme del buen humor que todos derroshan sin medida. Y así, tomé la Avenida "24 de Mayo" y me dirigí a la carrera "Venezuela", centro en el que se reúne la gente a rendir culto a los juguetes.

¡Los juguetes! Esas miniaturas policromas —Made in Japan— que quitan el seso a la niñez y llevan la alegría a todos los pechos infantiles. En ellos se sueña, por ellos se llora en aquella edad en que lo único que nos interesa es el automóvil de cuerda, la pelota de goma, el coche y la muñequita rubia que dice "papá y mamá" a cualquier lado que se la incline. ¡Los juguetes queridos que el viejo Noel, con el dinero de papá, pone en los balcones a los niños bien educados!

Hoy es el día de los niños; de esos parvulitos que desde las seis de la tarde ponen sus zapatos en la ventana, esperando el presente del Niño Dios. Pensé en mis nueve hijos, en mi niñez, cuando en una Navidad puse mis zapatos en la ventana y me los robaron. Pen-

sé también en la tristeza de ser ya un hombre que ama ese otro juguete que se llama mujer; en la tristeza de haber dejado de ser niño por un capricho tonto de los años. De los años, que vienen sin que nadie los llame y que van dejando en nosotros la huella imborrable de su paso: la experiencia en el alma y las canas en la cabeza.

No, no quiero pensar más —me dije. Deseché los pensamientos tristes en esta noche alegre. Dibujé una sonrisa en mi rostro y seguí mi camino mirando curioso a todas partes.

Un gentío tremendo ambulaba por las calles, al impulso de su loco deseo de alegrarse, de gozar la Nochebuena. Aún los hombres serios, esos que tienen miedo a la vida, dejan sus casas y se echan a la calle. Si es verdad que no ríen, también es cierto que mitigan un poco el dolor de ser serios. ¡Serios, como una corbata negra! — que dijo el otro.

Al andar por las aceras estrechas de nuestro Quito, menudeaban los codazos. A cada instante nos empujábamos unos a otros, con la cortesía aconsejada en tales casos. Gente de toda clase y condición se dirigía hacia los Portales de la Plaza de la Independencia, en busca de entretenimientos. Y todos llevaban un pito o un apito que metía un ruido atroz; o una corneta que nos hacía oír sus destemplados sonos. ¡La grata memoria de creerse chiquillos siquiera una noche! El obrero, con su compañera de fatigas, llevando en sus brazos un obrerito de dos años, caminaba alegremente haciendo sonar una corneta. Empleados, capitalistas, desocupados, "chullitas", todo el mundo se confundía en una masa heterogénea pintoresca y simpática.

Y los automóviles, en fila india, rodaban por el asfalto

llevando en sus entrañas iluminadas mujeres bonitas que sonreían encantadas.

Contemplaba caras desconocidas. Admiraba talles de mujer magníficamente modelados y perfectamente estropeados por la gente que no reparaba en talles de ninguna clase. En todos los ojos había una chispa de alegría. Y en todos los labios, la esperanza iniciaba una sonrisa. ¡Bendita Nochebuena!

Me detuve frente a una venta de juguetes, para comprar una corneta. Yo también tenía derecho a un poco de esta felicidad infantil de la que todos participan.

—¿Cuánto vale esta corneta? —pregunté.

—¿La colorada?

—Sí, esa coloradita.

—Tres suces—me respondieron.

Esta noticia me entristeció. ¿Cómo iba a gastar los únicos tres suces que tenía? Preferí comprar un pito en cincuenta centavos. Y armado de esta arma de estridencias infernales, continué mi jira a través del Portal Municipal, avanzando paso a paso, prensado por un señor gordo que iba delante de mí y por una señora jamaona que no tenía recelo en pegárseme a la espalda.

—Señora, por favor —pedí, a mi cariñoso estorbo, ya cansado.

—¿Qué desea, caballero?—me contestó una voz de hombre que pertenecía a la señora.

—¡Me aprieta usted demasiado, señora!— contesté.

—Yo no tengo la culpa —respondió, atizándome un codazó en pleno hígado.

—¡Señora, no me ajuste que sufro del hígado!— clamé medio asfixiado por la presión de la señora.

—Yo también sufro, caballero, y no me quejo —dijo la señora.

—¿Por qué sufre usted?— averigué, al tiempo que una chiquilla me propinaba un pisotón de esos legítimos.

—Por una hija que tengo en el extranjero —contestó muy seria, subiéndome la presión a los pulmones.

A mi derecha, avanzaba una chica de unos ojos negros como un porvenir. Esta nueva compañía me dió ánimos. La miraba de reojo, pero ella no me hacía ni caso. ¡Qué lástima, con lo bonita que era!

Así, entre desgracia y desgracia, llegamos a la esquina del Metropolitano. Y lo que es el mal natural: para que nos sigan pisoteando y haciendo migas nuestros pobres, aunque modestos riñones, entramos al Portal Arzobispal en una ola de gente que nos levantó sin dificultad alguna. Nuestra peregrinación fué más dolorosa. Los pisotones redoblaron su ferocidad. La algarabía enloquecedora intentaba hacernos perder la cabeza. Aumentaban minuto a minuto los gritos de los vendedores de juguetes que aprovechaban el tiempo magníficamente. El aire nos hacía falta. Por mi parte, sudaba tanto, ¡como cuando mis simpáticos acreedores me visitan!

Al fin íbamos saliendo hacia la esquina de la Concepción. Después de un esfuerzo sobrehumano que acabó con los botones de mi chaleco, gané la calle y respiré a mis anchas. ¡Oh, qué jira tan hermosa había realizado!

De pronto, las campanas de "La Merced" entonaron sus cantos llamando a los fieles a la misa del gallo. Y era de ver cómo corrían las mujeres, los hombres y los niños, a cumplir con aquel precepto establecido por la tradición.

Yo, que soy liberal radical —y bolchevique cuando estoy fuera de casa— me sentí tentado de concurrir a

la misa del gallo y enfilé hacia el templo. Junto a mí, una viejecita de manta, iba rezando el rosario mientras andaba.

El templo se hallaba maravillosamente iluminado. Los fieles, medio dormidos, ocupaban lugares estratégicos de acuerdo con sus deseos de descansar. Un gentío aterrador se encontraba repartido por todas sus naves y no había sitio ni para un alfiler, como dicen vulgarmente. ¿Oían la misa? No, señor. Dormían tranquilamente, soñando en las novedades que les traerá la Navidad.

Después de la misa compré unos tamalitos donde el "chino", frente a la Policía, y me encaminé a mi casa, con la conciencia de haber pasado una noche encantadora. ¡Encantadoramente idiota, como habrán comprendido mis queridos lectores! Es que los años, señores, le impiden a uno toda expansión, toda alegría verdadera.

HABLANDO CON DON SIMON

PASO el Carnaval,
dejando su acostumbrada estela de catarros, resfriados y pulmonías. Pasó, sembrando el terror en las pobres víctimas del agua, que en días como estos aventuráronse por las calles. La locura de otros tiempos va desapareciendo. Ya no son aquellas luchas campales de barrio a barrio en que se comenzaba con agua y se terminaba con sangre. La civilización y la Policía van logrando, poco a poco, desterrar la tradicional y terrorífica costumbre de mojar a cuantos mortales aparecen. Quizá algún

día consiga destruirla totalmente. ¡Lástima, con lo bonito que es mojarse hasta los huesos!

Pasó Carnaval y vino el Miércoles de Ceniza. Otro día tradicional en el que hombres y mujeres, con extremo arrepentimiento de sus culpas, reciben en su frente la cruz de ceniza, mientras escuchan aquella sentencia: "polvo eres y en polvo te convertirás". Esa sentencia que nos habla del fin que habremos de tener y que se olvida tan pronto como la cruz desaparece. Pasará también este Miércoles de Ceniza y vendrá el jueves del "chuchaque". Es decir, que los días seguirán corriendo como suelen correr los días: monótonos y tristes. Siempre iguales.



¿Qué escribir para esta semana? me he preguntado continuamente. No es que los recursos mentales de uno no sean suficientes para hablar de política. Es que la política no es otra cosa que el arte de adquirir enemigos, entre dos inclinaciones de cabeza y una sonrisa hipócrita. Y esto no me gusta. Pero se hace necesario escribir algo que tenga emoción. De lo contrario, el lector no pica.

Muchas veces he pensado que los héroes y grandes hombres que se levantan en parques y plazas y a quienes se ha representado en posturas diversas, deben aburrirse. El eterno mutismo, la inmovilidad perpetua, deben tenerlos hartos hasta la coronilla. Sucre, toda la vida con su diestra al frente; Bolívar, cabalgando sin correr, para siempre jamás; González Suárez, con su gesto de duda terrible, sin resolverse nunca; Eloy Al-

faro, angustiado por el ruido del ferrocarril y las bromas de los juerguistas del Hotel "Estación"; Dante, con su mirada que escruta otros martirios que se le olvidaron: Fray Jodoko, picándose el pecho con las espigas de trigo; y otros que no recuerdo este momento, constituyen la pléyade de hombres ilustres que algún día van a renunciar a la gloria, de cansados que están.

Y he pensado también que a una pequeña insinuación, estos hombres, para matar el gusano del aburrimiento, hablarán y se desbordarán en amenas charlas, con su elocuencia estancada durante tanto tiempo. He pensado todo esto, inteligentes lectores. Y como yo siempre realizo lo que pienso, decidí iniciar un ciclo de conversaciones con los héroes y grandes hombres nacionales. ¡Es que uno es muy valiente, vamos!



Bolívar, el héroe epónimo —¡qué querrá decir epónimo!—, el Padre de la Patria, el Terrible Desengañado, cabalgando un brioso corcel y con su diestra en alto, desafía al sol que brilla en las alturas. (¡Qué buen párrafo!) Las glorias vienen detrás de él, en gestas de epopeya. Se arremolinan las batallas. Los soldados, en gruesas filas de avanzada, corren en pos de la espada que habrá de abrirles el paso de la inmortalidad. Cañones y fusiles; bayonetas y tambores, simbolizan el coraje y el ardor de quienes lucharon por la libertad. Y hombres y más hombres, con miradas de muerte y ansias de victoria, impulsados por un sólo afán, se apoyan mutuamente para romper las cadenas de la esclavitud. Así comprendo yo el Monumento de Simón

Bolívar, levantado en la Plaza de la Alameda. Y hacia don Simón me encamino, en mi deseo de ver si responde a mis palabras. Para esta empresa, he escogido la hora crepuscular. Aquella hora en que la noche, agitadaísima, principia a envolver todas las cosas en el papel marrón de las tinieblas. Hora oportuna para evitarme complicaciones. Y para evitar, también, que oídos extraños escuchen nuestra conversación.

Regularmente iluminado, se presenta a mis ojos el Monumento. Don Simón, imperturbable, guarda la compostura propia de su alcurnia: echado para atrás, atisbando con sus pupilas el horizonte, su mano derecha en alto, nos representa al héroe de mil jornadas gloriosas que murió incomprendido para ser luego ensalzado

Acércome nervioso. Espiando a todas partes. Llego al pie del Monumento. Me cercioro de que nadie me ve y con el corazón temblando en un latir de caballo desbocado, digo, con voz entrecortada:

—¡Don Simón, Don Simón!

El mutismo me responde. Caen mis palabras en el vacío. Y la desilusión penetra en mi espíritu como un torrente. Insisto.

—¡Don Simón, escúcheme!

Silencio. Un silencio de martirio y de temblores de angustia. Es imposible: mi locura choca contra la realidad de bronce, fría e imperturbable. El desaliento me conmueve. Por última vez, digo:

—Don Simón, ¿quiere escucharme?

Y espero, impaciente y nervioso, mirando con fijeza a Don Simón. En medio de mi turbación oigo que una voz me dice:

—Espera un momento, hombre. Espera a que pase esa señora gorda.

Tiemblo como azogado. Mis pupilas se dilatan por

el asombro. Y mis piernas, en temblores intermitentes, se golpean entre sí. ¡Ha hablado el Libertador! El gozo irrumpe en mi alma como un chico mal educado. Una sonrisa de satisfacción pone un paréntesis en mi rostro pálido. Pasó la señora gorda. Y con alegría, pregunto:

—¿No le asombra mi audacia, don Simón?

Don Simón baja su mano derecha, vuelve hacia mí su cabeza y luego de lanzar un suspiro de descanso, me dice:

—Desde hace muchísimo tiempo he esperado este momento. Tú no sabes el martirio de cabalgar un caballo que no se mueve nunca.

—Tendrá usted los riñones malos—manifiesto.

—Tengo complicado hasta el hígado —responde— Y luego, este brazo derecho se me ha muerto. Siempre en atalaya, siempre mirando al Panecillo y el horizonte infinito. ¡Estoy cansado, créemelo!

En la voz de Don Simón comprendo mil desilusiones y desalientos. Es la voz de un hombre aburrido. De un hombre cansado.

Lo lamento:

—Cuánto siento, Don Simón. Pero usted comprenderá que sólo el amor del pueblo ecuatoriano le ha puesto en esta situación.

—Sí— me dice—. Por el amor mucho he tenido que sufrir, desde que sigan haciéndome líos con Manuelita Sáenz, hasta que me coloquen aquí, en este pisapapeles que no está de acuerdo con las glorias que merecen mis triunfos. A propósito —expresa— te agradeceré que preguntes a la Bolivariana cuándo me alza un poco más, que no me enseñe tan bajito.

—Don Simón—grito, al ver que se acerca un Policía— hágase el inglés que viene gente.

Y Don Simón, con gesto rápido, vuelve a su postura de estatua. Viene hacia mí el Policía, y me dice:

—Oiga, “chullita” ¿con quién conversa?

—Con nadie—le respondo con serenidad subida de kilates.

—Me pareció oír que hablaba.

Se retira, diciendo:

—¡Este “chulla”, “croque” está loco!

Reanudamos la charla.

—Debo contarle una cosa, Don Simón: viene el Presidente de Colombia, en visita a los países que forman la Gran Colombia creada por usted.

Don Simón se estremece. No sé si por el frío o por la noticia. Y con voz palpitante, me responde:

—Entonces ¿recién ahora, después del transcurso de tanto tiempo se reconoce mi obra? Me satisface la noticia. Me enorgullece y me conmueve. Al fin, Colombia, Ecuador, Venezuela y Panamá, países con iguales ideales políticos, hermanos entre sí por sus aspiraciones, van a unirse, a constituir una sola fuerza, a echar por tierra las barreras que los separan y a luchar juntos por su grandeza y por su gloria. Ahora sí que estoy tranquilo. Mis afanes y mis luchas, mis ilusiones y mis angustias al cabo de mucho tiempo, hallan compensación. La Gran Colombia fué el sueño de mis noches amargas; por ella fuí combatido, por ella se me lanzó anatemas.

Don Simón baja su cabeza de guerrero indomable. Y adivino que en sus pupilas ha brotado una lágrima preñada de dolorosos recuerdos de su vida.

Para evitar más sufrimientos y transformar sus penas en deleites, le pregunto:

—¿Y qué me cuenta, Don Simón, de Manuelita Sáenz?

Levanta su cabeza Don Simón y con una sonrisa de conquistador cien por cien, me dice:

—Pregúntaselo a Hugo Moncayo. El sabe más que yo mismo de estos enredos de mi corazón. Manuelita Sáenz.... mujer y héroe.... ¡No, no quiero decir nada! Dejémosla que duerma en paz el sueño eterno de su gloria

—¿Ha querido usted siempre al Ecuador, Don Simón?

—Siempre. Su noble gesto de ofrecerme la belleza de su cielo y la bondad de sus habitantes, cuando, como un vagabundo, se me prohibía entrar a los países que había conquistado con mi espada, no lo olvido jamás. Siempre lo recuerdo con amor y gratitud verdaderos. ¿Cómo olvidar mi Delirio sobre el Chimborazo, aquel viejo de nieves, que ostenta las canas de los siglos con orgullo y altivez? Allí, desde sus alturas infinitas, contemplando la inmensidad de los espacios, conversé con el Tiempo. Ahí, casi tocando el cielo con mis manos, pensé en la libertad que conseguí para los pueblos americanos. Ahí se fundió la espada de mis santos entusiasmos y ardió mi pecho con santo ardor de libertad y de justicia. ¡El Chimborazo, esa mole eterna, centinela perpetuo de los tiempos!

Me confunde la oratoria de Don Simón. Me anonada. Prende en mi espíritu la tea de las nobles rebeldías. Me estremece y me conmueve.

—¿Y qué le parecen las mujeres quiteñas, Don Simón?

Don Simón me mira picaresco. Sonríe. Tiene su sonrisa sombra de recuerdos. Y deben ser felices, porque, entusiasmado, me responde:

—Me gustan todas. Y vieras el suplicio de verlas pasar a mis plantas, hermosas y atrayentes, mirándome con asombro y con respecto. A veces, me dan ganas de bajarme del caballo y de abrazarlas y estrecharlas

como yo solía hacerlo. Pero la idea de dar un escándalo me detiene. Las miro y tengo que seguir quietecito con mi mano en alto. Con mi mano, ¿te figuras? que supo de las caricias de mujeres estupendas.

¡Este Don Simón no tiene remedio! Su aureola de conquistador de pueblos y de corazones femeninos se agranda y crece, mientras más corren los años.

—Bueno,— me dice Don Simón—. Debo volver nuevamente a mi postura incómoda. Vente con confianza cuando quieras charlar. Me haces un favor enorme, porque de tanto silencio estoy perdiendo la costumbre de hablar. ¡Adiós!

Y de nuevo, Don Simón, retorna a su postura eterna. A seguir cabalgando y sin moverse nunca.

Nervioso aún, me retiro. Al descender las gradas del Monumento, siento una mano férrea que me toma del brazo y oigo una voz que me grita:

—¡Al Manicomio, chullita! ¡Los locos, al Manicomio!

Protesto. Me disculpo. Pido que me examinen. Enseño mi cédula de identidad que me costó, por más señas, cinco sucres. Todo envano. El Policía pide un auto y me embarca, con dirección al Hospicio.

Estoy perdido. Ojalá, bienaventurados lectores, pueda salir del Hospicio la otra semana, para ofrecerles una crónica más.

LA PELEA DE GALLOS

Adónde iré a pasar la tarde del domingo?

—me preguntaba **in mente** — uno también sabe latín—, al tiempo que mi costilla pegábame un botón en el chaleco.

Como buen quiteño, soy amigo de gustar de los espectáculos emocionantes en los que palpitan la hazaña y el coraje. Me agrada todo aquello que hace vibrar los nervios y acelerar el tic-tac del corazón. Por esto, estoy en mi elemento cuando viajo en autobús, visito a mi idolatrada suegra y asisto a una corrida de toros.

Con la intención, pues, de hacer trizas mi víscera car-

diaca, salí de mi casa. Resolví irme a los toros. Pero el cielo estaba nublado, amenazando un magnífico aguacero. Y toros y aguacero son cosas incompatibles. Si no, que lo diga K-Chito. Decidí, en consecuencia, cancelar mi viaje a la Plaza "Arenas".

Sin rumbo fijo avancé por la calle del Correo. Esta arteria de vida y movimiento en días ordinarios, hoy está tranquila. Pocos ciudadanos deambulan por ella. El silencio pasea su tristeza por las aceras desiertas. Algunos vehículos cumplen su misión de rodar y rodar siempre. A propósito de vehículos: ayer, una comadre leía a voz en cuello "El Comercio" y decía: "El señor Jefe Político del Cantón, ha declarado disuelto el "vehículo" matrimonial de don Severiano Zapata y doña Romualda Jesusa Carrillo". Ustedes perdonen este pequeño paréntesis

¿Qué hago ahora, si no puedo ir a los toros? ¿Irme al cine? No. Greta Garbo decae. Se ve que ya no le gusta los besos espeluznantes. ¿Al Parque de Mayo? Tampoco. Es un sitio peligroso. A lo mejor, paseando tranquilamente por una de sus avenidas, nos atropella un automóvil manejado por una señorita que, en lugar de aprender a conducir, se especializa en choques por la espalda. ¿A dónde ir?

Sin saberlo, llegué a la esquina de San Agustín. De pronto, encuéntrome con un amigo. Saludamos. Nos mentimos mutuamente averiguando por la salud de nuestras respectivas familias. Y me pregunta:

—¿Qué haces aquí, chico?

—Nada. ¿Y tú?

—Me voy a la Gallera ¿Quieres ir?

La propuesta me agrada. Y saboreando anticipada-

mente el espectáculo de hazaña y de coraje que deseaba presenciar, digo:

—Encantado.

Afanosos nos encaminamos hacia el barrio de "La Tola", en el que está situado la Gallera.

Media cuadra antes de llegar, se oye el canto de los reyes del gallinero, con cuya valiosa intervención se pueden pedir en los restaurants huevos a la copa y tortillas de idem. Llegamos. Compramos las entradas. Y penetramos en la Gallera

Es una plaza de toros en miniatura, con su ruedo, gradería, etc. A un lado, unas casillas sirven de camerinos a los gallos que tomarán parte en la lucha. El canto de los gallos, es la orquesta que ameniza el espectáculo. Los gallos entonan sus canciones armónicas, como pidiendo libertad. La algarabía más endemoniada reina por doquier. La agitación se retuerce en todos, poniéndoles en constante movimiento.

En los asientos numerados se encuentran los gallos empedernidos, aquéllos que aman la afición con amor de sacrificio. Ve usted, estimado lector, personajes heterogéneos unidos en un sólo afán: ganar. Ahí está el señor ricacho que guarda en sus bolsillos un fajo de billetes para lanzarlos al ruedo, en favor de un "cenizo" en el que tiene ciega confianza. El abogado que olvidá los juicios y los líos del Código, para dedicar su atención a los picotazos de un gallito "runa", convertido en bravo por obra de las circunstancias. El militar retirado que anhelante sigue la riña, recordando sus hazañas cuando peleó en Yaguachi. El Escribano público que en esos momentos no hace caso de la justicia gratuita y atiende a cada picotazo que propina al gallo de su predilección el otro enfurecido.



El industrial que apuesta y no le importa perder, porque pagan sus clientes. El dentista que se ve privado de prestar sus servicios profesionales a los gallos malfelidos, porque, felizmente, los gallos no tienen dientes. Hombres de la clase media que ponen en peligro sus ahorros, pidiendo a Dios que gane su "gallino". Viejos Coroneles—que no es lo mismo que Coroneles viejos—tercián en apuestas fabulosas, nerviosos y excitados, alentando a su gallo con palabras de: ¡dale en el ojo!, ¡más duro!, ¡así, bandido!, ¡qué rico gallo!, mientras buscan postores para sus propuestas.

Todo los rostros ansiosos, dilatan sus ojos a impulsos de la emoción. Se grita, se gesticula y se enloquece.

Va a concertarse una pelea. Los "careadores", presentan los candidatos a la lucha. Se los examina. Y oye usted:

—Este par son "cotejitas".

—No, señor. El suyo es más alto. Fíjese bien.

—Ambos son gallos finos.

—Este creo que tiene espuela postiza.

Se discute un buen rato, alabando los méritos y anotando los defectos de cada gallo. Luego, el juez toca la campanilla. Frente a frente están los enemigos: un "guayabo" de andares majestuosos y cola multicolor que entona un canto como una despedida. Y un "colorado" chiquito, nervioso y vivaracho que no canta, seguramente, para evitar falsetes.

Principian los primeros picotazos, con ataques medidos y prudentes. Los gallos se estudian, agachados los cuellos en actitudes de rabia y sacudidas de cabeza. Comienzan las apuestas.

—Doy cinco al "guayabo".

—Le pago—responden por ahí, con voz de trueno. Debe ser algún Coronel.

Desde el comienzo de la lucha se comprueba la categoría de los combatientes. El “guayabo” es certero en sus ataques. El “colorado”, en cambio, esquiva los golpes con agilidad pasmosa, al tiempo que se alza para “bayonetear” a su contrincante con su afilada espuela.

—Veinte a cinco.

—Le pago—gritan por allá. Debe ser otro Coronel. ¡Maya, con los Coroneles!

Se aumentan las apuestas de manera fantástica. La gritería es ensordecedora. El “guayabo” tiene un gran partido y da “gabelas”. La emoción crece. Crece y se agiganta conforme sigue la lucha, que es reñida. Los gallos se tiran a matar: el “guayabo” tiene una herida en el cuello. El “colorado”, sangra.

—¡Canillera, canillera!—gritan, angustiados.

El juez hace sonar la campanilla. Y los “careadores” se apoderan de sus pupilos. Al “colorado” se le pone esparadrapo en una de sus patas. Le soplan aguardiente en la cabeza. Al “guayabo” le aplican una “mamada”. Una “mamada” es lo siguiente: la cabeza herida del gallo se introduce el “careador” en la boca; para absorber la sangre, sóplale aguardiente y vuelve a chuparle la cabeza ensangrentada. Unas veces escupe la sangre y otras se la sirve. Creo que, como es con aguardiente, no será del todo desagradable. Les afilan las espuelas; les examinan el cuerpo y dándoles ánimos con palabras de entusiasmo, los ponen nuevamente a la lucha.

Se reanuda el combate. El “guayabo” es un gallo de mejor categoría. Se impone sobre el pobre “colo-

rado" que, de poder hablar, echaría pestes a su enemigo. Hay momentos en que el "colorado", un poco cansado por el esfuerzo que realiza, guarece su cabeza que sangra bajo el ala de su contrincante. El "guayabo", para excitarle, le pica en el cuello. Se agarran pico a pico y saltan para hacerse daño con la espuela.

Cada picotazo del "guayabo" produce el delirio en el público. Dóblanse las apuestas. Los gritos aumentan. Y la bulla infernal alcanza su máximo apogeo. Conforme el combate sigue, las apuestas se suceden. Se entrecruzan, como lanzaderas en pleno funcionamiento.

—Doy veinte a cinco.

—Pago doce a ocho.

—Recibo.

—Doy seis a cuatro.

—Pagado.

—Doblo.

En medio de este diabólico afanarse, todos se comprenden perfectamente. Y las apuestas se recuerdan para hacerlas efectivas al terminarse la pelea. Ninguno se equivoca. No sé si será la práctica o la memoria.

De pronto, el "colorado", que sabe que está haciendo el ridículo, reacciona. Y propina al "guayabo" un espolazo que le hace tambalear. El público, entusiasmado, se pone de pies. Se equipara el partido.

—¡Adentro, "colorado"!

—¡Dale!

—¡Arremángale!

—¡Así, duro con esa gallina del "guayabo"!

Total: el frenesí. La locura. La emoción que palpita en todos los pechos y en todos los bolsillos,

Mirando estoy la pelea, cuando siento un amistoso codazo de mi compañero de "grada". Es un ciudadano del campo. Me pregunta:

—Dígame, señor, ¿no es el General Alfaro, aquel señor que está arrimado a ese poste?

El asombro se dibuja en mi cara.

—¿Cuál?—averiguo.

El ciudadano del campo señálame con el dedo al señor Manjarrés.

—No.—Contesto sonriendo. Es el señor Manjarrés, aficionado furibundo de los gallos.

—¡Caramba!—dice el ciudadano del campo—. ¡Haría apostado algo que es el General Alfaro!

Vuelvo mi atención a la lucha. Es calamitoso el estado del "colorado". Tiene la cabeza terriblemente picoteada; afectado el ojo izquierdo; las patas tambaleantes. Aquéllos que apostaron en vista de su reacción, tristes, esperan su inmediata catástrofe. El "colorado" ya no da pelea. Con el cuello agachado, es un símbolo de nuestros indios que, agobiados por el peso de una injusticia de siglos, se están ahí quitecitos, aguantando el picotear de sus patronos. (Esto va en serio, ¿eh?). Su pico herido va bajando gradualmente hasta que toca en tierra, derrotado por la fiereza y bravía pujanza del "guayabo". ¡Si lo vieran en este estado las gallinas!

Suena la campanilla. Un gritar estentóreo se levanta, como una ola amenazadora. El público se lanza al ruedo a cobrar sus apuestas y a pagarlas. Es el momento en que corre el dinero, como un río que sigue su corriente sin inmutarse. Se hizo el dinero para circular y circulando está en estos momentos. Desde el majestuoso billete de a cincuenta sucres hasta el

simpático de a cinco, pasan de un bolsillo a otro. Esto me prueba que la riña de gallos es un santo pretexto para perder y ganar dinero. ¿Que no? ¡Hombre, no porfié usted, que por algo soy gallero viejo!

Se acuerda una nueva pelea: un "pelado" y un "chico"; se aprestan a la lucha. Se reanudan las apuestas y comienza el jaleo correspondiente.

He visto ya una pelea y gracias. Salgo de la Gallera con la idea de las apuestas clavada en el cerebro. Afuera, me encuentra un amigo.

—¿Qué haces por aquí—? me dice.

—Pago doce a ocho—le respondo.—¡Mío es el "guayabo".

Me mira asombrado.

—¿Qué dices?—interroga, pensando que me he vuelto loco.

—Bueno, doblo la apuesta. ¡Pero mío es el "guayabo"!

Con miedo, se separa de mí. Y emprende la fuga, pensando que he perdido la cabeza. ¡A lo mejor, acierta!

EL DIA DE LA QUINCENA

BELLO día en los
anales de la felici-
dad humana. Fecha que ofrece promesas de alegría
y ratos de despecho. En ella se liquidan las cuentas que
ocasiona un modesto vivir. Bajo su amparo los emplea-
dos públicos, los particulares y todos aquellos que tra-
bajan para el diario sustento, se dedican a hacer núme-
ros, con la sana intención de pagar a unos y quedar de-
biendo a otros.

Esta fecha clásica tiene sus repercusiones en los ho-
gares de los hombres que apuntan el capital del traba-
jo, para ganar los intereses de un sueldo. Las madres

de familia, las esposas, los hijos, directamente interesados en el rápido transcurso de los quince días, esperan que llegue la quincena de cada mes. Esto es muy natural, ya que los gastos superan a las entradas; y tan pronto como se tiene en las manos la bendita quincena, con la rapidez de un mal pensamiento, vuelan los dineros hacia la quimera de la nada. ¡Y las deudas en su ser!

Esto tiene una lógica explicación: la natural carestía de la vida no está de acuerdo con los sueldos que actualmente se perciben. Si a esto se añade unas gotitas del innato deseo que todos tenemos de mejorar la casa, comprar radio, adquirir ropa nueva, tener diversiones, comprar la lotería, tomar parte en todas las rifas, concurrir al cine pasando un día, obsequiar a los amigos, etc., etc., resulta que nos encontramos a dos dedos de la catástrofe. Y por más que estemos viendo que ésta se acerca a pasos gigantescos, nuestro orgullo de ser "chics" nos sostiene incommovibles, impertérritos, fijos en nuestra posición de querer aparentar lo que no tenemos; de gozar de lo que estamos en imposibilidad de adquirir. Para nosotros, que vivimos de un sueldo fijo que no alcanza ni para el sastre, ambicionamos todas las mejores de la civilización; para nuestras mujeres, la elegancia; para nuestros hijos, la elegancia; para nuestra casa, la elegancia. Santo deseo, desde luego. Pero deseo que, en cada quincena, se ve pinchado por los alfilerazos de la angustia. Que cada quincena impulsa a quedar mal con unos compromisos; pagar a medias otros. Si estamos calvos, queridos compañeros, no es por la caída natural del pelo; ni por los años; ni por la caspa; ni por nada. Es por el tirón de pelos que, angustiados, nos damos cada quincena, al hacer las cuentas del sueldo, fren-

te al tribunal supremo de nuestra costilla que, lápiz en ristre, anota, suma y resta con una exactitud que desespera. ¡Tragedias inevitables de la vida!

Todo esto, naturalmente, se refiere a la gran falange de empleados públicos, a los proletarios de levita, como se los llama en los discursos al aire libre. Un filósofo nacional muerto hace poco por la indiferencia de sus coterreños, decía, acertadamente, que en el Ecuador hay sólo dos clases de ciudadanos: los empleados públicos y los que no lo son. Gran verdad. Son una gran cosa los filósofos nacionales. Lástima que haya muy pocos.

Según estudios profundos hechos al respecto, hemos llegado a la sabia conclusión de que hay dos clases de quincenas: la que el empleado recibe completa; y la que recibe hecha girones. La primera, a pesar de su integridad, todavía no alcanza a llenar las necesidades de la vida. Y la segunda, dura hasta el 19 y 3 de cada mes, fechas en las cuales principian a circular los recibos de buena cuenta que son rechazados de plano por los Oficiales Pagadores; pero que —cosa rara— son concedidos con el mayor agrado.

En consecuencia, los empleados públicos se dividen también en dos clases: los que viven regularmente con su sueldo y los que viven desesperados con el mismo. Los primeros, pueden tener la categoría de casados, solteros o viudos; los segundos, constan en el escalafón de viudos, solteros o casados. Es decir que para unos y para otros, no hay remedio en ninguna forma. Si añadimos a esto que, dadas las amarguras de la existencia, los empleados están en el justo derecho de hacer cada "sábado inglés" un derroche de alegría y dinero en los hoteles y bares de la ciudad, tenemos que se agrava la

situación. Pero, al mismo tiempo, se consuelan diciendo: ¡por el gusto se paga la pena!

Y eso que ahora la situación del empleado público, por más mal que esté, no puede ser mejor. Hoy son muy pocos los que se dejan atrapar entre las garras de los famosos "chulqueros"; prefiriendo, en todo caso, el Monte de Piedad en donde se le trata con las consideraciones que merece. Que merece el módico interés. Además, las Contadurías van desapareciendo. ¡Las Contadurías! Esos centros de beneficencia costosísima que guardan en sus senos sin fondo todo cuánto tuvo que pignorar por la pobreza o por la necesidad.

Todo lo que pudiéramos decir respecto a la quincena, no sería más que un pálido brochazo, ante la dura realidad. Por esta razón, con el permiso de ustedes, vamos a trasladarnos a la casa de un empleado en el momento en que éste, turulado y nervioso, penetra en su hogar con la quincena en el bolsillo y unas ganas tremendas de desaparecer.

Hay que considerar que por una tradición que data desde la colonia, los hombres casados, con la mayor de las gentilezas, rinden a su mujer cuenta detallada de los gastos que han de realizarse con el sueldo, todo lo cual se va apuntando minuciosamente en un papelito que la costilla tiene preparado de antemano.

Ya lo tenemos a nuestro hombre frente a la puerta de calle. Se llama Pepe, como don Juan Tenorio. Tiene tres hijos ya de colegio. Percibe una renta de doscientos cincuenta sucres mensuales, trabajando en un Ministerio. Quince años lleva de ser amanuense.

Tan pronto como entra en el zaguán de la casa, sus tres "guaguas" se le precipitan encima, con abrazos y besos. Y con gritos.

—Papito, dame el “medio” de la quincena.

—Quiero comprar un “rial” de plátanos, papá.

—Dame un “calé” para caramelos, papacito.

Y el papacito, desde que entra, comienza a extraer el vil metal de su bolsillo, para satisfacer los gustos de sus hijos.

Avanza por el zaguán y llega al patio. En el patio, terminando de bañarse, está su costilla envuelta en una sábana blanca.

—¿Por qué has venido tan tarde, hijito?—reclama su mujer, que se Mama Josefina.

—Porque ahora nos pagaron—responde al marido, mientras hace las cuentas de memoria.

Pepe, presiente la tragedia que vendrá enseguida, en la hora del almuerzo y al momento de rendir las cuentas. Para un compromiso inevitable, tuvo que pedir un adelanto de cuarenta sucres; adelanto del cual, como es de suponer, nada sabe su costilla.

—Sube no más, mientras me visto —aconseja Josefina a su marido.

Pepe sube las gradas con aquella tristeza que debió tener María Antonieta, al ascender las gradas del cadalso.

Ya está vestida Josefina. Con alegría, sube ella también. Y comienza el interrogatorio consabido:

—¿Tienes un lapicito? — dice la señora, sacando un papel del velador y tomando asiento junto a su marido.

En los ojos de Pepe se apaga y se enciende la lucecita de una picardía. Tiene que salir bien en las cuentas, evitando cualquier choque fuerte con su mujer. Y no le queda más remedio que inventar algo que compruebe el gasto de los cuarenta sucres; gasto del que hoy se arrepiente con toda su alma. Con la idea en el cerebro, Pepe proporciona el lápiz a su señora.

Primero poníamos el arriendo —dice la mujer, al tiempo que, llevando la punta del lápiz a la boca, lo moja con saliva.

—Sí —responde Pepe—. Primero este arriendo que nos come vivos.

—Entonces, tenemos veinte y dos sures—dice la señora, anotando esta cifra en el papelito.

—Ahora, apunta para la comida.

—Son sesenta y cuatro sures, a razón de cuatro sures diarios.

—Me parece demasiado.

—No seas tonto. ¿De dónde he de sacar, entonces, para darte de comer? Ahora la plaza está carísima: ha subido el arroz; el azúcar no se consigue por menos de cuatro reales la libra. Tengo que comprar siquiera unas tres libras de manteca para la quincena.

—¿Y qué hacen con tanta manteca?— averigua el marido.

—¡Qué hacen! No te harás el gracioso, porque me ha de dar iras. ¿Y los fritos que comes? A “vos” te encantan las empanadas de morocho...

—Bueno, bueno, sigamos —pide Pepe.

—Tengo que pagar de mi paletó a la costurera.

—¿Cuánto es?

—Diez sures por quincena. Entonces, tenemos diez sures más.

—Diez sures más —comenta Pepito.

—A la cocinera no le pagamos la otra quincena. Tenemos ahora que darle los ocho sures.

—.....ocho sures —repite Pepito como un eco.

—A la lavandera le debemos tres sures.

—Apunta los tres sures de la lavandera. Y desde la próxima, yo lavaré la ropa por las noches.

¡No vendrás con indirectas! ¿Quieres decir que por qué no hago yo?

—Si no digo nada, mujer. Yo quiero lavar la ropa y no hay más.

—No seas tan zoquete. Bien estuviera que por ahorrar tres sucres, vaya yo a enfermarme del hígado.

—¿Nada más?

—Todavía falta. ¿Estás apurado?

—No, no estoy apurado.

—Los “guaguas” ya no tienen zapatos. Ahora les compraremos de lo que no hay remedio. Tres pares, a cinco sucres, cuando menos, cada uno, son quince sucres.

—Apunta, apunta los quince sucres. ¿No debemos nada más?

—Ya lo creo. A la tienda de la esquina, debemos ocho sucres del pan.

—Apuntá los ocho sucres. Puedes apuntar todo lo que quieras, que llegando a la suma hemos de hablar.

—¿Qué tenemos que hablar? Lo que pasa, es que te estás haciendo el “nene” porque te has de haber gastado en “coñagcito”. ¡No te conoceré!

—Ve, no me molestes —dice Pepe un poquito bravo ya—. Bien sabes que no es gran sueldo el que tengo. Además, en la Oficina, tuve un compromiso terrible.

—¿Santo de algún amigo? Ya tengo experiencia de los santos de los amigos. Seguramente te han de haber pedido una cuota.

—Fue día del Jefe, mujer, y tuvimos que obsequiarle un regalo.

—¿Cuánto diste tú?

—Quince sucres —dice Pepe con una sangre fría que aterrera.

—Bueno, anotemos los quince sucres que no han de

haber sido para el Jefe, sino para emborracharse con tus amigos.

—Ya me estás calentando. Haz el favor de no venir con indirectas.

—Y tú no me alces la voz, porque te he de dar duro.

—¿A mí?

—No me enfurezcas, hazme el favor.

—¿Qué me has de hacer, pues? ¡Pobre diablo!

Y Pepe reprime sus iras de una manera que no sabemos cómo se llama. Para cortar al principio esta revolución, se le ocurre una idea.

—Oyes Chepita —habla meloso— ya sabes cuánto te quiero.

—Sí, estoy convencidísima, ¡por las consideraciones que me tienes!

—De verdad. ¿Sabes lo que te he comprado?

—¿Qué?

—Un número de una rifa de un lindo terno interior de seda.

—¿Debo creerte?

—Firmemente—. Sólo me costó cinco sures el número. Mañana me lo entregan y te he de traer para que te convenzas.

—¿Pagaste ya los cinco sures?

—Sí, hijita. Así es que apunta esos cinco sures más. Josefina aumenta la cuenta con esta última partida.

—Al sastre no le vamos a pagar esta quincena, porque no alcanza—. Conienta Pepito.

—¿Y los intereses de las prendas que tenemos empeñadas?—reclama su mujer.

—Es que no alcanza —dice Pepe—. Fíjate que con el descuento de la Caja de Pensiones, los timbres patrióticos que he tenido que poner, el regalo al Jefe, los cin-

co sucres de la rifa, no me queda mucho de la quincena.

—No vendrás con tus cuentas alegres. “Vos” cojes cien sucres por quincena, hechos ya esos descuentos; así es que debes darme completito sin hacerte el vivo. Nosotros tenemos que pagar...

Y Josefina va sumando: veintidós del arriendo, sesenta y cuatro de la cocina, diez de la modista...

—Oyes— interrumpe Pepe —dale sólo cinco a la modista.

—¡Cómo has de creer, para que viva fregándome!

Continúa la suma que asciende a ciento veintiocho sucres. Pepe no cuenta más que con sesenta sucres. ¿Qué hacer?

Su mujer va gradualmente de las iras al enfurecimiento. Total, que la quincena sale destrozada porque hay que rebajar la comida, pagar la mitad del arriendo —con el peligro de que les pidan las piezas; mentir a la modista que después de unos días le abonarán el saldo, etc., etc. Los “guaguas” se quedan sin zapatos. Y el marido callado, sufriendo interiormente, pide el almuerzo que se le hace amargo con la pena.

En mitad del almuerzo, Josefina manifiesta su deseo de ir al cine por la noche porque dan una bonita película. Pepe acepta para hacerse de buenas con su costilla. En definitiva: el día de la quincena es un día triste, lleno de niebla en los hogares pobres que tienen que salir avanzando con tan poco dinero.

Puedo asegurar, estimados lectores, que todos los empleados, absolutamente todos, luego de las cuentas que rinden a sus mujeres, sienten ímpetus de renunciar al cargo para evitarse tanta contrariedad. Pero recapacitan y vuelven de nuevo a las andadas. Y para distraerse

van al cine por la noche, toman luego chocolate y esperan el día de mañana sin un centavo disponible.

Pero, después de todo, siguen viviendo con la santa esperanza de mejorar de situación. ¡Oh, nada como la esperanza!

EN LA PELUQUERIA

BUENOS días, señores.

Lancé mi saludo con el arcabuz de la educación, a todos los que, como en una colmena, laboraban en la Peluquería.

¡Qué agitación reina en las Peluquerías los días domingos! Los maestros, esgrimiendo sendas navajas que brillan con destellos luminosos, limpian del rostro de sus clientes esos pelitos antiestéticos que se llaman barbas.

Unos, con aquel repiqueteo de tijeras, van liquidando el cabello, hasta dejar una cabeza presentable. Otros, con un brocha diminuta —como un pecado venial— enja-

bonan la faz de un parroquiano, en su afán de prepararla para el razuramiento. Aquél, pone paños de agua caliente, con urgencia de partera requerida a media noche. Este otro peina, buscando la raya de la mitad en la testa de un ciudadano. El de más allá cobra, mientras piensa en los beneficios de una propina. El muchacho limpia los zapatos; cepilla y mira al cliente con aquella mirada que es una solicitud de fondos a la vista.

¡Una colmena, señores, en la que el único que no trabaja es el cliente! El parroquiano, que extendido muellemente sobre un sillón que, como algunos políticos, gira para cualquier lado, según las necesidades, sueña al tiempo que la navaja le va rebajando las barbas y los años. Porque nada hay tanto que envejezca como las barbas. Se afeita usted, amigo, y le calculan que tiene veintidós años, si es usted modesto poseedor de unos cuarenta. ¡Y las mujeres —esos seres hermosos que embellecen la vida— adoran un rostro lampiño que, al acariciarlo, no haga daño de ninguna clase!

—Listo, señor —me dijo el maestro que estaba más a la mano.

Tomé asiento en un sillón que, como un amigo con dinero, se echó para atrás en cuanto sintió que le pedía comodidad.

—¿Pelo y barba? —preguntóme el maestro.

—Pelo y barba —respondí a esta pregunta clásica que no hay como evitarla.

Una sábana blanca me cubrió totalmente, dejando libre sólo la cabeza. Y el maestro, con las tijeras en alto, se dispuso a cortarme los cabellos. (Entonces, pensé en Dalila. ¡Y en el pobre Sansón que se quedó sin fuerzas!)

Mi figura se dibujaba en un espejo grande, por medio

del cual contemplaba toda la Peluquería. Y así, mientras el maestro trabajaba —o me tomaba del pelo, que es lo mismo—, pude mirar lo siguiente:

Una señorita, pacientemente agachada la cabeza, iba adquiriendo perfiles de hombre, al ser quitada de todo su cabello. Un señor de anteojos, que dormía tranquilo mientras le razuraban. Un chiquillo floraba en silencio, ante la tortura de unas tijeras que le confeccionaban una melena a la moda. Otra señorita —¡vaya, con las señoritas!— pedía que le dejaran igual número de rizos en ambos lados de su cabecita oxigenada. Algunos parroquianos aguardaban su turno, leyendo "El Comercio", "El Día", "Zumbambico".

A mi lado, un señor de edad, solicitaba al maestro que le rizara el bigote—uno de esos bigotes que infunden espanto y constituyen una amenaza para las señoras. El maestro que atendía a mi vecino era hablador. Y desde el primer momento, entablóse entre ellos este diálogo:

—¿Cómo están en la casa, señor Rodríguez? .

—Bien, muchas gracias. ¿Y en la suya, maestro?

—Regular no más. ¿Todos los "guaguas" bien?

—Siquiera con salud. ¿Y los suyos?

—Ahí, viviendo, señor Rodríguez.

—Me alegro, me alegro, maestro.

—¿Ha tenido usted buenas pascuas?

—Regulares. ¿Y en su casa, maestro?

—Corriente, corriente. Como el tiempo, señor Rodríguez.

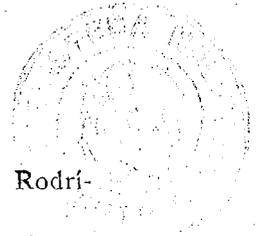
—Me complazco. ¿Y qué nos cuenta de nuevo?

—Nada. Todo está lo mismo.

—¿No le ha dado a usted el cólera, maestro?

—No, felizmente, señor Rodríguez.

—Dicen que es una enfermedad terrible, maestro. En



mi casa se ha presentado un caso raro: una inquilina ha caído con esto. El marido le ha hecho ver con un médico.

—¿Y qué ha dicho el médico, señor Rodríguez?

—Pues el médico ha dicho que no es cólera, sino que está en "estado interesante". Y claro, maestro, el del cólera ha sido el marido.

—¡Qué barbaridad, señor Rodríguez! Me figuro la cólera que habrá tenido.

—Hay que cuidarse, maestro.

—¿De la enfermedad de la señora?

—No, del cólera. Dicen también que el microbio está en los alimentos.

—Los pobres, señor Rodríguez, no debemos entonces preocuparnos.

—¿Por qué, maestro?

—Porque como no tenemos qué comer, los alimentos no nos interesan...

—Pues es verdad, maestro.

Interminable continuaba tan interesante conversación entre el señor Rodríguez y el maestro que lo atendía.

La cómoda postura de que disfrutaba; la conversación de mi vecino y un calorcito agradable que había en el ambiente, invitaban al sueño. Por lo menos, a ese estado en que no sabemos si vivimos o no vivimos. Para hablar la verdad: a ese estado en que nos quedamos medio tontos, adormilados, perdiendo la noción del tiempo y el martirio de pensar. ¡De pensar en las deudas!

Mi imaginación oscilaba entre lo espiritual y lo material. Y el lápiz de la idea, aprovechando este lío, escribió en la cuartilla de mi mente estas palabras trastornadoras y graves:

"Hoy conmemora la humanidad un hecho trascenden-

tal: una docena de meses que han tenido, para unos, la hermosura de la felicidad; y, para otros, el dolor de un desencanto. Felices y desencantados, los hombres procuran en esta fecha olvidar sus pesares y aglomeran esperanzas, anhelos e ilusiones. En la seguridad de que el nuevo año —río del tiempo que no descansa nunca— traerá en su manantial el oro de la dicha.

De cuántas angustias será culpable el año que murió. Cuántas necesidades no pudieron llenarse durante su transcurso. Y, a la vez, qué sinnúmero de alegrías habrá producido; y cuántas dichas habrá puesto con sus manos en el corazón de los hombres. Los años, como los humanos, son buenos y malos. Ofrecen el bien y producen el mal. Alegran y entristecen. Elevan y hundén. Por ley ineludible tenemos que someternos a su poder; ser juguetes de su capricho; esclavos de su tiranía.

Y hay algo más: conforme los años van viniendo, disminuye nuestra vida y aumenta la posibilidad de nuestras desaparición eterna. Con locas carcajadas celebramos el advenimiento de un nuevo año; pero olvidamos que con él está próxima nuestra liquidación final. ¡Y nos encontramos más cerca de lo que más lejos querríamos que esté!”

Así escribió en la cuartilla de mi mente el lápiz de la idea. ¡No pudo continuar, porque el maestro me anunció que había terminado. Vuelto a la realidad, abrí los ojos y me contemplé:

—¿Qué ha hecho usted?— grité aterrado, al mirar mi cabeza monda y lironda, que brillaba sin un solo pelillo en su superficie —¿Quién ha dicho a usted que me quite todo el pelo?

—¿No me dijo usted que le quitara todo?— disculpóse

el maestro, nervioso por mi actitud y por lo que acababa de hacer.

—¡Usted es un animal!—sentencié, enfurecido.

—Pero si yo le pregunté—insistió.

—¡Usted no me ha preguntado nada!—grité, fuera de mí. Púseme de pie. Me ví al espejo y tuve ganas de llorar.

Estaba terrorífico. Parecía un recluso del Penal "García Moreno". Solo me faltaba el uniforme. ¿Salir así a la calle? ¿Concurrir así a la Oficina? ¡Imposible!

Todos me contemplaban curiosos, con deseos de reír que reprimían ante mi efervescente estado de ánimo.

—Pero es tiempo de inocentes—dijo uno, por ahí.

—Si le sienta muy bien—dijo otro.

Comprendí que estaba haciendo el ridículo. Lancé cuatro palabras feas, de esas que dicen los arrieros. Pagué. Y salí, jurando no ponerme en manos de un peluquero. Y desde ahora, señores, mi mujercita —que es bien hábil— será quien me haga el pelo. Con lo nerviosa que es la pobre corro el riesgo de que, al afeitarme, me corte la cabeza. Pero será mejor. ¡Para lo poco que a uno le sirve la cabeza!

REPORTAJE FANTASTICO

UNA idea se me había clavado en el cerebro, conforme se entra a mano izquierda. Y como me venía molestando demasiado, decidí realizarla para librarme de ella. La idea era la de visitar el Manicomio. Ir a la casa en donde la razón anda de traspiés y corre sobre zancos la fantasía. Mirar de cerca a aquellos que, sin ser culpables, viven en un mundo de nebulosas y oscuridades. Contemplanles un momento. Tratar de hilvanar alguna conversación con ellos. Escuchar sus palabras incoherentes. Admirar sus pretensiones. Y sentir la honda piedad y el dolor que inspiran.

Fuíme, pues, al Asilo, que está situado en la Carrera "Ambato", en las propias faldas de nuestro Panecillo.

—Buenos días, Madrecita.

—Muy buenos días, caballero —me contestó la Hermana, sonriéndome con una sonrisa de infinita bondad.

—Hemos venido a conocer la Casa.

—Con todo gusto —dice Sor—al tiempo que mueve su "corneta" blanca como una buena acción, que semeja una gaviota que quisiera subir a los espacios.

Y detrás de la Hermana —cuyas pupilas miran bondadosas y mansas, como un lago quieto—, entramos al Manicomio. Se envuelve nuestro corazón en una ráfaga de ternura. Sentimos algo muy extraño en el fondo del alma. Pensamos que vamos a contemplar a aquellos pobres seres que agonizan en la obscuridad de su inconsciencia. Cada uno de ellos significa la angustia de una familia. El pesar de una madre, el dolor terrible de una esposa. Y tenemos miedo. Miedo de sufrir . . .

En el primer patio, una pila de piedra se deja acariciar por el agua que cae en cascada bulliciosa y sonora. Diseminados andaban por ahí esos locos buenos. Esos que tienen una locura humilde, callada y que jamás hacen alarde de ser locos. Al verlos, uno cree que se trata de personas que están destinadas a pensar eternamente en los graves problemas de la vida. Brindan sonrisas halagüeñas y tristes. Siempre cabizbajos, recorren los pasillos del primer patio, practicando sus temas y manías que se reducen a recoger piedrecitas; a desgarrar, en voz baja, frases incomprensibles; a frotarse las manos; a pitar como el tren y hacer fru-fru-fru; a silbar en sordina o a contar billetes de banco.

Me eucaminaba al segundo patio, cuando un loco de

esos "mansos", acercándose a mí con aires de misterio, me tocó de la mano y me dijo:

—Usted es el único a quien puedo confiar mi secreto. Es muy importante. Véngase por acá.

Y me llevó a un banquito que había en un lugar apartado.

Era un hombre de estatura mediana. Cabeza grande. Ojos saltones y vivarachos. Cabello negro y enmarañado. De ademanes violentos. Hablaba gesticulando.

Hízome sentar. Al principio, me sentí nervioso; pero viéndole pacífico, me serené. Después de mirar a todas partes, como cerciorándose de que nadie nos escuchaba, se expresó en estos términos:

—Usted es el único a quien puedo confiar mi secreto. El secreto que no sabe nadie. Por ese secreto estoy en este hotel, que es frío e incómodo.

—¿Y no tiene desconfianza de mí?—le pregunté.

—No, y por eso voy a confiárselo —me respondió— Yo siempre he sido buen patriota. He querido a mi patria como se debe querer a la patria. Y ese amor me ha perjudicado; pues, por ese amor, vivo en este hotel frío e incómodo. Aquel amor de que le hablo me impulsó un día a dar una conferencia en plena calle. Esa conferencia versaba sobre un tema, en ese entonces, de tremenda actualidad: la dictadura.

Es muy interesante su secreto —repuse, un poco escamado con tal declaración.

Ya lo creo. Pues bien, dí yo esa conferencia titulándola: "Si yo fuera Dictador". La tengo tan grabada en mi memoria que voy a referírsela a usted íntegramente.

—¿No sería mejor ahora en la tarde?—indiqué, al ver que mi visita iba fracasando.

—No. Ahora mismo. En este momento. Luego, puedo olvidarla. Escúcheme: ante un público numerosísimo, principié diciendo que para hacerme dictador haría una jira por los cuarteles de toda la República. Una vez aclamado dictador —porque ante mis razones de peso y conveniencia, los soldados me aclamarían—, disolvería esos cuarteles, para evitar que los mismos que me pusieron arriba, me derrocaran. Acto seguido, implantaría la pena de muerte, que es tan simpática como práctica, y levantaría el patíbulo en la Plaza de la Independencia, haciendo a un lado la estatua de la Libertad, que no me gusta ni un poquito. Después, clausuraría todos los periódicos, que son muy molestosos y proporcionan tantos dolores de cabeza, cuando critican lo que no les parece bien. Y convertiría el Registro Oficial en periódico de la Dictadura, contratando redactores especiales, de esos que saben escribir bonito y barato. En ese periódico establecería una sección para poesías modernistas, con el objeto de hacerlas leer a los condenados a muerte, cinco minutos antes de la ejecución, a ver si por este método se mueren de contado, ahorrándonos municiones. No tendría necesidad de nombrar Ministros, ya que me bastaría yo solo para gobernar a los ciudadanos. Enseguida, vendería las Islas de Galápagos. La mitad de ese dinero la invertiría en hacer carreteras al Oriente, al Occidente y a la Luna. La otra mitad depositaría a mi cuenta en un Banco de Inglaterra, por lo que pudiera suceder. Varias ciudades de la República las trasladaría a la Región Oriental, para ver si los vecinos dicen algo. Quemaría el puerto de Guayaquil para reconstruirlo, a los dos meses justos, en otro lugar más apropiado, más saludable y con menos agua. Por ejemplo, en Tulcán. Terminaría el Ferrocarril a Esmeraldas, que dicen que es una gran cosa.

Desbarataría el Ferrocarril del Sur, incluyendo las líneas, ya que eso de curvas por ahí, puentes por acá, túneles por acullá, constituyen un peligro para los pasajeros. En su lugar, instalaría una línea aérea entre Guayaquil y Quito, con aviones fabricados en el país. Prohibiría terminantemente que las mujeres intervengan en política. Las mujeres, a sentarse a coser en su casa. A la primera que diga que no, al patíbulo. Renovaría el personal íntegro de la Administración Pública que está cansado de tanto trabajar, por lo que no presta sus servicios con verdadera eficiencia. En mi despacho tendría una Z-B y a quien no quiera cumplir mi órdenes, dos segundos de ráfaga y a otra cosa, mariposa. Sustituiría el servicio telefónico de Quito, que me han dicho que es más malo que un usurero, con el sistema de postas incaicos, logrando así rapidez en las comunicaciones. No permitiría que hayan partidos políticos, porque son una constante amenaza para la paz de la República. Al que siquiera levante un así de protesta, al patíbulo o a degollarle. Los recién casados, como impuesto, trabajarían quince días en las obras públicas del país. Los divorciados no, porque tienen derecho a descansar. Nadie se moriría de hambre: emitiría cincuenta millones de sucres; y autorizaría para que cada ciudadano, en su propia casa, emita por su cuenta lo que a bien tuviera. Entonces, habría circulación suficiente y todos viviríamos contentos y dichosos. La ciudad de Quito la construiría en el Panecillo, en cuya cumbre levantaría el Palacio Nacional, de ochenta pisos y con ascensor. Suprimiría todos los impuestos y, en su lugar, implantaría el impuesto para las mujeres que se pinten. ¡Sólo con esto, habría plata para vivir holgadamente! Las iglesias no se abrirían sino los domingos. . . Respiró unos segundos. Aprovechando este descanso,

UN VIAJE A MACHACHI

EN nuestro impetuoso deseo de realizar una jira alrededor del mundo, nos trasladamos, para iniciarla, a la vecina población de Machachi, en donde zambulliríamos nuestra delicada humanidad en las maravillosas aguas de Tesalia.

Y es así cómo un domingo por la mañana nos encontramos en la Plaza de Santo Domingo, en busca del autobús que habría de conducirnos a la citada población. Para efectuar el viaje adquirimos, prudentemente, un boleto de "Turista", por valor de \$ 4 "tout compris", que de-

timos los franceses. Aclaremos: viaje de ida y vuelta, almuerzo, baño y nada más. Suficiente para diluir las monótonas horas del domingo en el agua cristalina de la distracción.

Mientras los pasajeros buscaban su mejor acomodo, pude observar que lindas muchachitas entraban en el Templo en busca del novio y de la misa. Con sus andares de palmera azotada por el viento, una rubia hermosísima clavó en mi corazón el alfilerazo de la conquista. Al verla, pensé desistir del viaje. Y dedicarme a admirar la escultura de su cuerpo a través de los anteojos de mi sentimentalismo. La rubia penetró en la Iglesia. Evapórose mi ilusión tan pronto como la perdí de vista. Es que los hombres, miopes o no, dejamos de querer aquello que no vemos.

Subí al autobús en busca de un asiento. Encontré uno muy apropiado para los mártires, por su especial dureza e incomodidad. A mi lado, una señora de proporciones alarmantes, derramaba su gordura sobre mí sin pedirme consentimiento.

Todos los asientos estaban ocupados: ahí encontraba usted al señor hepático que iba en busca de las medicinales aguas de Tesalia, para contrarrestar la furia de su hígado, aquella víscera inspiradora de los odios; la señorita de cabello ondulado y miradas de fuego que, con su mamá y su hermano mayor —un señor de antiparras a lo Harold— se dirigía a Machachi por no tener nada que hacer en Quito; un matrimonio en su reciente luna de miel, que en todo el viaje se amaban con los ojos y se acariciaban, furtivamente, aprovechando los saltos del vehículo; el señor soltero que buscaba la aventura para pasar el domingo; el empleado público que, aprovechando la vacancia, ambicionaba aspirar aires puros para reaccionar en su trabajo; un señor —serio todo

él— que en compañía de su esposa— una señora que se encontraba en estado interesantísimo—, por cualquier motivo, reía a carcajada batiente; un matrimonio de la “cota” —rubia ella y él varón— que conversaba calladito, como contándose un secreto. Dos o tres personas más, de indiferencia reconcentrada.

Cerráronse las puertas del autobús y lento, como en un desperezo, comenzó a deslizarse tomando la carrera “Maldonado”.

Dentro del carro, nadie hablaba una palabra. Los viajeros, con aquel silencio obligatorio que reina entre personas extrañas, se dirigían sonrisitas insinuantes, pretendiendo romper el hielo que los separaba. La señora de proporciones alarmantes pretendía, según pude comprobar luego, tomar posesión de mis faldas yo no sé con qué misteriosas intenciones . . . Pero es lo cierto que conforme nos acercábamos a la Estación de Chimbacalle, me apretaba más y más.

Al pasar por la Estación del Ferrocarril, pude ver una locomotora —monstruo de acero con entrañas de fuego, que dijo el clásico— que resoplaba furiosa al darse cuenta de lo que tendría que sudar, tirando multitud de vagones que le formaban la cola. Y entonces, pensé en el pobre padre de familia que, con nueve vagones —hijos—halaba hacia adelante sobre los rieles de la necesidad.

Comenzó luego el campo, de lado y lado, a poner ante nuestra vista la maravilla del paisaje mañanero. Verdes potreros, tierras multicolores y montes se sucedían con velocidad cinematográfica. Campos fértiles, exuberantes, de un verdor que daba apetito, en los cuales las vacas —ignorando su importancia en el mundo—pacían beatíficamente modestas, alimentándose para nutrir a los hombres. A propósito de vacas, el autor de ésta

magnífica crónica tenía una pariente ilustradísima; un día preguntóla: —Oíga, tía, ¿por qué será que las vacas comiendo hierba verde, dan leche blanca, blanquísima? La tía, entonces, sin saber qué contestar, le dijo que era un hereje.

Vamos a pasar cerca de la torre inalámbrica, de cien metros de altura, que hace cosquillas a las nubes impertinentes. Esta torre, por cuyo intermedio la atmósfera sabe los secretos de las comunicaciones sin hilos, tiene también su historia: desde su cumbre, una muchacha decepcionada precipitóse en el vacío, en busca de la muerte. Desde entonces, ya nadie cree en su recitividad, sin embargo de aparentarla. ¡Como en la vida!

El hielo que reina dentro del carro por la actitud extraña de los pasajeros, va rompiéndose poco a poco. El señor del hígado es quien inicia la ofensiva. Con voz amarga —claro: las bilis— dice a la señorita de cabello ondulado:

—¿Qué le parece el terrible asesinato del guarda Garcés?

La señorita de cabello ondulado, hábil parladora, le responde, con gesto amabilísimo.

—Me parece espantoso e increíble. Por los periódicos aparece que Silva es un muchacho de buenos antecedentes. Y no me explico —dice, modulando la voz, como sólo saben hacerlo las mujeres— cómo en un momento de ofuscación pudo cometer este crimen.

—Yo creo— responde un joven de anteojos que venía detrás del señor del hígado— que es un caso digno de estudio. Porque no se comprende cómo un hombre consciente, pueda cometer esta clase de asesinatos.

—Ni ninguna otra— acota, por ahí, otro señor que había puesto atención a la charla.

—Sin embargo —expresa la señorita— han ocurrido

casos parecidos. Creo que Freud en una de sus obras psicoanalíticas

—No digas malas palabras, hijita—le responde la madre que, seguramente, creerá que Freud y psicoanalíticas son malas palabras.

—Calla, mamá. Son palabras técnicas. Decía que Freud trata en uno de sus libros sobre estos casos patológicos lombrosianoides e hiperneuróticos concentrados por degeneración de las glándulas tiroides, en su relación con la otorinolaringología

Un silencio de tumba reinó en el autobús. Todos los pasajeros regresamos a ver al sabio con quién habíamos venido. Y la sorpresa se pintó en los rostros de muchos que, sin comprender los camelos que decía la señorita, admiraban sus conocimientos y erudición.

El señor del hígado, repuso:

—Estoy de acuerdo con usted, porque sólo así se explica. El niega ser autor del asesinato

—Y los testigos le acusan —gritó el chófer, volviendo la cabeza y poniéndose en inminente peligro de una vuelta de campana.

Y así, hasta llegar cerca de la bajada de Santa Rosa, Silva, Garcés y los testigos fueron desfilando por las imaginaciones fantásticas de los pasajeros.

Para admirar los paisajes que se presentaban a mi vista, traté de no escuchar la conversación que dentro del carro se había entablado. Y me puse a contemplar por la ventanilla: a lo lejos, asomaba espléndido el Cotopaxi que levantaba su cumbre nívea hacia la inmensidad de los espacios. Un sol fuerte ofrecía su calor y su alegría, poniendo en peligro de desteñirse el manto azul del cielo.

¡Oh, el campo, qué hermoso es! Con el mugir de las vacas, el relinchar de los caballos, el volar de las aves;

con sus labriegos —espantapájaros humanos— que labran con el sudor de sus frentes la tierra fértil que habrá de brindarles el fruto de sus entrañas; con los postes de telégrafos que, de trecho en trecho, se entrelazan con alambres de civilización; con sus pencos, erectos, puntiagudos y amenazantes; con aquel aire puro que tonifica el alma y da fuerzas al cuerpo agotado. El campo, con sus molestias y sus encantos, es una promesa para los espíritus que aman la soledad y se sienten inspirados cuando se ponen en contacto con la naturaleza. ¡Oh, el campo, ilusión de . . .

No pude continuar, porque la señora de proporciones alarmantes se empinaba sobre mi débil estructura anatómica— como diría la del pelo ondulado— para contemplar el sitio en que fué victimado Leiva y que un señor señalaba con el dedo, en la misma forma prohibida por la buena educación.

Y automáticamente, se tejieron los comentarios más variados alrededor del caso por todos conocido. De este punto, se pasó a discutir sobre política. La señorita de cabello ondulado habló de Kruger, disertó sobre economía. El señor del hígado discutió acerca de la expropiación de tierras y la adjudicación de las mismas, combinando con la Lotería de Beneficencia de Guayaquil. Se habló sobre el cura Terán Zenteno y su destierro.

La señora de proporciones alarmantes intervino, diciendo: — Pobre señor Curita, sin dar motivo le mandan. ¡Al infierno se han de ir!

—Ehubiera querido ver —dijo la señorita de cabello ondulado— la despedida del señor Cura. ¡Cómo sería aquello!

Animada continuó la charla sobre diversos tópicos de actualidad. Al hablar del divorcio, la pareja que es-

taba en luna de miel se miró largamente, con miradas incendiarias y con promesas de amor eterno.

Al contemplar esta actitud, la señora de proporciones alarmantes, manifestó:

—Ahora no más se hacen los “melosos”. Que esperen un año y verán . . .

Esta sentencia barrenó los pechos de muchos casados que iban en el autobús y pudo contemplarse, en sus pupilas, algo así como una aprobación. ¡Pobrecitos!

Corría el autobús. Nos íbamos acercando. En lontananza, “El Corazón” semejaba efectivamente una víscera cardiaca, envuelta entre las gasas de las nubes.

Después de poco, entramos en la población. La alegría burilaba en los rostros la satisfacción que proporciona una esperanza realizada. Descendimos del autobús en busca de un pequeño descanso. Ya libre de la señora de proporciones paquidérmicas que, con su peso, me había afectado los riñones y el hígado y aún la paciencia, respiré a mis anchas, embriagándome con la pureza del aire.

Luego de recorrer la población por espacio de un cuarto de hora, buscando chiquillas a quienes galantear, regresamos al autobús. Una vez embarcados, seguimos al Balneario.

Diez minutos de viaje y llegamos al Balneario que está situado a las orillas del río San Pedro (¿Notan ustedes lo fuerte que es uno en Geografía?)

Una escalinata de cemento ofrece su comodidad para descender hasta las piscinas. En mitad de la escalinata, una chiquilla buenamoza nos ofrece, galantemente, una entrada a cambio de cuatro rústicos reales. Con el boleto en la mano, bajamos unas gradas más y nos encontramos en pleno Balneario.

Dos piscinas hermosas, amplias, que ofrecen la bon-

dad de sus aguas, hirvientes al parecer, se sitúan a la izquierda y derecha. Una infinidad de cuartitos que saben de los íntimos perfumes de mujer y que han contemplado cuerpos maravillosos, tremantes de frío y ple-tóricos de amor, brindan su misterio para aligerarse de ropa y transformarse en bañistas, gracias al "maillot". Alamos, en gran cantidad, se alzan esbeltos, delgaditos, guardando la línea como las señoritas de estos tiempos. Y sauces, tristes, llorones como empleados cesantes, con sus cabelleras de hojas diminutas, se inclinan hacia la tierra en saludo de admiración a su poder y a su grandeza.

Muchos bañistas: hombres que ostentan piernas flácidas, torcidas, llenas de esos pelitos antiestéticos que causan la desilusión de las mujeres. Otros, de cuerpos musculosos, bien formados, a quienes las chiquillas miran furtivamente y con rubor. Chicas de cuerpos maravillosos, empaquetadas en "maillots" de colores de escándalo, a través de los cuales las líneas de sus cuerpos se adivinan, se presienten, se ambicionan.... (¡Ay, Dios mío!....)

Hombres y mujeres, en pleno delirio de agua, se zambullen y nadan en las piscinas. Ojos luminosos por ahí. Hermosas piernas por allá. Por acullá, labios rosados que sonríen. Y todos contentísimos y alegres, hacen trizas las horas entre las ruedas de una magnífica alegría.

Modestamente y con cierto miedo, nos zambullimos nosotros en el agua. Y pensando en el futuro de nuestro hígado, permanecemos sumergidos dentro del baño, por espacio de una hora. Tiritando de frío, salimos de la piscina e iniciamos aquel trascendental acto de vestirse.

Tenemos curiosidad de conocer las maquinarias en las que se fabrican los helados secos, en las que se extrae el gas carbónico que se transforma en hielo seco y otras cosas más. Pero no hay tiempo para ello, porque el autobús está listo para partir.

Todos los turistas reunidos, ingresamos al vehículo y volvemos a Machachi. El apetito nos ha prendido su garra. En nuestros ojos el hambre se dibuja ansiosamente. Y pensamos en Lúculo con el mejor afecto.

Llegamos a la población. Almorzamos opíparamente. Luego, damos un paseíto por Machachi, que dura una media hora, y nuevamente estamos dispuestos para el regreso.

Parte el autobús de Machachi, con dirección a Quito. Los pasajeros ocupan los mismos asientos. ¡De nuevo, la señora de proporciones "kolosales", derrama sobre mí su gordura soberbia! ¡Sería mi destino!

Principia el viaje. El cansancio asoma en todos los rostros. Los cuerpos, cansados, piden a gritos un poco de reposo. Y cada uno de los pasajeros, arrimándose en el hombro de su compañero, corre detrás del sueño para atraparlo. Es la vida: hemos realizado una ilusión y, satisfechos, ya no hacemos caso de nada. Preferimos dormir. La esperanza, una vez alcanzada, es cosa que nada vale. Así seguimos el camino sin contratiempo alguno. Sin charla. Sin conversación. ¡Es la vuelta del músico!

La señora de proporciones alarmantes, tomando mi hombro por una almohada, ronca junto a mí en beatífica postura. A veces, lanza un suspiro. ¿Sueña que se ahoga? Tal vez.

Por ahí, en mitad del camino, pasa lo siguiente:

Uno de los pasajeros, perfectamente dormido, viene

siendo un juguete del vehículo; su cabeza, como la de un pelele, gira de lado a lado, en continuos movimientos. Llego aún roncar en voz menor. Durmiendo estaba tranquilamente cuando, recordándose de pronto, se despierta, frótase los ojos y grita:

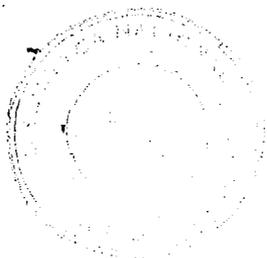
—¡Natalia, Natalia, tráeme el café con tostadas!

Una sonora carcajada general retumbó en el autobús.

¡Nuestro querido compañero de viaje creía que, terminada la noche, era hora de concurrir a la Oficina!

Así, entre dormidos y despiertos, llegamos a nuestra ciudad. Despedidas afectuosas. Y a casita. A enfrentarse con la costilla, sin cuyo consentimiento hemos ensayado el turismo en este magnífico domingo. A lo mejor, el lunes vamos a despertarnos en el "Eugenio Espejo".

[Faint, illegible text, possibly a stamp or signature]



SABADO INGLES

SA B A D O inglés!
Tarde pletórica de
sol —cuando hace sol—, y de agua —cuando llueve—;
en la que los empleados públicos se sumergen hasta la
coronilla en el Atlántico de la despreocupación. Tarde
maravillosa —sólo cuando hace sol—, que sirve para
echar por tierra al ídolo del trabajo con el grito apre-
miante de la libertad.

En esa tarde se olvidan las palabras oficiales de
“cúmpleme”, “transcribir”, “tomado nota”, “acuso a
usted recibo”, “honor y patria” y otras que forman el
léxico oficinesco que acaba con la poca inteligencia y la

mucha paciencia de los servidores del Estado. Estas palabras se las cubre con el manto espeso del olvido; y en lugar de ellas surgen esas otras, halagueñas y simpáticas, que tonifican el cuerpo y prestan alas a la fantasía. Esas palabras son "hiciste un sapo", "pase más tortillas, señora", "repita el canelazo" y otras que, desgraciadamente, siento no recordar.

En aquel medio día, los cerebros de los empleados públicos se bañan en el agua cristalina de la alegría, desterrando de su imaginación el tac-tac trastornador de la máquina de escribir; el sonido del timbre del Jefe que los llama a cada momento. ¡Y, sobre todo, el pedimento de los compañeros de Oficina que, a cada instante, le sablean a uno cigarrillos, por más "cocheros" que fume para evitar estos atracos!

Nuestra bella y pacífica urbe agiganta su movimiento y circulación en este medio día en que empleados y empleadas, en desbandada frenética, salen de sus casas en busca de aire puro —más "puro" que aire—, para oxigenar sus pulmones y vivificar sus almas que se marchitan —como rosas sin rocío. Talleres y otras Dependencias en las que ganan su diario sustento. (¡Que bonito escribo)!

Y autobuses, tranvías, coches de alquiler y demás vehículos, se abarrotan de gentes que, en busca de aire puro y horizontes más hermosos, realizan jiras a Chimbacalle, a la Carolina, a Sangolquí, a Machachi y a otras poblaciones que tienen fama por sus aguas termales y sanos entretenimientos que hacen vivible la vida y alegres las alegrías. Y es así cómo aquella pobrecita falange de los que viven al amparo del bendito Presupuesto, disponen de unas pocas horas para jugar al "sapo" donde "El Chileno", hacer honor a las maravillosas tor-

tillas en la Carolina o jugar al escondite en el Parque de Mayo. Todos, como un sólo hombre, agradecen esta vacancia que estiman cual una clarinada de bienandanzas y de esparcimientos terriblemente honestos.

Muchos —eso sí— prefieren quedarse en Quito. Y visitan aquellos sitios en los que el dios Baco tiene su altar para los que rinden culto a su poder y a su grandeza.

¡Qué caramba, cada uno es dueño de su sábado inglés!



Disfrutando mi sábado inglés iba yo por la calle "García Moreno" y al pasar bajo el majestuoso Arco de la Reina, me detuve a admirarlo. Es una obra colonial que, según una inscripción que ostenta, data del año 1682. Altivo —como un buen pensamiento— se levanta cual símbolo. Cuántas generaciones han pasado por aquel Arco. Desde las damas de miriñaque y los caballeros de capa y espada, hasta el señorito sinsombrerista y la señorita de cabeza químicamente rubia de la actualidad que, con apurado paso, avanza coqueteando a cualquier ciudadano. Hubiera deseado contemplar ese Arco antiguamente, antes del advenimiento de la luz eléctrica. Figúrome que habrá sido sitio especial para citas amorosas, emboscadas de "ganster" y puñaladas a mansalva. Ahora, la civilización, con sus "osrams" potentes, desflora la obscuridad impidiendo que en las sombras se ame, se robe y se asesine. Con todo, una de las pasadas noches puede ver una pareja que se arrullaba con caracteres alarmantes, haciendo caso omiso de los transeúntes que miraban con asombro y con envidia aquel quererse en plena vía pública.

El Arco de la Reina es un tramo del Hospital "San Juan de Dios" —edificio también antiguo y colonial, por tanto—, que asila a los enfermos contagiosos. Este Hospital se extiende casi una cuadra, hasta el principio de la Avenida "24 de Mayo". En la esquina está la "morgue" o anfiteatro, por cuyas puertas entra la muerte que se llora, para salir convertida en muerte que se olvida. (¡Qué frase!). Los muchachos curiosos, atisban por las rendijas de la puerta, queriendo contemplar el misterio de la desaparición eterna. Siempre que hay un accidente desgraciado que ha traído como consecuencia el fallecimiento o el matrimonio, por ejemplo, se reúne la gente en gran cantidad a las puertas del anfiteatro, husmeando, curioseando, inspeccionando...

Tal vez usted, amable lector, habrá observado que esa esquina es triste. Triste como un dolor, como una deuda, porque la muerte anda rondando por ahí en espera de su predestinado. ¡Esquina lúgubre, con ambiente de tragedia, que pincha el corazón cuando se la contempla!

Junto al anfiteatro hay un garage que guarda un vehículo macabro: un coche de dos ruedas, en cuyo fondo se acumulan los restos humanos destinados a la tierra. En él también se transportan los cadáveres de aquellas personas que nacieron pobres y pobres murieron, sin tener quien las recoja. Su conductor —un hombre alto, huesudo, de color moreno, en cuyas pupilas baila la tragedia el espasmo de la Nada— serio, taciturno e indiferente, como ensimismado en sus propios pensamientos, hala del caballo que, sin saber lo que lleva, camina lentamente, como agobiado bajo el peso de una desgracia. Y así, un hombre que mira la muerte de cerca, un caballo medio "cojo" y un coche que conduce en sus entrañas unos trozos de humanidad —tal vez calientes toda-

vía—, es el convoy que muchas veces he visto camino al Cementerio... Todos lo miran con respeto, con piedad, con pena.

Frente al Hospital existen unas tiendas en las que se venden ataúdes para todos los gustos y todos los bolsillos. Alineados están desde el ataúd blanco —para viudas aprovechadas— hasta el negro rústico, para el pobre indio.

Una vez presencié yo lo siguiente, que va de cuento:

Eran las doce de la noche. Corría el frío tenaz y torturante. Envuelto en mi bufanda de fina manufactura de Otavalo, me encaminaba a mi casa cuando al pasar por una de esas tiendas, escucho un rumor de farra y de alegría. Me acerco. Atisbo. Y contemplo un baile desenfrenado. Una pareja bailaba un "suelto" de esos de la madrugada. Todos gritaban y reían, alegres. Alrededor del cuarto, sirviendo de sofás, estaban ataúdes en los cuales los dueños de la tienda y los invitados, se encontraban sentados cómodamente. Sobre un ataúd pequeño, unas botellas de licor, unos vasos, cigarrillos. Y el buen humor en todas aquellas personas que festejaban un santo, porque gritaban: ¡Viva el santo! ¡Viva la dueña del cuarto!, mientras golpeaban sobre los ataúdes con entusiasmo digno de mejor causa. Sentí no sé qué, que no puedo explicarlo. Me dió pena y ganas de reír al mismo tiempo. Nervioso seguí mi camino pensando en que, de verdad, no hay por qué tener tanto miedo a la muerte.



Para continuar gozando mi sábado inglés, seguí por la carrera "García Moreno", con dirección al Panecillo,

Quería subir a su cúspide para contemplar nuestra bella ciudad de Quito. Saturarme de impresiones y darlas a conocer a los estimados lectores que, heroicamente, se aventuran por estas líneas. Queda pendiente sobre vosotros, como una amenaza, una crónica más. ¡Quizá tengáis valor de resistirla!

EL DIVORCIO

NUESTRA ciudad
tranquila, ajena al
escándalo y al bullicio ensordecedor que imprimen los
acontecimientos abracadabrantos (¡qué palabra más di-
fícil!), se ha visto de pronto sacudida de su letargo de
paz por la vigencia de una ley de la que nada sabían Adán
y Eva, nuestros primeros padres y primeros inquilinos
del Paraíso Terrenal.

Y es el caso, señores míos, que hoy se agita la ser-
piente de la nerviosidad en todas las imaginaciones y en
todos los pechos. El divorcio, apareciendo en el hori-
zonte de la vida matrimonial y en la de cada hombre y

de cada mujer casados, se yergue para unos como una clarinada de libertad; y, para otros, como una amenaza terrible que pretende arrastrar en su torbellino el amor, el hogar, las consideraciones.

En todas las esferas sociales de esta urbe pacífica, no se habla de otra cosa que del divorcio. Los cerebros de los maridos funcionan día y noche buscando una válvula de escape que justifique su deseo de sacudirse de un yugo que le dió la ley y lo remató la Iglesia. Los cerebros de las esposas trepidan al contacto de la idea de abandonar unos brazos. . . para ir en busca de otros. ¡Y los hijos, aquéllos que no tienen la culpa de nada, miran atónitos estas actitudes dantescas inventadas por los hombres para complicarse la vida!

En calles y plazas, por donde quiera que usted vaya, escuchará animadas conversaciones alrededor de este escabroso punto.

Existen opiniones divididas —de acuerdo con las conveniencias, naturalmente. Hay quienes creen que el divorcio es la novena maravilla del mundo— porque las siete maravillas del mundo son ocho—, ya que proporciona facilidades para impedir que siga la unión de marido y mujer que, sin llegar a odiarse, se detestan de todo corazón. Otros, en cambio, son partidarios del divorcio por ahorro. ¿Cómo? Me explico: marido y mujer no congenian por sus caracteres distintos; de esta desigualdad nace —lógico— el deseo de la guerra; con este deseo viene la iniciativa, que trae consigo la necesidad de arrojar trastos a la cabeza. Las broncas son continuas; y el divorcio se impone, para ahorrar el gasto en material bélico. Algunos opinan que el divorcio es indispensable en la civilización de los pueblos, porque da margen a la evolución de la especie. Dicen otros, en

cambio, que es la ruina del hogar; que destruye la familia y echa por tierra la institución matrimonial, antigua y respetable como una dama del siglo XIX. Se afirma, también, que el divorcio vendrá a eliminar los crímenes pasionales, ya que no habrá necesidad de tener celos, teniendo al Jefe Político a la mano. ¿Que nuestra costilla, en la patineta de su inconsciencia, resbala por la pendiente de la infidelidad? Cosa sencilla: donde el Jefe Político, olvidando revólveres, cuchillos, escenas dramáticas y aún hasta palabras feas que desdicen de la educación de un caballero. Por este lado, me parece magnífico el divorcio, lectores amigos. Se debe anotar, además, el peligro inminente que corren los maridos tenorios, rivales de Barba Azul. Ya no podrán descarriarse continuamente con la sangre fría más ardiente, en busca de emociones ilícitas. Ahora tendrán que andar muy rectitos aquellos viejos verdes, acostumbrados a "echar una cana al aire" cada dos días, con lo que solían quedarse calvos al poco tiempo. ¿Que falta usted a la casa una noche? Pues, al día siguiente que asome por su hogar, encuentra sobre el velador la citación del Jefe Político y sobre el rostro de su consorte una sonrisa sarcástica, como diciéndole: "Me pagaste, bandido". Hoy, los maridos cumplirán sus deberes con precisión de reloj Omega. Sin extravíos. Con la conciencia plena de que no engañan. (Y prometo a ustedes que ni así sabremos lo que es felicidad). Y las esposas, a su vez, atentas, solícitas, encantadoramente cordiales, adivinarán nuestros pensamientos más mínimos para complacernos aún a costa de sacrificios. ¡Y nuestras camisas ya tendrán todos los botones! Si no...

Así iba pensando mientras me dirigía por la carrera "García Moreno", hacia el "Arco de la Reina" cuando,

en la esquina de la calle "Bolívar", la actitud de una pareja me detuvo. Eran un hombre de la clase media —no sé cuál será esta clase, pero en fin—; y una mujer más bien simpática que fea. Discutían a la puerta de la Jefatura Política del Cantón. Curioso como soy, aparentando distracción, me quedé escuchándoles atentamente. Era una pareja que iba en busca del ungüento que está de moda para el reumatismo del matrimonio: el divorcio. Y transmito a ustedes, bondadosos lectores, todo lo que oí:

—Al fin, ¿quién se hace cargo del "guagua"? —decía la mujer.

—Vos —repuso el hombre que, según supe luego, se llamaba Cornelio.

—¿Con qué le voy a mantener?

—Vos verás. Sabiendo esto no era de que me des motivo.

—Si yo no he hecho nada —protestó ella, que se llamaba Lola, según pude averiguar.

—Y eso de asociarte con tu mamá para fregarme, ¿qué es?

—Si yo no tengo la culpa.

—Vos tienes la culpa. Yo te he querido siempre.

—Yo también, a pesar de tu mal dormir.

—Por lo que me da pena es por el "guagua", que ha de quedar con el monstruo de tu mamá.

—¡Qué grosero!

—¡Y no me alcés la voz, caramba, que no te he de aguantar.

—¡Vele al gallito a cuenta del divorcio!

—No me digas nada. Para evitar todos nuestros disgustos, nuestros pleitos, hemos venido aquí. Si no pode-

mos hacer vida, mejor es separarnos. Cada uno se irá por su lado, sin acordarse más...

—¿Y el "guagua", Cornelio? ¿No te acordarás de tu hijo? ¿No tendrás pena de las hambres que pase? ¿Con qué plata va a vivir el pobrecito? Bien sabes que yo no tengo ni medio...

En su voz había un sollozo, un dolor que le salía del alma.

Y Cornelio, ante esta plegaria en favor del pedazo de su corazón, del hijo de su sangre, olvida los agravios de su mujer, olvida los disgustos y sólo piensa en el porvenir que debe a su hijo. Transfigurado, abraza a su mujer y con lágrimas que pretenden saltarle por los ojos, le dice:

—Tienes razón, Lolita, nuestro hijo ante todo. Nuestro hijo reclama el apoyo a que tiene derecho. Si lo dejamos solo en el vaivén de la vida, en lugar de un ciudadano honrado será un mal hombre. Nosotros no podemos divorciarnos: que se divorcien los que no aman a sus hijos, los que no quieren a sus hijos... ¡Vamos a verlo, vamos a buscarlo!

Y un beso sella este nuevo juramento. Renunciando al divorcio, en aras de la felicidad de un hijo, aquella pareja corre a su hogar, que iba a quedar abandonado como un nido vacío.

Ante este acto, la emoción y la corbata anudan mi ganganta. El "chapita" de la esquina— que también ha estado oyendo— hace un puchero de pena y me sonrío con amargura. ¡Los "chapitas" también son sentimentales! Tal vez una lágrima quiso subir a mis ojos. Pero la emoción y la lágrima se evaporaron al oír el "claxon" de un auto que pretendía hacerme pedacitos. El triunfo del materialismo— pensé, al tiempo que seguía

por la calle "García Moreno", un poco triste por lo que acababa de presenciar. ¡El triunfo del materialismo! —repetí, pensando en el divorcio y en que era hora de almorzar.



**LAS
DICHOSAS COCINERAS**



TEMA arduo y escabroso es este. Tema salpicado de sal, de calor y de apetito. Las cocineras, esos seres que preparan y condimentan al alimento diario que sostiene nuestra existencia, graves personas son, que agrían, la vida con el vinagre de su comportamiento.

Hablar de cocineras o de criadas de mano, es hablar — según gráfica expresión — de “enemigos pagados”, que dicen las antiguas. La cocinera es el fantasma que se destaca amenazante desde las profundidades ardorosas del fogón, hasta la mullida cabecera de una cama

azul. Desde que luce el día con la cerilla del sol hasta que las sombras de la noche cubren de betún todas las cosas.

Se abre el día con el desayuno y se cierra con la merienda. Durante todo ese tiempo la santa cocinera nos tiene sujetos a su capricho. Nada vale contra su poderío. Si bravatas, abandona la cocina y reclama ante el Comisario de Trabajo. Si bondades, basta es que nos coja del codo para que se suba a la cabeza. Un término medio prudencial nos pone en la situación de aguantar pacientemente sus impertinencias y sus condimentos.

El "arrocito" de cebada que tarde y mañana ingerimos con especial satisfacción, amargo nos resulta muchas veces por la lucha que nuestra costilla —o nosotros personalmente—debemos sostener con esas "bandidas" de las cocineras —como las llama una tía nuestra, sorda del oído izquierdo.

Si angustias pasamos por conseguir los fondos necesarios para nuestro corporal sostenimiento, sacrificios nos cuesta el obtener una buena cocinera. Una de esas cocineras ideales con las que muchas madres de familia, en sus momentos de optimismo, sueñan constantemente. Una de éstas que sea honrada, humilde, hacendosa, comedida y sin críos; sin compromisos con los primos, los hermanos y los "chapas".

Por más "bocas" que ponga para buscar la cocinera que habrá de convenirle, siempre ha de toparse usted con toda clase de obstáculos. Nuestro ferviente deseo de lograr una sirviente buena, choca contra la fría realidad del gremio férreo que es el de la servidumbre.

!Oh, nada más simpático que buscar cocinera! Nada más entretenido para los espíritus que gustan de bu-

cear las almas y de comprender las intrincadas teorías del psicoanálisis, del sexualismo, del supraespiritualismo, etc.

Encontrar una muchacha buena que se avenga a nuestra pobreza es tan difícil, como pretender que los autobuses dejen de ser carros del terror y se transformen en vehículos de sereno y eficiente transporte. Muchas ocasiones, pensando conseguir una cocinera cien por cien, nos hemos dirigido a la Agencia de Domésticos. Esta Agencia, por el módico honorario de tres sucres, nos proporciona una muchacha que tiene todas las dotes reunidas en sindicato. Esta misma Agencia, por su trabajo, cobra a la cocinera cincuenta centavos por la colocación que el ofrece. ¡Es decir, la Agencia trabaja únicamente por el arte, porque tres sucres cincuenta por cada muchacha que coloca—y al día, según me han informado, no rebajan de diez— no significa nada con la actual desvalorización del sucre! ¡Patriotismo, señores, patriotismo!

Bueno. Llega la cocinera colocada por la Agencia. La hacemos un pequeño examen de conciencia. Nos dice donde ha servido anteriormente. Preguntamos si prefiere de puertas para adentro o de puertas para afuera. Averiguamos si tiene familia. La muchacha nos da los mejores datos. Dice que su habilidad es hacer unos "locros de cuero" estupendos; unas empanadas de morocho maravillosas; unos huevos fritos de sacarse el sombrero; un arroz seco fantástico; un chocolate succulento... (terminamos aquí la enumeración de habilidades, porque se nos está haciendo la boca agua). En vista de semejante hallazgo, la contratamos por nueve sucres mensuales y la comida para un "guagüito" que tiene encargado donde una sobrina suya; con

la obligación de que, de vez en cuando, haga un mandado y lave uno que otro pañuelo.

Se inicia el servicio de la Petrona—que así se llama—y resulta lo siguiente: no sabe hacer casi nada y hay necesidad de darle indicaciones, de enseñarle el momento que tiene que “soltar las papas” para el locrito; y como la señora está continuamente en la calle, de visita, uno es quien va a la cocina a darle lecciones a la Petrona. Total, que uno llega siempre tarde a la Oficina, por estar friendo huevos o lavando la lechuga. Prosigamos: la comida que saca la Petrona no es para el “guaguüito”, sino para un cholito futre de zapatos rebajados, que todas las noches, a las siete, la espera con inquietud y con hambre, en la puerta de calle de la casa de al lado. Gasta “aventadores” que da miedo. En las cuentas de las compras, ha perdido siquiera un real. La sal no le dura. Se pierden las cucharas; y los platos no se rompen porque no tenemos más que uno que lo cuidamos como a niña bonita. Es decir que la bendita Petrona es nuestro martirio perpetuo. Se le manda a un recado y se tarda medio día. En suma: prefiere cocinar uno y mandarle a la Petrona al Ministerio.

Todo esto, ¿por qué? Sencillamente porque las cocineras han evolucionado. Ya no son las sirvientas modelos de las que tanto hemos oído hablar a nuestras abuelas. Ahora, son señoritingas de zapato de taco alto, blusas con bordados, “rouge” en los labios y conchas en el peinado. Ahora, una cocinera es algo grande, algo majestuoso, algo casi divino... Ya no quieren ganar nueve o diez sures. Piden veinte como sueldo, sábado inglés e indemnización por accidentes culinarios. Ya no se las puede tratar de tú, porque pro-

testan. También ellas se han incorporado a las ventajas del vivir presente. ¡Están en su derecho! Sólo sentimos que, después de esta crónica, si alguien va a padecer por falta de cocinera, somos nosotros. ¡Qué le vamos a hacer! Nos dedicaremos a vegetarianos, que dicen que es una gran cosa.

A propósito, cuentan por ahí que un pobre individuo carente de todo medio para poder subsistir, tuvo que dedicarse a los vegetales. Y en las horas de almuerzo y de comida se encaminaba a las afueras de la ciudad, en busca de huertas donde proveerse de hortalizas. Una vez, lo único que encontró para su alimento, después de un ayuno de dos días, fué alfalfa. El pobre individuo no tuvo más remedio que arremeter contra la alfalfa. Desde entonces, dicen que a las doce del día y a las seis de la tarde, sin querer, siente santos deseos de relinchar... Pobrecito, ojalá que, con el tiempo, no tenga ímpetus de dar coces, porque sería un hombre peligroso.

Ahora, bien peinados lectores, paso al fondo de la cuestión.

Hace dos días que estamos sin cocinera. La que teníamos, por el inofensivo hecho de deberle cinco mensualidades, nos ha dejado plantados, cometiendo la ingratitude de marcharse. Y nos encontramos en la dificultad de conseguir otra. Hemos recomendado a amigos y parientes nos la den buscando; hemos pedido el auxilio de la benéfica y desinteresada Agencia de Domésticos. Todo en vano. Así como hay escasez de plata hay escasez de cocineras. Un chasco nos pasó y se lo vamos a refirir a ustedes:

Eran las seis de la tarde. En ese instante nos hallábamos colocando la trampa de la luz, en la seguridad de que

los Inspectores de "La Eléctrica" —que brillan por su ausencia—no cumplen con sus deberes a esa hora de la tarde, cuando repetidos golpes a la puerta de calle nos hicieron estremecer. Nos guardamos los alambres en el bolsillo y temblorosos abrimos la puerta de calle. Ante nosotros se presentó una señorita de abrigo, melena y una pose de Venus que asustaba. Oíd el diálogo:

—¿A quién busca?— preguntamos tranquilizándonos al ver que no era el Inspector de la luz.

—Me han dicho que aquí necesitan una cocinera—dijo.

—¿Sabe usted cocinar?—averiguamos.

—Ya lo creo—respondió.

—¿Y cuánto cobra por mes?

—Treinta sucres—dijo, con la mayor sangre fría.

—Qué lástima —expresamos—. Precisamente este momento acaba de llegarnos por correo aéreo una cocinera alemana, a quien le pagamos doscientos sucres mensuales—. Y cerramos la puerta de calle con iras y con fuerza.

¡Treinta sucres mensuales para cocinar una mazamorrilla de mañana y una mazamorrilla de tarde! ¿Qué les parece? Es terrible. Es asombroso.

Pero no todo ha de ser desgracias. De alegrías y sin-sabores se compone la vida. Si hoy lloramos, mañana reiremos. Es el vaivén de las contingencias que rige los destinos del mundo. ¡Y aún los destinos en las Oficinas Públicas!

Hoy, felizmente, hemos encontrado una cocinera que nos conviene:

Recomendada por la señora que nos fía la leche, ha venido esta mañana una cholita de empaque humilde y mirada bondadosa. De vestir honesto y maneras de-

licadas. Creo que es de Carapungo. Y aún no se contaminá de las malas costumbres de las ciudades populosas

La hicimos entrar al dormitorio. Sentóse en uno de los baulitos que poseemos. Y se entabló entre nosotros la siguiente conversación:

—¿Cómo te llamas, hijita?

—Rosa Aurora, niño.

Nos encantó que nos dé trato tan simpático.

—¿Sabes cocinar?

—Sí, patrón.

Deliramos al escucharla. Es algo hermoso que le digan a uno patrón.

—¿Has servido en otra casa?

—Sí, niño.

—¿Dónde has servido?

—Ultimamente he estado en la casa de los patrones Cisneros, en la Alameda.

—¿Cuánto te pagaban?

—Ocho sucres, niño.

—¿Y por qué te saliste?

—Eran bien "sucios", patrón.

Este comentario nos enfrió. Las ilusiones fueron decayendo como un enfermo que se agrava por minutos.

—¿Sólo por eso?

—No. También me ocupaban en mandados. El patrón Cisneros era una buena persona. Pero la mujer era una sabida. Sólo le gustaba el lujo. Ella era bien elegante, tenía bastantes paletós, batas de seda, todo el sueldo del marido gastaba en vestirse. Y para la comida tenía que empeñar todo. Yo conozco, niño toditas las Contadurías...

El átomo de ilusión que nos quedaba, se trituró bajo

el terrible comentario de la Rosa Aurora. Le tuvimos miedo. Y resolvimos no tomarla a nuestro servicio, pero sentimos deseos de seguir encuchándola. Preguntamos:

—¿Y el señor Cisneros no decía nada?

—¡Qué ha de decir, si le tiene “montado”! El pobre tiene sólo un terno y lo demás empeñado. La mujer es de invitaciones, de “teses”, se va todos los días a las vistas del “Bolívar”. Y el marido trabajando como un burro.

—¿Y se trataban bien en la comida?

—Comían sólo una cosa y lo que sobraban guardaban para tarde. La vieja de la mama de ella le aconsejaba que no se deje mandar por el señor y le decía que goce y que gaste, que para eso tiene marido. Yo no le podía ver a la vieja esa...

—¿Cuánto tiempo serviste ahí?

—Cinco meses y me deben cuatro mensualidades. La señora, en pago del primer mes, me dió una bata usada y este par de zapatos que usted ve... Era bien sucias: me hacía la cuenta de los tristes dos sueres que daba diariamente, hasta el último nicle.

—¿Y antes dónde serviste?

—Donde la familia Armendaris. De ahí me despeché porque tenían muchos “guaguas” y se entraban a la cocina a querer meter las manos en las ollas. La mujer del señor Armendaris era buena. El bandido era el marido. Figúrese que tenía unos enredos con una “chulla” de por la ciudadela Larrea y todito el sueldo se gastaba en diversiones. Ahí me enseñé al principio, pero después no, porque me trataban mal. Cuando yo salía a la calle me buscaban debajo del pañolón para ver si me llevaba algo. En esa casa me culparon que yo había robado unas tres cucharas de plata, una cho-

colatera y un sostén de la señora. ¡Figúrese, el sostén dizque le iba a robar, cuando me quedaba bien ajustado!

Ganas nos dieron de reír y de patearla. Era una mosquita muerta de grandes alcances. Seguimos preguntando por curiosidad, sin embargo de que no nos gusta saber de vidas ajenas.

—¿Y no te molestaban en la cocina?

—Todito el día. Con decirle que hasta contaban las papas fritas en el sartén para ver si me comía yo o sacaba a la calle...

—Y en lo demás, ¿eran buenas personas?

—Regular. Muy fregada era la señora: la leche que compraba decía que era con agua; las papas me hacían traer tres libras, para más de doce y decían que me robaba. ¡Hasta el carbón me controlaban! Yo he sido siempre honrada y servicial y cuando quiero a un patrón le sirvo con todo cariño.

Esta cholita que creíamos que sería nuestra felicidad iba a ser nuestra desgracia. ¿Cómo poder confiar en ella, si mañana, cuando salga, ha de decir pesteş de nosotros y de nuestra familia? Era imposible. No podíamos tomarla. Y la despedimos.

Desde la ventana la vimos que se alejaba de brazo de un "chapita" que la arrimaba el hombro más de la medida.

El problema de las cocineras, como el de la mendicidad, el del inquilinato, el de los "sables", es un problema social. Quizá algún día pueda tener una solución que elimine todas las dificultades y molestias que lo hacen, actualmente, un problema de vida o muerte.

Y aquí terminamos esta crónica, porque vamos a la cocina. Se está regando la leche y luego nuestra señora nos regaña...

HE VISITADO UNA BRUJA

LA leyenda —mentira con ribetes, de verdad— ha tejido siempre historias alucinantes y macabras.

Desde tiempos inmemoriales, la leyenda ha tenido en esta bella y pacífica urbe un puesto de honor. Algo así como un palco. Y el misterio, embozado en su capa de tragedia, anduvo en muchas ocasiones por la calle de la Ronda, por la esquina de las Almas. En otras, dejó su huella de estremecimientos en el Cucurucho de San Agustín; en el puente del Tejar y en algunos sitios más que no los cito, porque Don Cristóbal de Gangotena y

Jijón puede decir que estoy invadiendo el terreno de sus conocimientos. Y cada gallo en su gallinero, como dijo el poeta.

Desde pequeñito he oído hablar de las brujas. Y muchas veces escuché leyendas abracadabrantas que hicieron acelerar el ritmo de mi diminuto corazón. Se me decía que las brujas, a las doce de la noche de todos los días —menos los sábados, naturalmente— desde las chimeneas de las casas ascendían hacia el espacio, cabalgando briosas escobas. Que eran seres sobrenaturales, que todo lo sabían y que lo adivinaban todo. Al describirmelas, mi mente captaba sus figuras escuálidas, de ojos embrujadores —que viene de brujas ¿eh?— cabello desordenado, rostro con pómulos salientes, frente estrecha, y labios diabólicos que decían maleficios y maldiciones continuamente.

Pero el tiempo ha corrido. Y al transcurrir, se cree que ha hecho añicos, entre las ruedas de los años, a leyendas e historias de brujas y de duendes. Sin embargo, de la civilización y del progreso, de la luz eléctrica a costo elevadísimo, de la radio, de las deudas sin prisión y de la justicia gratuita, las brujas —esos seres que nos los imaginábamos casi sobrenaturales— viven y perduran todavía. Y, lo que es más, ¡tienen su despacho! como cualquier honorable abogado.

Sí, estimado lector. Estoy viendo en tus ojos —perdona que te trate de tú— cómo va pintándose el asombro. Y en tu cerebro la duda ha sentado sus reales. ¿No me crees que aún hay brujas en nuestra ciudad de Quito? No puedes creerlo, ¿verdad? Lo cierto es que existen. Que su profesión les da para vivir. Y para llevar adelante hasta una familia. La brujería, como los dentistas y las obstetrices, tiene su clientela. Una cliente

la escogida, que paga por saber su futuro, comprobar su pasado y estremecerse ante el presente. ¡Créemelo lector, en Quito hay brujos y brujas en gran cantidad!

En la carrera "Ambato", en el "Aguarico", en "Chimbacalle", en "La Chilena", en "La Carolina", en "Guanacalle" y otros barrios apartados, las brujas habitan en casuchas miserables o en cuartos nauseabundos, en espera de los clientes que habrán de golpear su puerta, estremecidos por la emoción, en busca del vaticinio, en persecución de la palabra que habrá de aclararles el misterio del porvenir; en espera de algo que les alumbré lo incierto del presente. Los clientes no faltan. Muchachitas de la aristocracia, gentes de la clase media, empleadas públicas, jóvenes, viejos y señoras respetables, muchas veces, entre las horas inciertas de la noche, se han encaminado en busca de la bruja.

Palpitante el corazón, escrutadora la mirada, nerviosas y tremantes, cuantas amigas nuestras habrán escuchado de los labios de la bruja una esperanza o una decepción; cuantas se habrán arrepentido de dar aquel paso, de ir a aquella pocilga a preguntar si su novio le pone cuernos; a averiguar si su marido continúa siendo fiel; a indagar el paradero de alguna joya que desapareció de su velador; a pedir que le indique el lugar en que se encuentra la persona a quien amó y que se fué robando otra joya que guardaba.

Especialmente en el sexo femenino está arraigada, como un premolar, la fe en las brujas. Y yo he visto muchachas de la "creme" encaminarse en bandada hacia un cuartucho oscuro a pedir a la bruja que les adivine. Y la bruja, pícara y diabólica, después de preguntas y preguntas, contesta ambiguamente, procurando

que sus respuestas estén de acuerdo con la índole de la persona que averigua.

Tanto me habían hablado de las brujas y de su poder de adivinación, que al fin me decidí a comprobarlo. Y es así como hace unos días me encaminé a la carrera "Ambato", en busca de la bruja. Me dieron indicación que habitaba en un cuartito, unas cuadras más allá de "La Colmena", quinta de propiedad de un señor gordo, bien gordo, a quien se lo ve todos los días en las Escribanías, agenciando negocios y negociando agencias.

Las brujas, ¿saben ustedes? cobran un sucre de honorario. Y hay que llevarles una vela para la ceremonia. Para que ustedes se den cuenta voy a referirles todo cuanto me dijo una de estas adivinas.

Llegué, pues, a "La Colmena". Unas pocas casas más allá di con el cuarto de la bruja. La puerta estaba cerrada. Me anuncié con un golpe de nudillos. Y esperé. A los pocos segundos, una voz de mujer, me preguntaba:

—¿Quién es?

—Yo— contesté, como es costumbre.

—¿Quién yo?— inquirió la voz.

—Un cliente— respondí, comprobando que la vela que llevaba salía fácilmente del bolsillo.

—Espere un momentito—dijo la voz.

Cerróse la puerta y aguardé. Prometo a ustedes que da cierta emoción el pensar que otra persona sepa de la vida de uno; de su pasado y de su porvenir. Mentalmente preparé algunas preguntas que formularía. Tenía curiosidad de comprobar el poder de la bruja. Ansiaba conocerla. Mirarla de cerca. Y constatar la verdad o la mentira.

Unos minutos pasaron. De golpe abrióse la puerta.

Y la misma voz, desde el fondo del cuarto, pidió:

—Pase usted adelante.

Entré. La habitación era pequeña. Una cama de madera, dos baúles viejos, una estera usadísima y una mesa, componían el mobiliario de la bruja. Sobre la mesa un cuadrado de San Antonio estaba pegado a la pared. En la misma mesa se podía ver: pañuelos de colores, cigarros, unos mechones de pelos de distintos colores, un perico que se paseaba impaciente y un candelero.

La bruja, sentada en el suelo, en el centro del cuarto, me miró, seria y ceñuda. ¿Cómo era? Voy a decírselo: ni joven ni vieja; tenía seguramente unos cuarenta años. Pelo ralo y negro. Ojos vivarachos y pícaros. Nariz perfilada. Labios abultados. Carecía de dientes. Estaba pintada ojeada y con un poco de color en las mejillas. Verdaderamente, tenía cara de bruja.

—Siéntese usted—me dijo.

Sobre uno de los baúles, me senté.

—Ácérquese—indicó.

—¿Trajo eso?—preguntó.

Comprendí que se refería a la vela. Se la dí.

—¿Y lo otro?—inquirió.

Deduje que se refería a su honorario. Y puse en sus manos una moneda de a sucre. La cogió y se la guardó en el seno.

—Será mejor que se siente en el suelo—manifestó.

Obedecí. Y así quedamos frente a frente: la bruja para que me eche a la cara todo cuanto sabía de mí; y yo para escucharla impaciente y nervioso.

Pasó un minuto. La bruja se puso de pie. Prendió la vela y la colocó frente al cuadrado de San Antonio. Tomó un cigarro y lo encendió en la llama de la vela. Co-

gió los pañuelos, los mechones de pelo y el perico y volvió a situarse en el suelo, frente a mí.

Comenzó la consulta, señores.

—¿Qué quiere saber primero?— dijo, echando al aire unas azules bocanadas de humo.

—Si la moneda que le he dado— indiqué— es buena o es falsa.

—Le contestaré en seguida— respondió.

Extendió sobre su falda un pañuelo rojo. Hizo un nudo con una de sus puntas. Extrajo la moneda de su seno. La puso encima del pañuelo. Dió un fuerte "golpe" con el cigarro. Expelió el humo sobre la moneda. Y dijo, misteriosa:

—Es buena. Pero para asegurarme, voy a comprobar mejor.

Y poniéndose de pie, fué hacia una esquina del cuarto. Cogió una piedra de moler y sobre ella hizo saltar la moneda. Al sonido, comprobó que era buena. ¡Esta primera experiencia me asombró!

—Pregunte alguna otra cosa — indicó la bruja.

—¿Qué hace estos momentos la mujer a quien quiero?

Repitió un "golpe" con el cigarro. Echó el humo sobre un mechón de pelo rubio, y cerrando los ojos, habló:

—La mujer a quien usted quiere, está en estos momentos en la cocina, haciendo un "timbushca". La veo riñendo a la cocinera porque le ha traído menos las compras...

—Si yo no soy casado — protesté.

—Eso he comprobado desde el primer momento.

—¿En qué? — averigué, intrigado.

—En que faltan tres botones en su chaleco — terminó la bruja, triunfante.

Me miré el chaleco y pude comprobar que, en efecto, faltaban tres botones. ¡Era una bruja maravillosa!

—La mujer a quien usted quiere es su abuelita. Y su abuelita, a estas horas, está en la cocina.

¡Qué mentira! Mi pobre abuelita, hace muchísimos años que dormía el sueño eterno, bajo algunos metros de tierra. Contuve la risa que me inspiró la bruja. Sin embargo, seguí preguntando:

—Dígame, ¿cómo se presentará mi futuro?

La bruja repitió el juego del cigarro. Después, miró la lumbre y dijo:

—Su futuro se presenta bastante obscuro, por cuya razón no es posible leerlo claramente. Sin embargo, veo que después de pocos años, se hará usted aviador y que obtendrá muchos triunfos. Por último, morirá usted atropellado por un tranvía. Todos le llorarán y la Sociedad Funeraria Nacional se encargará de sus funerales, cobrando a su familia un dineral.

Me estremeció el saber mi futuro. Y me estremeció, también, la frescura de la bruja que quería verme atropellado por un tranvía. En lo que sí había acertado es en eso de la Funeraria Nacional. Volví a preguntar:

—¿Me sacaré algún día la lotería?

—Sí —dijo la bruja—. Después de tres meses se casará usted con una mujer, y llegará a tener doce hijos. Es decir, que se habrá usted sacado la lotería.

Otro acierto de la bruja. ¡Qué poder de adivinación!

—¿Viajaré yo algún día?

—Sí —respondió la bruja—. Usted viajará dentro de poquísimo tiempo, porque veo que va a comprar una casita por la Carolina y tendrá que viajar diariamente. La casa adquirirá por medio de la Caja de Pensiones;

pero, como le despedirán del empleo y no tendrá con qué pagar, se la rematarán.

De improviso, vino a mi mente esta pregunta:

—¿Puede usted decirme cuándo se reunirá la Constituyente?

—No pregunte disparates —contestó la bruja—. Además, si le contestara esto, correría el riesgo de que me manden a Galápagos.

Y mi santa curiosidad quedó aplanada. La bruja seguía fumando su cigarro con ahinco y elegancia. ¿Qué más podía preguntar? Sabía mi futuro. Conocía la muerte que había de tener. Otra pregunta, sin embargo surgió en mi cabeza.

—¿Tendré yo muchos trabajos en la vida?

—Muchos —expresó la bruja—. Ahora mismo tiene usted el trabajo de ser pobre.

—¿Cómo lo sabe? —averigué.

—Es sencillo. De ser usted rico se hubiera ido donde ese Mr. Bourgeix que dicen que también adivina. Y no hubiera venido aquí, a gastar sólo un sucre.

—Basta— dije, comprendiendo—. No quiero que me diga más. Usted es una maravilla. Voy a recomendar a todas mis amistades que vengán a consultarla.

Gracias —dijo la bruja—. Siempre estoy a su disposición. ¿No quiere preguntar usted nada más?

—Ya lo creo. Voy a hacerle la última pregunta. Puede decirme, ¿seré feliz con la mujer con quien me case?

—Esta ya es una pregunta más seria. Y hay que recurrir a un método más complicado para averiguarlo.

Púsose de pie. Abrió el cajón de la mesa, en el que pude ver unos tres muñecos de trapo. Sacó una baraja. Hizo un solitario, con el cambio de cartas y demás requisitos. Y luego, dijo:

—Será usted muy feliz. La mujer con quien se case le será completamente fiel. Únicamente se fugará con un capitán de Ejército, de ojos verdes. Pero regresará, a los veintidós días, más amorosa para con usted. Por lo demás, no tendrá queja alguna.

Esta noticia fué el acabóse. No es que yo crea en lo que me dijo la bruja, ni en que yo tenga que casarme. Pero sí creo que decirle en las narices que la mujer de uno va a serle infiel, es creerle un imbécil a dos carrillos. Y como nadie lo es mucho, siempre protesta. Protesté por semejante porvenir que me auguraba. Nada dijo la bruja. Se contentó con decir que ella no podía cambiar el destino de los hombres.

Agradeciéndole, me despedí. Salí del cuartucho y emprendí el regreso.

Al hacerlo, fuí pensando en la ingenuidad de la chiquillería loca que aspira a escuchar su porvenir de labios de una bruja. De una bruja mentirosa y pícara que con artificios y farsas va viviendo a costa de la sencillez de la gente que cree en su poder.

Y ahora tengo clavada en mi pecho una espina: mi muerte. ¡Cada vez que veo el tranvía, me escondo en las puertas de calle, para que no se cumpla la burda mentira de una vieja bruja! Felizmente, con tanto acierto, la Compañía Nacional de Tranvías ha suspendido el servicio de carros por las noches. Parece un absurdo ¿verdad? Pero no lo es. Con esta medida, tranquilo deambulando por las calles, desde las siete de la noche para adelante.



CHARLAS DE COMADRES

LA casa en que yo vivo es todo un pueblo. Se compone de dos grandes patios; tiene dos pisos; y, por lo menos, ochenta habitaciones. Está situada en el barrio de "La Tola", a dos cuadras del Templo de los Salesianos.

Nuestro dueño de casa es una buena persona. Una buena persona para privarnos de agua, cobrarnos el arriendo y apagarnos la luz a las nueve de la noche, hora en que, según él, ya todos deben estar durmiendo. No permite que jueguen los "guaguas" y cuando algún chico travieso ha pintado con carbón el zaguán de la

casa, arma un escándalo terrible y pide que desocupen los departamentos. ¡Es algo Mussolini nuestro don Nicanor!

Conste que me estoy jugando la tranquilidad con estas declaraciones. Pero no me queda otro remedio. Si me salgo de la casa de don Nicanor, buscaré unos cuartitos por "El Aguarico", en donde dicen que son más baratos los arriendos.

Como proletario de levita, vivo en una "piecita" baja del segundo patio, conforme se entra a mano izquierda, junto a una planchadora buenamoza que almidona con primor. Tengo por vecinos un chófer, una costurera, un maestro de escuela que goza de jubilación y que es la persona más "leída y escribida" de la casa; y, por último, un sastre remendón que presume haber sido cortador de Sáenz.

La vida, en medio del bullicio de la casa, se desliza relativamente tranquila. Mis vecinos son muy buenos y, como todos los vecinos, poseen el arte maravilloso de la murmuración. Ayer, cabalmente, mientras me arreglaba para concurrir a la Oficina, tuve oportunidad de escuchar el siguiente diálogo entre la costurera y el sastre que, con motivo de sus profesiones "aguji-les", simpatizan bastante.

—Vea, señorita Luz —le decía el sastre—, es imposible seguir viviendo con esta carestía de las cosas.

—Así es, señor Lucho —aseguraba la costurera, con una voccecita destemplada—. Esto ya no se puede soportar: la manteca cuesta un ojo de la cara; las papas, más caras que los huevos; los huevos por las nubes. ¡Hasta las indias que venden legumbres, cobran tres reales por una lechuga de este porte!

—Yo no sé lo que va a pasar, señorita Luz —repli-

caña el sastre—. Lo poco que uno gana, gasta en la "mashquita".

—Y hasta la máchica, señor Lucho, está carísima. Ya no podemos ni hacer chapo. Estamos fregados. ¿Y qué dice de la leche?

—Yo he oído que la leche está cara porque unos cuatro ricos explotan al pueblo y a las vacas...

El chófer que salía a la calle, terció en la discusión. En medio de mi apuro por la Oficina, resolví escucharla hasta el último, porque me parecía interesante. Y detrás de la puerta, tranquilo seguí oyendo este congreso de inquilinos.

—Buenos días, señor Lucho. Señorita Luz, como está?— Decía el chófer a sus vecinos.

—Aquí, conversando un ratito, señor Fidel. ¿Ya se va al trabajo?

—Sí, señorita Luz. Ya está arreglado el auto del señor.

—Usted que se codea con los grandes —dijo el sastre—díganos ¿qué sabe de un Decreto que han expedido respecto de los hijos ilegítimos?

—Por lo que he podido oír— repuso el chófer— creo que los ricos están fritos. Es decir los ricos que "saben" tener hijos por sport.

—Pero a mí me han dicho que más bien los ricos no tienen hijos.

—Es cierto— manifestó el sastre—. Los pobres, señor Fidel, nos llenamos de hijos. ¡ Yo no sé por qué será!

El maestro de escuela que estaba haciendo buchadas de agua en la puerta de su cuarto, oyendo la conversación, acercóse y tomó parte.

—¿Qué cuentan de nuevo, amigos?—preguntó, son-

riendo a todos con aquella sonrisa amarga, decepcionada y triste, que es el distintivo de los maestros de escuela. De los maestros de escuela jubilados, se entiende.

—Estamos conversando sobre ese Decreto de los hijos ilegítimos— repuso el chófer.

—¡Ah, es una gran cosa!— comentó.

—¡Es una barbaridad!—respondió la madre de la costurera que había acercádose también.

—¿Por qué señora Lolita?—arguyó el maestro de escuela.

—Porque eso es darles a los hijos naturales y a los legítimos una igualdad que no pueden tener.

—Pero si todos son lo mismo — comentó la costurera.

—¡Cállate, Luz!—pidió su madre—. Es un abuso, un atropello, que se reconozcan como legítimos a los hijos que, precisamente, no son legítimos y que van a quitar el pan a los que tienen derecho.

—Alto ahí, señora Lolita—expresó el maestro de escuela—. Todos los hijos que vienen al mundo son iguales. Ninguno se diferencia en lo absoluto. Esta ley protege a los unos y protege a los otros, por un deber de humanidad. La humanidad, señora Lolita, debe estar sobre todos los egoísmos. El egoísmo, señora Lolita, es un sentimiento maligno propio de las personas bajas, de aquéllas que no tienen el concepto de lo bueno. Esta Ley es una gran Ley...

—Para las mujeres vulgares—concluyó la señora Lolita.

—Para todos, señora. ¿Cree usted que los hijos tienen la culpa de venir al mundo? Ellos son inocentes del pecado de sus padres. La Ley los protege y ahora obliga a los padres que, antes de tener un hijo legítimo, ile-

gítimo, natural o artificial, piensen y mediten si estarán capacitados para darles su nombre y prestarles su apoyo. ¡El pecado es de los padres!

—¡Muy bien!— dijo el chófer.

—¡Esto es inaudito!—indicó la señora Lolita, que tenía la costumbre de sulfurarse por cualquier cosa.

—Pero, ¿por qué?—preguntó el maestro de escuela.

—Porque viene en perjuicio de la herencia de los hijos legítimos.

—Usted no sabe nada, señora—concluyó el maestro de escuela que, luego de haberse jubilado, le subía la bilis a la cabeza con gran facilidad.

—El que no sabe es usted, ¡so ignorante!

—Sepa que yo he sido Preceptor.

—Por más "receptor" que haya sido, ¡usted es un ignorante!

—Yo no consiento que se me ultraje...

—Pero no se calienten de gana—terció el chófer y consiguió separarles.

El maestro de escuela, simbolizando el humanitarismo y el sentimiento de una generación comprensiva, estaba frente a frente al egoísmo odioso—personificado en la señora Lolita—, que ambicionaba para sí y para lo consagrado por la costumbre ¡—por la mala costumbre!—todas las prerrogativas y prebendas.

Hechas las paces, siguió la conversación tomando otro rumbo un poco molesto. Hablaron de las reformas del Matrimonio Civil. Refiriéndose al divorcio, la opinión de mis buenos vecinos fué terrible, porque dijeron que las casadas por la Ley de Dios no podían divorciarse jamás, pase lo que pase entre marido y mujer. Trataron de sinvergüenzas a los divorciados y tuvieron frases duras para los que pensaban de otra ma-

nera. El maestro de escuela trató de defender esta reforma; pero el chófer, la señora Lolita, la costurera y otra vecina del primer patio que, por más señas, sirve en una casa grande, le atacaron duramente hasta derrotarlo. Terminaron diciéndole: ¡masón!, ¡socialista!, y ¡mal nacido!

Apaciguados los ánimos, la reunión trató respecto de una posible Ley de Inquilinato. Y el maestro de escuela la explicó con estos términos:

—He oído que van a dictar una Ley de Inquilinato que será una verdadera ganga para todos.

—¿En qué consistirá?— averiguó el chófer, perfectamente intrigado y sin comprender nada de lo que significaba inquilinato.

—En que si los dueños de casa suben los arriendos, los inquilinos que no quieran aceptar esta inmoralidad tendrán pleno derecho a...

—¿A qué?

—¡A desocupar las piezas!— terminó el maestro de escuela, festejando su gracia con una carcajada.

Después, la asamblea trató sobre diversas noticias sueltas: que la mujer del Brito está en estado interesante; que el señor Eloy, le ha surrado a su mujer, por culpa del "guagua" que ha regado la leche; que la señorita Elisa, se entienda con un Inspector de Policía que le dicen "tortuga"; que en la tienda de la esquina ya no fían. Y así, cositas sueltas, sencillas, sin importancia...

Por último, la señora Lolita, dijo:

—Tengo noticias de que van a cobrar cinco reales para dejar oír misa y que van a poner impuestos por las medallas y escapularios que llevamos al cuello.

—Pero esto es absurdo—sentenció el maestro de escuela.

—Así será, pero...

No pudo terminar la frase, porque el dueño de casa, intempestivamente, apareció en el patio. Bondadosamente tiránico miró a todos los reunidos: quienes, ante su gesto de desagrado y asombro al ser sorprendidos en corrillo, fueron desfilando de uno en uno, cabizbajos, con una misma idea en los cerebros: ¡ahorcarle!



LOS HIJOS ABANDONADOS

LA tranquilidad ciudadana de esta urbe, en muchas ocasiones, se ha sentido sacudida por la descarga eléctrica de una noticia espeluznante. De una noticia que ha rubricado los espíritus con temblores de angustia. De una noticia henchida de tragedia, de dolor y de amargura. De una noticia hondamente triste que ha puesto lágrimas en algunas pupilas. De una noticia... Pero diré qué noticia es ésa.

La noticia no es otra que la siguiente: "En la madrugada de ayer, en la puerta del Templo de Santo Domingo, fué encontrada una criatura recién nacida, Vivía

aún cuando el celador de servicio la condujo a la "Prevencción de Policía".

Ante suceso semejante habrá tremado de dolor el corazón de todas las madres. De las madres que aman a sus hijos con amor de sacrificio y que prefieren el martirio de una vida al crimen del abandono.

Abandonar a un hijo. Dejarlo, sobre una acera, tiritando de frío, envuelto en su sentencia de muerte, alumbrado por la luz de una estrella rutilante que avisora, desde el cielo; crimen es sin perdón. Es como arrancarse una entraña; como desgarrarse, el hecho de arrojar un hijo al montón anónimo de expósitos. Al montón de criaturas sin padre ni madre, sujetos al vaivén de sus propias vidas; sin una mano cariñosa que las acaricie; sin unos ojos maternales que les brinden amor y ternura. Ternura y amor sin los cuales obscura y triste se desliza la vida. Los hijos abandonados que llevan el estigma de un crimen cobarde del cual no son responsables, son esos pobrecitos que mañana ambularán sin fin, sin esperanza. Son los vagabundos que ruedan por el polvo de todos los caminos...

La pobreza —verdadero pecado original— es, en algunos casos, el motivo por el cual los hijos van al arroyo. En otros, el afán de ocultar el fruto de un amor, violando las leyes naturales y las leyes humanas, precipita a las madres en el abismo de aquel crimen. En ambos casos, el único que sufre las terribles consecuencias, es el hijo. Tremendamente culpables son las madres que han estrangulado en su corazón el más elemental de los instintos —no diré sentimiento— que no tuvieron miedo ni vergüenza de traer un hijo al mundo; y no tienen vergüenza ni terror de abandonarlo en mitad de la calle, de lanzarlo a la muerte, como un guiñapo,

como una cosa... Es la vanidad, el orgullo, el prejuicio ruin que prevalecen. No quieren desacreditarse con un amor ilegal. Respetan más lo legal que lo biológico. No tienen el valor de cumplir con su divina misión de madres. Odian al hijo de sus entrañas. Lo detestan. Lo abandonan...

Y muchas de ellas, al otro día de cometido el crimen, pasean por las calles con sonrisas de satisfacción y miradas de embrujamiento. ¡Quién pudiera conocerlas! Mirar el fondo de sus almas detestables y negras. ¡Señalarlas con el dedo inexorable de la justicia!

Los Orfelinatos, llenos están de hijos abandonados. De pequeñuelos que ignoran su procedencia. Que viven enyuetos en sombras de misterio. En el fondo de sus almitas blancas, cómo vivirá perenne la esperanza de conocer a sus padres; de abrazarlos; de vivir con ellos, al amparo de su nombre y en el regazo de su ternura. Pero todo en vano. Sus ilusiones serán pompas de jabón; hojas que lleva el viento; lágrimas siempre.

Con los ojos de la imaginación, veamos, lectores amigos, cómo se realiza este hecho insólito y macabro. Se lo voy a describir a ustedes, valiéndome del mágico poder de la adivinación.

La noche ha cerrado sus párpados. La obscuridad, como una mancha de aceite, se extiende por todas partes. Descansa la ciudad, despreocupada y tranquila. Los hombres, después del trajín del día, duermen en el asilo de sus hogares, reparando sus fuerzas perdidas para empezar la lucha nuevamente.

Desde el campanario de "La Merced", dos campanadas rotundas cabalgan sobre las ondas llevando a todo el mundo la noción del tiempo. Son las dos de la madrugada. La hora del sueño dulce, acogedor y tibio.

Un viento frío es el único que ambula por las calles. Uno que otro automóvil transita velozmente. Unos bombillos rojos, en las Boticas de turno, semejan pupilas infernales que atalayan las sombras.

Vamos, lector amable, hacia el puente del Tejar. Sígueme, que yo te guío. Pero que tus pisadas sean quedas, silenciosas. Ya llegamos a la Plaza de "La Merced". ¿Ves ese "chapita" que duerme, soñando quizá en la lejanía de su casa y en el calor de su Josefa, arrimado en el quicio de esa puerta? Tiene derecho a descansar. Que descanse. Y que mientras descanse, asalten la tienda cercana.

Subamos por la Carrera "Chile". Llegamos al relleno del Tejar. Qué miedo ¿verdad? Parece que hemos venido al misterioso reino de las sombras. Gnomos y duendes, en danza macabra, parece que salen de las entrañas de la obscuridad. Mi pulso se acelera. Late mi corazón con más violencia.

El Puente del Tejar, lugar a propósito para emboscadas y cosas de otra vida, ahí está, tenuamente alumbrado por el pálido bombillo de la esquina. Lector, no tengas miedo que yo estoy temblando. Ven, nos plantemos aquí, porque sólo de aquí, rodeada de misterios, puede salir la madre sin entrañas que lleva a su hijo hacia la nada. Ven, contemplemos, escuchemos. ¡Fíjate, ahí está. ¡En esa puerta de calle, como un fantasma, se delinea una silueta de mujer. ¿Qué no la ves? Es esa, vestida de negro, como la muerte, como la nada. Avanza con paso nervioso y lento. A trechos, regresa a ver. Es la conciencia que la aprieta. El dolor no, porque dolor no siente. Fíjate cómo avanza. Escondámonos en esta puerta. Ya pasa. Apaga tu respiración. Cierra los ojos. Contén tus ímpetus. Apacíguate.

lector, que será más provechoso el verla consumando el atentado. Pasó ¿Miras como ahora cruza el puente y sigue calle arriba? Está resuelta a librarse de su hijo. Seguramente es un estorbo para su vida; una carga pesada que se quita de encima. Sigámosla, lector. Vamos tras ella, seamos su justicia.

Y tras ella, escondiéndonos, seguimos lentamente. Aquel fantasma, con su dulce y trágica carga a cuestas, va a llegar al Templo del Tejar. Se desliza bajo una cruz de piedra que abre sus brazos a la misericordia y al perdón. Pero nada le detiene. Continúa su camino dantesco. Se dirige a las puertas del Cementerio del Tejar. Por detrás de aquellas rejas fúnebres, los espíritus de los muertos, airados, deben protestar. Y con resolución, arroja en el suelo al hijo de su alma, envuelto, atado con unos pañales

Y como loca, emprende el regreso a carrera tendida. Un expósito más se suma a los muchos que ya existen.

¿Quieres ver al niño, lector? Vamos a verlo. A contemplar sus ojos. A adivinar sus condiciones. Tal vez está vivo. Quizá está muerto.

¿Te has convencido, lector? Esta no es la madre buena, la madre santa que ama el sacrificio. Es la madre sin entrañas, desnaturalizada, sin sentimientos. Que prefiere la libertad abominable al dulce lazo de un hijo. Para ella, el desprecio de los espíritus altos; la condenación de todos. Y para el hijo abandonado, huérfano, el cariño, el corazón de todos.

Volvamos, lector, de esta pesadilla. Regresemos a la ciudad. A mirar cómo se alzan al cielo las torres piadosas de sus templos. Vamos y perdóname el mal rato que por mí has pasado. Ya no estés triste.

Secate esa lágrima que han dejado escapar tus ojos. Esa lágrima que es un tributo a la desgracia ajena.

Y ahora, lectores, os voy a contar — como un paréntesis de descanso a la emoción — lo que hace noches me pasó a causa de estas cosas.

De regreso de una farra encantadora bajaba yo, a eso de las cuatro de la mañana, por la Carrera "Bolívar". Algunas copitas había tomado en honor de unos compadres míos. Pero conservaba la lucidez de mis ideas y esa elegancia propia de las personas que, estando un poco beodas, aparentan no haber tomado una sola copa. Bajaba, digo, la Carrera "Bolívar" y al llegar a esa pequeña escalinata que existe frente al Colegio de "San Carlos", vi un bultito arrimado a la puerta del Colegio. Y oí que de ese bultito se escapaban unos lloriqueos de niño. Me acerqué, claro está. Ascendí la escalinata y pude convencerme — con el asombro consiguiente — que a mis pies, un niño de más o menos cuatro meses, pataleaba pretendiendo salir de los pañales. El susto me puso en juicio inmediatamente. Le dije cuatro lindezas de esas que decimos a los bebés que lloran, y el niño se rió. Creo que le gustó mi compañía. Iba a tomarlo en mis brazos, cuando una voz, detrás de mí, oí que decía:

— ¿Coñ que esas tenemos "chullita"?

Me regresé sobresaltado y quedé frente a un "chapita" alto y resuelto que se imaginaba no se qué barbaridades.

— Usted es un desgraciado — me espetó—, que arroja a su "guagua" a la puerta de una Iglesia. ¿Ha tenido valor para cometer esta infamia?

El terror se dibujó en mis ojos. Y en mi cara,

— No sea usted bruto — expliqué—. Acabo de encontrar este niño aquí en el suelo.

— No, señor. Yo he visto que usted lo dejaba botado. ¡Es un padre canalla!

Se encendió mi cara de las iras. Grité.

— ¿Cómo supone usted semejante cosa?

— No supongo. Lo he visto. Y ahora mismo vamos a la Policía, so "chullita" infeliz. ¡Estos son los que cometen estos crímenes!

No valieron bravatas. Ni explicaciones. Y con el niño en brazos, fui conducido a la Comisaría. Como el testimonio del "chapita" era terminante, no surtieron su efecto las protestas, ni aclaraciones, ni nada. El señor Comisario, como una concesión especialísima y por ser ya la madrugada, dijo que me perdonaba el hecho. Y me despidió con el niño. Desde entonces, estoy convertido en padre putativo. Me preocupo del biberón, de los pañales y tengo un hijo que, quizá mañana, sea el arrimo de mi vejez.

Este hijo mío —que se llamará Hitler— por culpa de una mal madre, ha conseguido un padre magnífico. ¡Suerte de algunos!



BUSCANDO COMPADRES

LA vida, con sus complicaciones que la hacen más difícil y amarga, ofrece a los padres de familia un hecho real preñado de innúmeras molestias.

Los hijos, estos seres que perpetuarán nuestro nombre en los oscuros días del porvenir, al llegar al mundo traen a los padres — no el pan bajo el brazo, como aseguran los optimistas—, sino un expediente pletórico de preocupaciones, de gastos y desvelos.

Desvelos, preocupaciones y gastos que constituyen una tragedia cuando los tiene que hacer frente el padre que percibe un modesto sueldo; el obrero que gana

un jornal que apenas le permite vivir; el desocupado que, sin saber cómo ni cuándo, encuentra un hijo más, antes que dar con un empleo.

Nos referimos, pues, a esa clase media que soporta el peso de la vida con estoicismo digno de mejor causa.

Pasadas las primeras impresiones que nos produce la venida al mundo de un hijo engendrado por nosotros; luego de terminadas las gallinas con las que la esposa reacciona y toma ánimos para seguir en la lucha por la existencia; liquidada la cuenta con la botica, el médico o la partera que le atendieron; desaparecido hasta el último centavo del dinero que, haciendo heroísmos consiguiese para cumplir con todos estos requisitos muy humanos, pero de aquellos dolorosamente tristes, aparece en la aurora de este nuevo hijo, la nube de una preocupación: bautizarlo. Darle un nombre para poder llamarle a gritos. Encasillarlo dentro de los Carlos, de los Pepes, de los Luises. Y, con esto, principalmente, hacerle cristiano y borrar con el agua bautismal el original pecado de nuestros primeros padres.

Esta preocupación nos quita el sueño. Porque pensamos mucho, muchísimo en las personas que habrán de apadrinar a nuestro hijo. Hay ocasiones en que pensamos con interés. Otras, el afecto nos conduce a elegir tal o cual dama o caballero para que se una a nosotros con el lazo del compadrazgo.

Elegir padrinos es un arte. Un arte que requiere tino y mucho ojo. Si por interés, si por afecto, hay que elegir bien para no sufrir luego decepciones.

Pero, en fin, después de titánicos esfuerzos y de acaloradas discusiones con la esposa, con la madre de la esposa, con el padre de la esposa, con los hermanos de la esposa, se consigue dar con los padrinos que llevarán

a la Iglesia al futuro ciudadano. Se ha resuelto, de común acuerdo, hacer padrino al Jefe de la Oficina y madrina a la dueña de casa. En el fondo se procede así por dos razones: para asegurar el empleo y para tener las piezas medianamente aseguradas.

Luego de la elección, el padre de la criatura es llamado a dar un paso trascendental en la vida de la especie humana. Y con bríos y una resolución dinámica se resuelve a pedir este favor al Jefe de la Oficina en donde trabaja. Oigamos, lector, como hace esta importante gestión el padre de familia.

Sin embargo de su resolución, con recelos en el alma, se encamina hacia su Jefe. Se acerca saludando cortésmente. Y le dice:

— Tanto gusto de saludarle, señor. ¿Está bien la señora? ¿No se han enfermado los niños?

— Todos estamos bien, gracias.

— Cuanto me alegro.

— ¿Descaba decirme algo?

La voz del padre de familia se opaca por momentos. Su espíritu requiere un nuevo esfuerzo. Lo consigue, y continúa:

— Sí, señor.

— Usted dirá, entonces.

— Sabe usted, señor, que he tenido a mi mujer sumamente enferma.

— Cuanto lo siento. ¿Quiere usted licencia?

— No, señor. Mi mujer estaba gravísima, pero acaba de mejorar radicalmente.

— Me alegro mucho. ¿Qué ha tenido?

— Tuvo... tuvo... una enfermedad natural.

— No comprendo.

— Ni yo mismo, señor, pero es así. Mi señora,

perdone usted la mala educación, dió a luz hace veinte días.

— Le felicito. ¿Varoncito el heredero?

— Sí, señor. Con éste, tengo nueve varones.

— ¡Caramba, qué especialidad la suya!

— Favor que usted hace, señor. Y ahora, voy a pedirle a usted un servicio que espero no me negará.

— Si depende de mí, con mucho gusto.

En el cerebro del padre de familia chocan las ideas como autos locos en una carretera asfaltada. No sabe cómo empezar, cómo pedir. Dice, sin embargo.

— ¿Tendría usted algún inconveniente en "cargar" a mi hijito?

El pedido hace un impacto en el Jefe de la Oficina. Y un silencio prolongado rubrica su asombro. Mira a su subalterno. Mentalmente hace la cuenta de cuánto podrá costarle este padrinzago. Ve que no será gravoso, y responde:

— Ha hecho usted una mala elección.

— No, señor. Es únicamente la estimación que le profeso. Por lo demás, debo advertirle que no permitiré que haga usted gasto alguno.

— Tengo mucho gasto digo, mucho gusto. ¿Y cuando es el bautizo?

— El sábado próximo, señor. Yo le buscaré para ir juntos a la casa.

Un afectuoso apretón de manos sella el ofrecimiento.

— Muchas gracias, compadrito — dice el padre de familia presintiendo seguridad en su empleo para un futuro próximo. Es la esperanza, lectores, esa hada maravillosa que no muere nunca en el espíritu de los hombres y que, constantemente, nos alienta y nos engaña.

— De nada, compadre. Es mi deber.

La alegría salta en el corazón del padre de familia. La alegría — cascada de ilusiones — le hace ver la vida un poco más alegre y un poco más vivible. Y con la dicha en su rostro, sale de la Oficina del Jefe a esperar con impaciencia que suene la sireña de la Universidad Central — que nunca suena — para volar a su casa con la buena nueva.

Gestión parecida hace ante la dueña de casa, quien asimismo, acepta el pedido.

Y ahora, amigos, viene lo más grave. El prólogo de un bautizo lo constituye el arreglo modesto de los cuartitos que ocupa la familia del empleado. Se piden prestadas sillas a los vecinos. Se solicita a una amiga el juego de té. Se piden cucharas por aquí; cubiertos por allá. La máquina de coser que, como todo un hombre, se ha resistido a ir al Monte de Piedad, en esta ocasión, mansamente se encamina al amargo ostrasismo para coadyuvar al compromiso económico de su propietario. Se compra algunas botellas de Mayorca; una de vino, para principiar, y tres docenas de cerveza. Se contrata a dos músicos — guitarra y bándolín — para que amenicen la fiesta. La señora se hace una bata nueva de vuela comprada en "El Globo". Se alquila un faldón para la ceremonia del bautizo en la Iglesia. Y se hacen, por último, todos aquellos preparativos indispensables para lograr un acontecimiento inusitado.

Todo llega en la vida. Lo bueno y lo malo. Lo triste y lo alegre. Y así llegó el sábado en que tuvo lugar el ansiado bautizo. Veamos cómo se realiza éste y entremos, después, como invitados a la fiesta del padre de familia.

El padrino está ya en casa. En la sala, espérale la comadrecita ataviada con la bata nueva que reluce y da gallardía a su figura. Los abrazos de estilo menudean entre los presentes. El padrino es presentado a la madrina, una señora seria, digna de figurar en un museo de cosas antiguas. Es presentado, además, a los concurrentes: dos hijas buenasmozas de la dueña de casa; dos o tres amigos del padre de la criatura — chullitas ellos peinados con vaselina y planchados hasta los zapatos; dos hermanos de la madre del futuro cristiano, que llevan en sus rostros sonrisas de satisfacción heroica, tres o cuatro individuos más que saludan con indiferencia, confundiendo la buena educación con la rebeldía. Dos vecinas de la casa: una costurerita morena, de miradas embrujadoras y quien seguramente, será la reina de la fiesta; y, una señorita — entrada en años — amiga íntima de la madrina, toda ella coqueta y con desinteresadas ambiciones de casarse.

La nerviosidad, el ajetreo, los movimientos del padre; los hijos que entran y salen de la pieza, dan a esta reunión un sabor magnífico que promete. Que promete durar hasta la madrugada.

El candidato a cristiano, en la pieza adjunta — que está separada por una ligera cortina — berrea como un demonio. Y se pueden escuchar gritos de esta índole, que los emite su madre con naturalidad que asombra:

— ¡Domitila, vení vele al "guagua"! Esta criatura no deja ni conversar.

Mientras se preparan para el viaje a la Capilla Mayor, la conversación gira alrededor del crío.

— Los chicos de hoy nacen sabiendo — dice la amiga íntima de la madrina.

— Ya lo creo — comenta el padrino —. Las nuevas

generaciones tiene esa especialidad: son más inquietas, más sabidas.

— Así es — replica uno de las “chullitas” revoltosos— Nacen así porque presienten que vendrán a luchar por la justicia social.

— ¡Déjese de disparates! —tercia la madrina. Ahora no es de hablar de política.

— Soy de su opinión — expresa el padrino que, como “ama” su cargo, odia la política —. Dejemos ahora la política.

— Sí, sí — habla el padre del niño — conversemos de otra cosa, mientras llega el auto para irnos a la Iglesia.

La Domitila, en este momento, entra a la sala con un charol lleno de vasos. Y desde la puerta manifiesta:

— Ña Lolita, dice la ña Carmela que no le manda los doce vasos que le pide, porque están prestados seis. Aquí traigo los seis que me dió, y dice que no les rompan.

El rubor pone pinceladas rojas en las mejillas de los dueños de casa. El marido, para despistar, dice:

—Lleva no más los vasos adentro. Figúrese —comenta, dirigiéndose al padrino— estas cholitas no saben nada. Lolita manda a pedir que le devuelvan los vasos que prestó y sale ahora con semejante embajada...

La conversación, entonces, recae sobre las sirvientas. Analizan su torpeza característica, su mala voluntad para el servicio, sus tendencias a hacer todo lo malo, etc., etc.

A poco, se oye el pito de un auto en la puerta de calle.

—Ya está aquí el auto, compadrito— dice el padre de familia—. Vámonos a la Iglesia.

Principian los movimientos. La agitación comienza a jugar al escondite en todos los espíritus.

De entre las chiquillas buenasmozas, escogen dos para que acompañen a la ceremonia. La madrina, el padrino; y el niño en brazos de la Domitila, componen la comitiva que marchará al templo.

Es la hora de entrar. Padrinos y madrinas se aprestan. Penetran en el templo en busca del Sacristán que habrá de dirigirles. El Sacristán —hombre importante en tales menesteres— asoma por ahí su figura estafalaria, de ojos buscadores que se han hecho santos de tanto codearse con los ángeles, llevando en una mano una vela encendida que llora lágrimas de cera. Pregunta el sacristán cuáles van a bautizarse. Los reúne en círculo: a la derecha los varones y a la izquierda las mujeres. Las madrinas sostienen en sus brazos a sus respectivos ahijados. Los padrinos, dándose importancia, miran a todas partes con miradas de incrédulo.

En este bautizo en serie, hay diez niños. Sale, luego el señor Cura, vestido con alba y estola. En su diestra trae un libro en latín. Va preguntando y anotando los nombres de los niños. Y oye usted: Gladys Esther; Sócrates Galo; Sonia Dolores; Marlene María; Greta Josefina; Luisa Leonor, etc., etc. Todos estos nombres dan a comprender la tendencia actual de renovar los santorales. Y nos asombra el que entre dichos nombres no hayamos escuchado los de Hitler, Mussolini, Gandhi y otros que, por sonoros y por grandes, ofrecen a los padres de familia la oportunidad de tener dictadores en casa.

Prosigamos. Principia el señor Cura la ceremonia y, al mismo tiempo, una orquesta monumental compuesta de diez chiquillos que lloran a coro, en distintos tonos,

llena los ámbitos del templo. Cada crío se esfuerza por chillar más fuerte. Unos como violines de vocesitas quedas suenan pertinaces. Los varones, con voces acentuadas, subrayan los acordes de esta orquesta que interpreta piezas clásicas a maravilla. En los ojos de todos los niños se asoman las lágrimas. Y los apuros son para las madrinas que los "engañan" con un libro, con un guante o con recitaciones de versos modernistas. Los padrinos, en cambio, serios todos ellos, permanecen imperturbables ante semejante algazara y griterío.

Uno, sin embargo, se interesa por su ahijado. Lo toma en brazos. Lo mueve de un lado para otro. Le engaña diciéndole un sinnúmero de cosas. Pero nada consigue. El niño continúa llorando como un desesperado. Y oímos que dice a la madrina:

—Lástima, que no puedo ni darle de lactar.

Concluida la ceremonia preliminar, niños, padrinos y madrinas penetran al baptisterio. En el centro está la pila en la que muchas de nuestras generaciones se han hecho cristianas, y guarda en sus entrañas el agua fría y lustral que borra el pecado original. Alrededor de esta pila, forman hilera los interesados.

Y es aquí cuando los óleos, la sal, el agua y el "Yo te bautizo; en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo", sellan los ritos bautismales y dan efectivo valor a la ceremonia.

En este instante, la orquesta de los chicos llorones ataca una ranchera con más fuerza. Sentir el agua fría sobre sus cabecitas delicadas y entonar un canto de rebeldía a todo pecho, todo es uno. Lloridos, gritos, suspiros, lágrimas, componen un cock-tail que amarga a los padres de los niños, pone en apuros a los padrinos y es

motivo de sabroso comentario por parte de los santos curiosos.

Termina la ceremonia y comienza el desfile. Hay que pasar junto al Sacristán, poniendo en sus manos los "capillos". El Sacristán, al recibirlos, se hace el desentendido. Y hace muy bien.

Fuera del templo, los abrazos de estilo y los "compadritos", se repiten a cada momento. Las diversas comitivas se embarcan en los autos. Arrancan éstos y se dirigen a sus casas para empezar la fiesta.

Hemos terminado una etapa del bautizo. Viene luego otra—quizá la más importante—que nos será grato relatarla en una próxima crónica. La segunda etapa se refiere a la "farrá", consecuencia lógica de acontecimiento tan importante.

Tú y yo, lector, —alguna vez he de tratarte con confianza— quedamos invitados a esa fiesta. Veremos mucho, nos divertiremos bastante y tendremos oportunidad para contar a los curiosos un sinnúmero de cosas nuestras, de aquellas que tienen sabor quiteño y que, por eso, interesan a quienes de Quito se preocupan.

¡VIVA LA FARRA!

LAS ocho y media de la noche señalan los relojes con la hora oficial. Tranquilas están las calles de nuestro San Francisco de Quito. Aún transita la gente afanosa y ligera. Los autos, con sus ojos luminosos, van poniendo alegría en los sitios oscuros.

Despacio avanza un automóvil, llevando en su interior algunos representantes de la especie humana, que vienen de cumplir la sagrada misión de hacer bautizar a un niño. Y allí podemos ver cinco personas muellemente acomodadas en el carro. Digo muellemente, por no decir malamente, ya que el padrino, que no dispone

de comodidad, ha tenido que colocar su pierna izquierda casi encima de la robusta rodilla de la madrina. Esto no tuviera nada de particular si el padre de la criatura, que tampoco va cómodo, no hubiera extendido su brazo derecho a todo lo ancho de la espalda de una invitada que le mira de reojo y quien, a su vez, no sabe qué hacerse con los apretones que galantemente le ofrece la otra chiquilla compañera suya. Pero en fin, los autos no sólo se hicieron para ganar el tiempo, sino también para brindar aquella intimidad tan dulce que nace de los apretujamientos.

Sin contratiempos, llega el auto a su destino. Baja de él la comitiva. Y aquí viene esa pequeña discusión que se cruza siempre entre los padres y los padrinos, con beneplácito del chófer que adivina que le van a pagar de contado.

—¿Cuánto le debo? —pregunta el padre.

—Esto sí que no consiento— dice el padrino, metiendo la mano al bolsillo y adelantándose al chófer—. Esto me toca a mí. Entre no más, compadrito.

—Pero si no es posible— lamenta el padre.

—Es mi deber, compadre —ratifica el padrino—. ¿Cuanto le debo?

—No, no, compadre, me deja usted pagar o me resiento —exclama el padre, alegrándose íntimamente de realizar este pequeño ahorro.

—No me porfíe, compadre. Déme usted este gusto.

—Buteno, a tanta insistencia no me queda más remedio.

Paga el padrino. El automóvil inicia el mutis con un ruido terrible de motor envejecido por el uso y por los años. Y los compadres, abrazados, entran a la casa y se dirigen a la sala, de donde salen animadas voces que conversan y discuten.

La madre de la criatura —Doña Lolita, para lo que ustedes manden—sale a recibir a su compadre. Un estrecho y cariñoso abrazo rubrica su parentesco espiritual.

—Le agradezco un mundo, compadrito.

—No tiene usted de qué, comadrita —responde el padrino que, al tiempo que habla, pone en manos de doña Lolita, disimuladamente, un buenmozo billete de a veinte sucres, bien dobladito.

—Pero no se moleste, compadrito— se excusa doña Lolita.

—Usted perdonará— pide el padrino.

—Venga, venga mi compadre— exclama el esposo de Lolita que, si no hay protestas en contrario, le llamaremos Pepe.

Y formando un grupo muy semejante al de las Tres Gracias, penetran en la sala con el beneplácito de los concurrentes que, con la mejor paciencia, han esperado que se termine la ceremonia, como quien espera la resurrección.

Vienen las presentaciones de estilo, o los apretones de manos y todos toman asiento. Reina en la pieza aquel silencio precursor de los grandes acontecimientos. Nadie habla, sonríen únicamente, con esa sonrisa patentada por los conejos que saben de la pésima puntería de sus perseguidores.

—Lolita— habla Don Pepe— haz servir una copita para mis compadres.

—Con mucho gusto, hijito— dice ella, poniéndose de pie y avanzando a la pieza contigua.

El padrino, para romper aquel hielo que domina entre la concurrencia, dice, dirigiéndose a la comadre que guarda una pose de seriedad que aterra:

—¿Qué le parece, señora, el sistema de riego que están empleando ahora en las calles de Quito?

—¡Terrible!— responde la madrina.

—¿Por qué?— averiguan curiosos el padrino y uno de los hermanos de doña Lolita.

—Porque el otro día que pasaba por la calle "García Moreno" un camión de esos me mojó la falda.

—¡Qué barbaridad!— comenta el otro hermano de doña Lolita, conversador furibundo que nunca pasaba de decir ¡que barbaridad!

En esto, doña Lolita sale con un charol con copas. Y acercándose a la madrina, le invita:

—Tenga la bondad, señora Clotildita.

—Tal vez me ha de hacer daño.

—Una copita no le hace mal— manifiesta Don Pepe.

—Es que estoy sufriendo del hígado; tengo afectado un riñón; tengo . . .

—Sírvese no más, señora— le interrumpe uno de los chullitas —esto es bueno para todo, hasta para criar pelo.

Todos ríen. Pero con recelo de que el chiste capilar del chullita avive las bilis del hígado de Doña Clotilde.

—Bueno, por mis compadres voy a hacer este sacrificio.

Las copas van pasando del charol a las manos de los invitados.

—Y ahora, tomemos— pide don Pepe, poniéndose de pies, para brindar.

Los hombres todos, se ponen también de pies. Porque los hombres, aún cuando parezca una mentira, gustamos de imitar con facilidad asombrosa. Las mujeres, en cambio, permanecen sentadas, con aquel orgullo que

tienen de que sean los hombres los únicos que se molestan.

--Salud-- dice el padrino--, tomo por la felicidad de mis compadres y por la dicha de mi ahijado.

Y todos empuñan el codo, ingiriendo aquel licor que pondrá alegrías en el alma y en los espíritus alas para volar. (Para volar a las casas, cuando ya se sienten malos).

Tres, cuatro, cinco turnos más de copas fueron saliendo en desfile fantasmagórico de la otra pieza. El hielo de la indiferencia fué desliéndose poco a poco. Ya todos conversaban animadamente. La costurerita buena-moza discutía con el padrino sobre la altura que hoy deben llevar las faldas, mientras le enfocaba con la picardía de sus ojos. La madrina hablaba con su amiga íntima --aquella de los santos deseos de casarse-- sobre las peripecias que tuvo con el "bandido" del que fué su marido que, felizmente para ella, había muerto hace doce años con fiebre tifoidea. Los chullitas con las chiquillas departían amigablemente, contándoles "cachos" de color rosa subido. Don Pepe, mientras tanto, iba en busca de los músicos que, ni por estar adelantados en su pago, quedaban bien.

Ya estaba la fiesta en buen camino. Faltaba únicamente la música para iniciar el baile y poner la locura del entusiasmo en todos los corazones.

A poco, desde el corredor, una guitarra y un bandolín llenaron los aires con la música de un pasillo. El bandolín, tierno, dulzón, con sus acordes de niño mimado, ascendía la escala de la dulzura. Y la guitarra, rotunda, definitiva, acogía esas ternezas con la angustia de sus bajos torturantes.

Don Pepe había tenido la ocurrencia de simular un

pequeño "sereno" a la puerta de la sala. Terminó el pasillo y las palmas de los concurrentes no se hicieron esperar. Penetraron los músicos a la sala. Se les brindó asiento y una copa. En una "farra" quiteña los únicos que pasan verdaderamente bien son los músicos. Las mejores atenciones son para ellos. Y sin embargo, se dice: "la vuelta del músico"

—Vivan mis compadres!!— grita Don Pepe que de la calle venía aprovechado con algunas copas en la cabeza.

Un ¡viva! general contestó la iniciativa. Y ya no quedó nada qué hacer para que la fiesta siga su camino de gloria.

—Un pasodoble para que bailen los compadres— pidió por ahí uno de los chullitas que ya estaba entusiasmado.

Todos apoyaron la idea. Y el pasodoble se dejó oír, llamando al baile a las parejas.

El padrino invitó a bailar a doña Lolita, que se movía con movimientos un poco escandalosos y alejados del compás, pero bastante simpáticos. Uno de los chullitas bailaba con la costurerita buenamoza. Uno de los hermanos de doña Lolita, con otra chiquilla, bailaban a la moderna: bien pegaditos, como una estampilla en una carta. Don Pepe, en el colmo de la alegría, sacó a bailar a la amiga íntima de su comadre. Y casi todos, al ritmo de la música, movían los pies, reían, conversaban.

Doña Clotilde permanecía imperturbable en su asiento. Con una de las chicas que no bailaba, púsose a conversar.

—Qué le parecen estos bailes, Finita?

—Me parecen bonitos.

—Para mí, son inmorales, son terribles. Fijese ese chulla cómo se pega a la chiquilla. Antes no habían estas intimidades. A mis hijas las he prohibido que bailen,

porque con este prètexto, los hombres aprovechan para abrazarse como desesperados. Ellas bailan sólo "suelos".

Por ahí, charlan otros dos invitados.

—¿Tienes un tabaco, Alfredo?— dice uno de ellos, con su tendencia de fumar sin comprar nunca.

—Tu solo te has acabado la cajetilla— responde el otro.

—Es que estoy sin medio.

—Como siempre. Oyes, ve si te entras a ese cuartó y sacas la botella. Tengo unas ganas tremendas de abrigarme.

—Encantado.

Y regresa con una botella de mallorca y una copa.

—Danos una copita, me muero de frío.

Sigue el baile hasta llegar a su apogeo. Las mujeres van agradeciendo y sentándose en sus respectivos puestos. Queda sólo una pareja: el chullita y la costurerrita, sirviendo de escándalo a doña Clotilde. Al fin, ella se cansa de bailar y agradece. Cesa la música y resuenan los aplausos.

El chulla, con la botella en la mano, dice:

—Señoras, ahora ya no hay etiquetas. Voy a hacer un "guachito", pero eso sí que tienen que tomar todito.

Y principia a repartir licor, exigiendo que todos tomen hasta la última gota. El mallorca va subiendo a las cabezas de los invitados y poniendo en sus ademanes y en su charla un desenfado magnífico.

—¡Que toquen un suelto para que baile la madrina!— dice alguien por ahí.

La madrina se resiste, pero al fin, después de algunos esfuerzos, no tiene más remedio que acceder. Don Pepe la saca a bailar, mientras principia un sanjuanito alegre y dulzón. Todos alientan y gritan:

—¡ Viva la dueña del cuarto!

—¡ Así, éntrale no más, que el toro es mocho!

—¡ Adelante con los faroles!

—¡ Eso, con hincadas!

Otras parejas se lanzan al ruedo. Los pañuelos van diciendo galanteos sin palabras. La alegría vuela de rostro en rostro. El zapateo se hace cada vez más fuerte y ensordecedor. Y gritan:

—¡ Qué viva la pareja!

—¡ Así te quise ver Clorindita!

—¡ Al que no baila copa!

—¡ Echale morocho al pollo!

El sanjuanito alegra a todos y a todos entusiasmo. Los músicos se esmeran en tocar con el alma. Los invitados que no bailan, toman, aprovechando su descanso. Las copas van y vienen, como lanzaderas de cristal.

Termina el sanjuanito y los aplausos se hacen más nutridos.

—¡ A la cantina, a la cantina!— piden los que han terminado de bailar, tomando del brazo a sus parejas. Y se encaminan hacia la botella que en sus manos sostiene el chullita que sabemos. Corre el licor como agua de un manantial: inacabable. Todo el mundo se exige mutuamente. Comienza a servirse la cerveza. Y los vasos, pletóricos del líquido que dicen que es de lúpulo, pero que no lo es, con sus coronas blancas, se posan en los labios de los invitados para calmar su sed.

—¡ Un tango para la madrina!— pide otro chullita.

Los vivas y las exigencias brotan de todas las bocas. Doña Clotildita, que con algunas copas que ha tomado, está de buen humor, accede gustosísima. Es el número maravilloso que va a animar la fiesta de manera insospechada. Los músicos tocan "La Cumparsita".

Las miradas de los invitados están pendientes. El buen humor y las bromas salen a jugar sin disimulo.

Don Pepe, ya bastante embriagado, es el galán que bailará ese tango. Saca su pareja, y, como ninguno de los dos baila tango, principian a moverse como si fuera pasillo. Y entonces es de ver a doña Clotildita cómo, con su humanidad de enormes proporciones, gira en compases exageradísimos, mientras todo el mundo ríe a carcajadas, tratando de disimular que se alegran por el baile.

Continúa esta danza magistral. Nadie intenta perturbarla. Siguen libando, riendo, palmoteando con muestras de locura.

Fatigada por tanto movimiento, doña Clotildita agradece y toma asiento. La ovación más frenética resuena en la sala. Fué una bulla tan terrible que don Pepe, olvidándose que estaba con la dueña de casa, dijo como en una plegaria:

—No hagan tanto ruido, por que nos han de pedir las piezas.

Ante pedido semejante, risotadas más fuertes no se hicieron esperar.

—¡Que se fusile a don Pepe!— pidió la dueña de casa, con apoyo de los chullitas que no perdían ocasión de hacer motivo para tomar. Esta moción fué muy bien recibida. Y a don Pepe le obligaron a tomar tres copas seguidas.

Los invitados siguieron disfrutando de su humor. Algunos consiguieron embriagarse más de la medida. El padrino se volvió romántico. Y era de oír las cosas que le decía a la costurerita buenamoza, de quien no se había separado un sólo instante. La fiesta continuó con bailes y algazara de los que aún se sentían fuertes

Y don Pepe, amigo de discutir, hablaba hasta por los codos.

Después de esta etapa, llegó el momento de las declaraciones de amistad; de las palabras de afecto; de los sacrificios. De todos esos detalles que hacen pensar en la sinceridad del alma, cuando ésta se encuentra sumergida en un océano de licor y de alegrías. Y los abrazos más cordiales y afectuosos se hicieron generales, apretando el corazón y el sentimiento.

La sala, después de algarabía semejante, presentaba un aspecto de campo de batalla abandonado. Don Pepe, medio dormido, reclinado en una silla, hacía esfuerzos para no caer al suelo. Dos chullas, con el cabello en desorden y la mano en la mejilla, meditaban sobre la espiritualidad del dinero. El padrino, más romántico que una ciba, trataba de convencer a la costurerita buenamoza del poder que los hombres ejercían sobre las mujeres. Las dos hijas de doña Clotildita, que no bailaron ni tomaron ni charlaron, sentaditas, quietecitas, parecían palomas mensajeras de la inocencia. Doña Clotildita, que se había hecho amiga íntima de los músicos, exigía que toquen "La Barquilla".

Y "La Barquilla", con sus notas quejumbrosas, hizo llorar a doña Clotildita que se acordaba del "bandido" de su esposo, con la misma desesperación del que pierde un tranvía. Para calmar sus penas, juntamente con Doña Lolita, y las otras invitadas, ingerían licor sin miedo ni medida.

Mientras los hombres, agotados, querían descansar, las mujeres les esforzaban para seguir bailando. ¡El bendito espíritu de contradicción!

Cuando esto sucedía, del campanario de Santo Domin-

go se elevaban al cielo los cantos de la aurora. Eran las tres y media de la madrugada. Aquella hora magnífica del alba en que los "capariches", con sus carretillas, van recogiendo basuras y trasnochadores por las calles

**UNA VISTA PANORAMICA DE LAS
OFICINAS DE REGISTRO CIVIL**

LAS durezas de la vida, las inclemencias del tiempo y la necesidad ineludible de formar una familia, me han obligado a buscar una novia. He vivido solo durante mucho tiempo. Y al fin y al cabo cansa la vida de célibe.

Me caso, queridos amigos. Me caso, porque necesito tener con quien conversar; adquirir una persona que se encargue de administrar mis modestas entradas económicas; contar con alguien que me dé disgustos, que me controle y que detenga el brioso corcel de mis pasiones.

Al buscar a la mujer que habrá de estar uncida al yugo

de mi existencia he procurado —con la lámpara de Diógenes— dar con una chica que adivine mi pensamiento y que esté alerta a cuanto se me ocurra. Esta chica es de regular fortuna y como casi todas las chicas, tiene padre y madre. Se ha criado dentro de un ambiente de corrección que espanta: no fuma, no juega al bridge, no lee novelas, no sabe conducir automóvil, no se pinta. Es decir que, en medio de la vorágine que sufrimos en esta época, resulta entre las mujeres un caso completamente raro. Y figúrense ustedes que yo le hablo de Marx y me dice: ¿Es algún parientito tuyo?

La mujer que va a ser mi mujer —perdonen ustedes la redundancia—me conviene por todas las razones que dejo anotadas. Además, es callada. Y conseguir una mujer con este mérito, es francamente algo excepcional. En una palabra: ¡me he sacado la lotería! como me predijo la bruja.

Debo aclarar que yo no me caso por interés. Voy a contraer matrimonio, impulsado por el humano deseo de formar hogar, de criar hijos útiles para la patria.

Todo lo tenemos arreglado. Falta únicamente la partida de nacimiento que es necesaria para que el Jefe Político nos una con el lacre de la ley. Luego, recurrimos a ese sinnúmero de requisitos indispensables para que un señor cura selle nuestra unión. ¡Ah, me olvidaba: falta también la autorización de los padres de mi novia! Pero eso es lo de menos. En los actuales tiempos se prescinde de esta formalidad. La civilización, en su fluír inagotable de ventajas, ha traído para hombres y mujeres ésta: casarse sin participárselo a los padres. Únicamente con el mutuo acuerdo de los novios. ¡Es una gran cosa la civilización!

Estoy, pues, en las gestiones de conseguir el certifi-

cado de la inscripción de mi nacimiento. Un amigo me ha manifestado que debo recurrir a la Dirección de Registro Civil, Censo, Estadística, etc. etc. Y, siguiendo su consejo, me encamino hacia dicha Oficina, situada en la carrera "Mejía", junto al edificio que ocupa la Contraloría General.

La Oficina de Registro Civil, Censo, Estadística, etc. etc, está instalada en una casa de tres pisos. Desde la puerta de calle, se encuentra uno con gente que tiene en sus manos papel sellado.

En esa Oficina se lleva cuenta exacta de los que vienen al mundo; de los que han tenido la gran idea de morir; de los que unen sus vidas con la goma arábiga del matrimonio; de los que se divorcian y echan por los suelos, con una plumada, el ídolo santo de la familia.

¿Notan ustedes que al casarse conmigo, mi futura mujer hace una magnífica adquisición?

Asciendo algunos escalones. Llego a un corredor en el que muchísima gente espera o gestiona certificados de inscripción. Lo primero que me ocurre es encontrarme con un portero que me detiene.

—¿Qué desea, señor?

—Deseo ver al Director.

—No está en este momento.

—¿Y el Secretario?

—Voy a verlo. Puede usted sentarse.

La amabilidad del portero me asombra y me conmueve. Regularmente, los de su clase son gentes que sufren del hígado: por ello esas maravillosas bilis con que reciben a todo el mundo.

En la banqueta que tomé asiento, encuéntrase también una señora. La saludo. Me contesta. La amistad,

como un espíritu, serpentea entre nosotros con insistencia inusitada.

—¿Qué gestiona usted aquí, señora?—pregunto, dando a mi voz una dulzura que ya quisieran para sí los helados secos de Tesalia Springs Co.

—Estoy en busca de mi partida de matrimonio —me responde la señora, con voz aflautada, en mi menor.

—¿Va usted a divorciarse? —averiguo, con cierta curiosidad.

—Sí, señor. Voy a divorciarme.

Esta palabra dibuja en mi mente el cuadro que habrá precedido a la resolución de tan noble señora: el marido iracundo que maltrata, la mujer que ya no puede resistirle. Y en las cabezas de los dos, como lengua de fuego, el divorcio que baila el baile maravilloso de la libertad.

—Cuánto lo siento, señora— manifiesto, realmente conmovido.

—No me quedaba más remedio.

—¿Alguna causa grave? —investigo, con miedo de que me diga que soy⁶ entrometido.

Suspira tenuemente la señora. En sus ojos adivino una lágrima. Y subrayando las palabras, me dice:

—En verdad, la causa no es muy grave: mi marido tiene un mal dormir espantoso. Le he aguantado quince años, señor. Quince años de dormir cobijada a medias. Pero ahora, con el frío que hace en las noches, no me ha sido posible aguantar más. Y resolví divorciarme. El es muy bueno, pero todo lo echa a perder con su mal dormir.

—Lamento, señora que esté usted en estos trabajos— repliqué.

Y nuevamente la indiferencia se interpuso entre los dos.

En el corredor había gente de pie, que conversaba. Unos, abstraídos en no sé qué misterios profundos, arrimados en la baranda pensaban y pensaban, mientras el papel sellado, arrollado en una de sus manos, esperaba convertirse en fuerza de ley. Otros, se paseaban impacientes en espera de ser atendidos. ¿Eran novios que aguardaban su partida de nacimiento, para ingresar en las filas de los hombres casados? ¿Eran candidatos al divorcio que ansiaban obtener un requisito para entonar el himno nacional de los solteros? No pude adivinarlo.

En esto, el amable y bondadoso portero salió. Y me dijo que pasara. Entré. Saludé a algunos empleados que sobre sendos escritorios agotaban sus energías. Encontré a uno que otro amigo. Y entre en la Oficina del Secretario. Este funcionario es una alhaja: atento, comedido y simpático. Detrás de las vitrinas de unos anteojos blancos, sus ojitos picarescos investigan, sugieren y conquistan.

—¿En qué puedo servirle? —me preguntó, afanoso.

—Necesito el certificado de inscripción de mi nacimiento— respondí.

—¿También usted va a divorciarse? —indicó bromeando.

—Todavía no, querido amigo — manifesté—. Voy a casarme primero.

—¿Sabe usted en qué año nació?

—En 1902— contesté, sintiendo pena no haber dicho en 1912, para aparecer más joven.

El Secretario anotó el dato. Me dió un papel. Tocó un timbre. Y apareció otro empleado.

—Busque esta partida y atiéndale al señor —le dijo, señalándome.

Agradecí la atención del Secretario. Me despedí y salí de su Oficina.

El empleado condújome a otro Departamento. Me hizo entrar. Eran las tres de la tarde.

El empleado desapareció por una puerta. Frente a mí, un señor de gafas, descansaba tranquilo. Nos insinuamos mutuamente y nos hicimos amigos.

—Qué hace usted por aquí? —me preguntó.

—Vine en busca de una partida de nacimiento.

—Me alegro, me alegro —dijo

—¿Y usted?— averigué.

—Lo mismo —respondió.— Pero ¡ojalá usted tenga más suerte, porque mi partida de nacimiento le están buscando desde hace tres semanas.

—¡Caramba! ¿Y cuando nació usted?

En 1905. Mi caso es singularísimo. Se lo voy a contar: yo no tengo vergüenza de confesar que no soy hijo legítimo. Esta es la razón que obstaculiza encontrar el dato. Yo he vivido en la seguridad de que me llamo Secundino José Padilla. Pero resulta que este nombre no aparece en ninguno de los Registros. Debo constar con otro nombre. ¡Figúrese!

Este caso, sugirióme una idea. ¿Por qué los padres tienen vergüenza de ocultar los verdaderos nombres de los hijos ilegítimos y no tuvieron vergüenza de obtenerlos fuera de la ley? Los hijos no tienen ninguna culpabilidad. Y mientras tanto, cuando han crecido y son hombres, en realidad no existen legalmente, porque constan en los Registros con otros nombres. Es decir ¡la tragedia!

Algo iba a decir a mi amigo improvisado, cuando

apareció el empleado. Me entregó el papel que le diera el Secretario y me dijo:

—¡Véngase por acá!

Entramos a una Sala en la que enormes estanterías guardaban libros alineados. Son los Registros en que constan los nombres de los que han nacido, de los que han muerto, de los que se han divorciado. La vista de tanto volumen en cuyas entrañas constaban nombres apellidos, fechas, etc etc. me dió escalofrío.

En un escritorio, otro empleado leía con atención un Registro.

—Atiéndale al señor— dijo el recomendado por el Secretario.

Y nuevamente quedé en manos de otro funcionario público. De este funcionario cuya obligación era la de revisar todos los Registros de todos los años, para cazar un dato solicitado. De este funcionario que, de quedarse loco, tendría la manía de los nombres y de las fechas.

Brindóme asiento. Le dí el dato. Dirigióse a una estantería, tomó un libro; lo abrió sobre el escritorio y empezó su tarea de investigar en esas páginas la partida de mi nacimiento.

Mientras el funcionario público laboraba agitadísimo yo pensaba lo siguiente: El Estado cuenta con una Oficina en la que se lleva, en definitiva, el control de los habitantes del Ecuador. Y si tenemos una Oficina de esta índole, ¿por qué no nos arriesgamos a saber cuántos somos los ecuatorianos? Porque, en verdad, nosotros no sabemos cuántos somos, quienes somos ni dónde estamos. No sabemos si vivimos o si hemos muerto. ¡Qué benéfico sería un censo para el país!

Mi imaginación iba a trotar por otros lados, cuando

conversaciones y risas femeninas llegaron a mis oídos. Pregunté:

—¿Qué es esa bulla? ¿En el tercer piso hay alguna escuela?

El funcionario rió. Y dejando su labor, me dijo:

—No, señor. Son las empleadas que trabajan arriba en la Sección de Estadística, las que están conversando.

—¿Y así se pasan todo el día?

—No, —me dijo el funcionario.—Sólo las tardes.

—¿Y cuántas son?

—No lo sé. Pero son bastantes.

Tuve curiosidad de subir a conocerlas. Pero desistí. Era mejor esperar mi dato tan ansiado. El funcionario terminó de buscar en el Registro. Luego, tomó otro y continuó en su lucha pertinaz.

—¿Seguro que usted nació en 1902?

—Segurísimo. Me acuerdo perfectamente . . .

—Vaya, pues en ese año no consta su partida de nacimiento.

Y el funcionario arremetió contra el año de 1903.

Más todo fué inútil . . . Buscó tres y más volúmenes. En vano. Este hecho me sugirió ideas terribles relativas a la legitimidad.

Para descansar, el funcionario me brindó un pitillo y principiamos a charlar. Yo le pregunté:

—¿Y por qué no es posible encontrar un dato inmediatamente?

Rióse el funcionario. Y argumentó:

—Muchas veces nos dan datos falsos. Voy a darle a usted un caso: por ejemplo usted, en el bautismo, se llama Pedro José. Luego, sus padres con la idea de que estos nombres son muy vulgares, en la confirmación le ponen el nombre de Héctor, o Mussolini o cualquier

otro. Usted está en la creencia de que se llama Mussolini; Pero, en realidad no lo es, porque sus nombres son Pedro José. Viene usted a preguntarme por Mussolini y Mussolini no asoma en los Registros por ninguna parte.

—Es verdad —dije— todo esto obstaculizará.

—Y hay algo más: muchos padres y muchas madres que adquieren hijos fuera de matrimonio, por ocultar sus verdaderos nombres, ponen a los recién nacidos nombre de un amigo, de su abuelo o de la persona a quien recomiendan la inscripción. Cuando el chico crece y se hace hombre tiene la seguridad de que se llama Guijarro, Pallares, Toapanta; pero en verdad, se llama de otra manera.

—Es espantoso— comenté alarmado, al ver que mi inscripción no asomaba.

—Es terrible— concluyó el funcionario, reanudando su trabajo.

La bulla y la conversación continuaban más animadas en el tercer piso, entre las señoritas de la Estadística. ¿Estarían haciendo estadística de "cachos" o de murmuraciones? Tal vez. Todo es posible. Pero no arriesguemos comentarios.

Al fin, luego de una búsqueda de tres horas, asomé mi partida de nacimiento. Cuando el funcionario público la puso en mis manos, sentí horror y quise morir. ¿Saben ustedes por qué? Se lo voy a decir en secreto; yo que tanto he alardeado de quiteño, yo que he cifrado mi orgullo en haber nacido en "San Roque", resulta que he nacido en Píntag. Y tengo pena de no ser quiteño. ¡Pero, en fin, me consuela que, como yo, muchos "quiteños" habrán nacido en Pelileo!



LA LLEGADA DEL TREN

A LO, señorita, 11-74
-digo, lanzando mi

voz a través de los hilos telefónicos.

Tengo que esperar cinco minutos para que la señorita me conteste. Seguramente alguna horquilla se le ha caído del pelo y mientras afanosa la busca, vano es mi empeño.

—Aló, señorita, 11-74 —repito, con aquella paciencia que hizo célebre a Job y a su descendencia.

Tres minutos más. Al buscar la horquilla, se le rasgó un punto de la media. Y en tanto arregle este desperfecto, conseguir hablar por teléfono es arar en el mar.

—Aló, señorita, 11-74 —insisto, dando a mi voz una entonación más fuerte e imperiosa.

Al fin, luego de cinco minutos más de paciente espera, la voz aligerada, rítmica y metálica, me contesta:

—Aló, ¿qué número?—

—11-74 señorita, tenga usted la bondad.

—11-44— oigo que repite, mientras enchufa este número.

—Señorita, he pedido 11-74.

—Perdone, en seguida le comunico con el 11-34 —me dice.

Y no queda más remedio que hablar con el 11-34, porque la señorita, en el colmo de su dinamia, me ha comunicado a toda velocidad.

Luego, insisto:

—Aló, señorita, 11-74, no 11-34.

—Por favor, señorita: le pido 11-74 y no 12-74.

—Pero si le estoy comunicando con el número que pide.

—No, señorita. Yo deseo hablar con el 11-74.

—Entonces, ya le pongo con el 11-24.

Inútiles esfuerzos para conseguir hablar con la Estación de Chimbacalle y averiguar la hora de la llegada del tren de pasajeros. Cierro el teléfono y espero que la señorita se tranquilice para insistir.

Prendo un pitillo y mientras el tiempo corre sobre el abismo de las horas, pienso en mi novia lejana con la más grande de las defectaciones. Y recuerdo sus últimas palabras, en la conversación que tuvimos la noche anterior: "Hoy no sé si te quiero. Pero te avisaré definitivamente, cuando venga el Presidente López".

Es decir que no me querrá nunca. O pretende te-

nerme rodando por la pendiente de la duda, durante un tiempo indefinido. ¡Benditas sean las mujeres!

Y otra vez al teléfono.

—Aló, señorita, 11-74.

—Ocupado—me responde.

Paciencia. Para hablar por teléfono en la Capital no es necesario tener teléfono: es indispensable tener paciencia. Sólo paciencia, porque sin esta virtud se hace imposible toda tentativa. El servicio telefónico de Quito no es malo; los aparatos que utiliza la Central no son malos; el personal de señoritas que atiende este servicio tampoco es malo. Aquí, lo único malo es la necesidad que tenemos de utilizar esta mejora que nos ha traído la civilización para armarnos líos a cada instante. Antiguamente, no había nada de esto. Y, en cambio, cada casa tenía una "chola" buenamoza que hacía los recados en la calle, con eficiencia y sin retardo.

A propósito, voy a contaros lo siguiente: en una Oficina particular, había un empleado chapado a la antigua. Cuando necesitaba utilizar el teléfono, no se si por ganar tiempo, ordenaba al portero: "Oiga, Luis, váyase a la Oficina tal, situada en la Plaza del Teatro; vea si el señor González está ahí y venga a avisarme para llamarle por teléfono". Este empleado, como se ve, no creía en la eficacia del teléfono. Y era un hombre inteligente, no cabe duda.

Pero, insistamos en el 11-74.

—Aló, señorita, 11-74, tenga la bondad.

—Ocupado—me responde nuevamente.

Y van a dar las doce. Esto no puede ser. Vuelvo a la lucha.

—Señorita, dígame, ¿no estará dañado el 11-74?

—Un momento, voy a preguntar.

Tres minutos pasan, uno detrás de otro. El auricular en mi oído derecho continúa en espera de una contestación. Al fin, escucho.

—Está dañado el 11-74, señor.

—Entonces, señorita, póngame con otra Oficina de la Estación del Ferrocarril.

La señorita me atiende y logro averiguar que el tren de pasajeros llegará a la una y cuarenta y cinco. Es decir, un cuarto de hora antes de las dos.

Como queda tan poco tiempo, almuerzo a la ligera. Me embarco en un autobús y, en un suspiro, llego a la Estación de Chimbacalle. En el camino, el autobús ha escapado de matar algunos individuos. Pero esto nada importa si se tiene en cuenta que el servicio es ligero y maravilloso. ¡Sobre todo para las personas nerviosas!

Mucha, muchísima gente va llegando a la Estación. Lo primero que encontramos es el busto de Don Eloy Alfaro, el "Viejo Luchador", que está de espaldas a la línea férrea, como quien no quiere ver la cosa.

Ya estamos en el andén de la Estación. Es amplio. Por él se puede pasear con toda comodidad. ¿Saben ustedes qué lo hermosea mucho más? Pues, sencillamente, unas montañas de bultos de todo tamaño y toda condición, que amenazan caer sobre el público. Esta circunstancia ofrece una emoción maravillosa. Es tan bonito estar con una amenaza constante; emociona tanto poder sentirse a dos dedos de un aplastamiento, que el tiempo que pasamos esperando la llegada del tren nos parece un paraíso.

Repletas están de gente las salas de espera. En ellas, podemos ver a todos aquellos que aguardan la llegada de un ser querido: un novio, un marido, un deudor, una mujer, una suegra, etc., etc.

La paciencia más franciscana se dibujā en sus rostros. La calma reina en estas Salas en las que el fastidio nada puede contra nuestro paciente temperamento. Todo el mundo conversa en sordina. Con el temor de que sus vecinos se enteren de la conversación. Sin embargo, puedo oír este diálogo:

—¡Qué te parece —dice ella— ya son las dos de la tarde y no llega el tren!

—Habrā pasado algo —responde él.

—No lo creo. Siempre sucede lo mismo. Anuncian la llegada a las dos menos cuarto y viene el tren a las tres de la tarde.

—Es que otra cosa es ponerse a andar, hijita —comenta él, que por lo de "hijita" debe ser marido de ella.

—Al saber que el tren había de tardar tanto, hubiera venido después de bañar a los "guaguas"—dice la mujer.

—Tú no te curas de la manía del baño. No tienes remedio.

—Por esto gozo de salud. Y no tú, que vives "fregado" con los riñones, por no bañarte.

—Cinco años que no me baño, cinco años que estoy contento.

—Pero en una de éstas me encapricho y te baño a la fuerza.

—Entonces, me divorciaré—termina diciendo él, con ademán enérgico.

—Yo creo que será mejor que vayamos a esperar el tren en Tambillo.

—Así es. Pero aquí estamos cómodos.

—Natural. La Compañía ha puesto por eso Salas de Espera.

—¿Porque nunca llega el tren a la hora anunciada?

—Es claro. La sala de espera es para esperar que llegue el tren.

Y, así, todos hilvanan sus conversaciones sobre diversos tópicos. La economía, la política, la murmuración, todo tiene en esta especie de Congreso su momento oportuno. Escuchemos lo que dicen respecto de la carestía de los víveres:

—¿Has de creer, Manuelita, que el azúcar está a ochenta centavos?

—Es terrible, Leonor. El arroz también está carísimo. ¿Y sabes por qué es?

—No, cuéntame, Leonor.

—Pues verás: dicen que ha subido el azúcar, porque ha bajado el precio de los lápices de labios.

—¡Qué barbaridad!

—Esta carestía es culpa de las que se pintan; de las que están encantadas con los labios rojos y el estómago vacío.

—¡Qué barbaridad, Leonor! Si esto es el fin del mundo.

Atento estaba siguiendo el desarrollo de estas protestas, cuando apareció en la Sala la señora Carlota Jaramillo de Araujo. La atención de todos los presentes concretóse a ella.

Y con el perdón de ustedes, voy a expiararme:

Carlota Jaramillo de Araujo es la intérprete musical del folklore nacional. Su voz —arrullo que emociona— va por el éter a plasmarse en notas armoniosas; a conmover espíritus y a hacer temblar las fibras del corazón. ¿Quién no conoce a Carlota Jaramillo de Araujo? ¿Quién no la ha oído? ¡Su canto —dulce, apacible como los lagos que duermen, como los ojos que sueñan— penetra en el alma más refractaria a la emoción. Las

vibraciones de su voz, cadenciosas unas veces, impulsivas otras, rítmicas siempre— interpretan a maravilla el sentimiento que palpita en nuestra música. Ella es el alma del pasillo. Por ella, se vuelve más sentimental, más tierno y más sensible. Y en el yaraví su voz se aduerme, se aquieta, salta como un arroyo cantarino, da vida al arte autóctono, el arte criollo. Oirla a través del micrófono de la HCK —Estación radiodifusora del Estado— es purificar el espíritu en las aguas cristalinas de su arte.

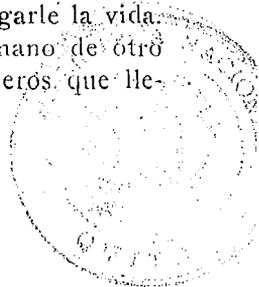
Carlota Jaramillo de Araujo ahí está, en la Sala de espera. Morena, de ojos despiertos; se presiente que guarda en su garganta una jaula de jilgueros.

Todos los que estamos en la Sala, íntimamente, tenemos la misma idea: pedir a Carlota Jaramillo que nos cante algo, para que nuestra espera de alguna manera se haga menos desesperante.

De pronto, un pitido largo, estridente y rotundo nos estremeció. Todos nos pusimos de pie. ¿Era el tren que llegaba? No, señores. Un maquinista de patio hacía el cambio. La locomotora, jadeante, echando al aire su penacho de humo, tiraba una cola de carros de carga, para ponerlos en posición adecuada. A su paso, retemblaba el suelo.

Un gentío enorme se apiñó en el andén, despreciando el peligro de los bultos que lo ocupan casi totalmente.

Entonces, allí vi a la madre tierna que esperaba al hijo descarriado. La novia cariñosa que aguarda a su futuro esposo. El marido fiel y constante que ambiciona estrechar entre sus brazos a la esposa que, después de tres meses de vacaciones, vuelve a amargarle la vida. El amigo sincero que ansía estrechar la mano de otro amigo. Los parientes y conocidos de viajeros que lle-



gan. Curiosos. Empleados. "Carteristas". Estos últimos, "trabajando" honradamente para el sustento diario.

Contemplamos caras nuevas en las que la ansiedad dibuja arabescos de peña. La inquietud principió a picar los ánimos. Todos ambulábamos impacientes, de un lado para otro, esperando al tren que no llegaba. Eran las dos y media de la tarde. Según el aviso debía llegar a la una y cuarenta y cinco.

Los más variados comentarios se entrecruzaban de conversación en conversación. Quienes, suponían al tren descarrilado; quienes, imaginaban un choque terrible que había producido veinte muertos y otros tantos difuntos; algunos, que en la cuesta de Santa Rosa, a la locomotora le faltó agua; y otros, pensaban en un posible regreso por motivos secretos a la par que indispensables.

Pero en lo que todos estaban de acuerdo era en que se fijaba en pizarras la hora de la llegada del tren con el exclusivo objeto de saber el tiempo que se había retrasado. Es decir, que el itinerario era una cuestión de lujo.

El desengaño se iba infundiendo en todos los pechos cuando, una pitada lejana y prolongada, hirió los oídos y estampó en nuestros rostros la alegría. Era el tren que al fin llegaba.

Un apretujamiento inusitado siguió a la pitada del tren. El rumor del convoy que venía a toda máquina, llegó hasta nosotros. La respiración de la locomotora, cansada por el esfuerzo y por el viaje, se iba acentuando conforme el tren entraba en Chimbacalle. Otro pitido lanzó a los ámbitos de la ciudad la nueva de su llegada. Chirrido de frenos que se ajustan. Golpear de carros.

Y un suspiro de hondo descanso de la locomotora, pone fin a su tarea diaria de correr sobre los rieles transportando humanidad. Más parecía que llegaban cien locomotoras que una sola y atrasada.

La bulla y la gritería vienen luego. Todos chocan por el anhelo de abrirse paso para buscar a los viajeros esperados. Codazos, pisotones, golpes indirectos, son gajes de este afanarse por abrazar y recibir a los recién llegados.

Y en las ventanillas de los carros contempla usted caras llenas de polvo, que buscan a otras para darse el saludo de bienvenida. Maletas que salen por las ventanillas de los vagones. Canastos con "quesos de hoja" de Tambillo. Canastos con "galletas" de Latacunga. Canastos con frutillas de Ambato. Canastos con "cuyes" de Mocha. ¡Canastos!, grité, desesperado, sintiendo un pisotón que un señor gordo me propinó con el mayor descaro.

Luego, "chóferes" que ofrecen sus carros para el traslado a la ciudad. Muchachos que se brindan para el transporte de maletas. Gritos por aquí. Llamadas por acá. Besos que resuenan con resonancia de cariño. Alegría, sonrisas y decepciones.

Creo que lo que más se parece a la vida es la llegada de un ferrocarril, por esa variedad de cosas que ocurren; por aquella dicha que se produce cuando viene la persona a quien se espera; y, por esa decepción que deja en nuestra alma el viajero que no llegó y que tal vez no vendrá nunca. El brioso corcel de mi pensamiento afanoso corría por la carretera de la idea, cuando un golpe seco me volvió a la realidad.

Una señora con una maleta enorme se precipita contra mí. Felizmente, alcancé a hacerme a un lado y el

aluvión pasó rozándome apenas. De pronto oí que desde una ventanilla, me decían:

—Pchs . . . pchs . . . Gonzalo, oye coge las piñas.

Como yo dudara de este ofrecimiento, pregunté:

—¿A mí?

—Sí, hombre. Y pronto para pasarte la maleta.

Muchacho de carácter suave, no tuve más remedio que acceder. Me acerqué a la ventanilla. Tomé las piñas y las puse en el suelo, en espera de la maleta. Hubo un tumulto de gente con motivo de la pérdida de un maletero. De este tumulto resultó que perdí a la persona que me encargó las piñas. La busqué. Todo fué en vano.

La gente empezaba ya a regresar a la ciudad. Y las piñas seguían a mis pies, provocativas e insinuantes. Busqué nuevamente al propietario que, de seguro, me había confundido con algún amigo. Nada. Ni el menor rastro.

Dígame, lector, ¿qué hubiera hecho usted ante semejante compromiso? ¿Llevar las piñas a su casa? Pues eso hice yo. Y me las serví a nombre de mi amigo desconocido a quien nunca volveré a encontrar.

Pero aquí, la ley de las compensaciones. Llegué a mi casa con piñas, pero sin la "chauchera" que me la habían robado. ¿Perdí mucho? Creo que no: dos contraseñas y un sucre falsificado. ¡Es que los tiempos son difíciles!

LA TRAGEDIA DEL INQUILINATO

DESDE que Adán y Eva — nuestros primeros padres — fueros expulsados del Paraíso Terrenal, el *inquilinato*, como una sombra trágica, se cierne sobre la humanidad. Y procura sinsabores, amarguras y contratiempos a todos aquéllos que, por falta de medios económicos, se ven sujetos a la necesidad de alquilar unos cuartuchos para poder vivir. El *inquilinato* — se me ocurre este momento — es el arte de buscar piezas de arriendo.

Enorme es la falange de ciudadanos que practica este arte. A muchas, a muchísimas personas he visto ir

de casa en casa, preguntando a gritos desde la puerta de calle:

—¿Tendrá un cuartito de arriendo?

En nuestra ciudad de Quito el problema del inquilinato se ha transformado en un problema de vida o muerte. Ni en los barrios más apartados es posible conseguir piezas de arriendo. Si a esta dificultad se suma la tiranía — con perdón sea dicho — de los dueños de casa, resulta que después de poco tiempo tendremos que construir carpas en los alrededores de esta Capital, para evitarnos el arriendo y demás molestias. Y así viviremos casi al aire libre, expuestos a pescar una buena pulmonía y a convertirnos en verdaderos y efectivos gitanos. Oscuro se presenta el porvenir.

El primer tropiezo del inquilinato, consiste en el arriendo exagerado. Los dueños de casa, tan pronto como el dólar sube dos puntos en su cotización ordinaria, aumentan el canon de arrendamiento a sus inquilinos. Sube el precio del arroz; el azúcar avanza hacia la estratosfera; las papas navegan por los aires; y con todos estos artículos de primera necesidad, los arriendos ascienden como globos hacia el infinito por ese capricho de los señores propietarios. ¿Quiere usted protestar? Pues, se equivoca.

—Pero, don Ramón, no es posible que por tres piezas sin luz y una cocina me cobre usted cincuenta y cinco sucres.

—Si usted no quiere pagar este precio, me desocupa las piezas. Tengo ya interesados.

Y el pobre padre de familia, si no paga los cincuenta y cinco sucres, se ve precisado al via-cruis de buscar piezas de arriendo. Es decir ¡la tragedia!

Para pintar claramente las amarguras de un inquil-

no, nada mejor se presta como contar a ustedes, con el debido secreto, el caso que me ocurrió hace unos días. Lo voy a relatar, confiando en la discreción de mis buenos lectores.

Desde hace un año y medio vivo en un departamento de la casa de propiedad de Don Severiano Acosta, situada en el barrio del "Aguarico". Casi al pie del Pichincha. Mi poquísima familia se compone de mi mujer, ocho "guaguas", mi queridísima suegra, mi suegro adorado, dos primas de mi mujer — huérfanas de padre y madre— un tío mío, un perrito y un gatito. ¡Cómo se ve, casi nadie!

Dicho departamento se compone de un dormitorio —en el que tenemos más de ocho camas—; una salita —en la que duermen mis idolatrados suegros—, un comedorcito y una cocina. Por todo esto pago treinta y ocho sucres— ¡esto es cuando pago! Tenemos luz, que se apaga a las nueve de la noche, y agua que la dan por litros. ¡Gozamos de todas las comodidades!

La última quincena, por tener que pagar al sastre que le hizo un terno a mi querido suegro, no pude abonar el arriendo cumplidamente. Y el dueño de casa me pidió las piezas.

Ante tal requerimiento, mi mujer, que tiene una visión amplísima, me dijo:

—No le ruegues a este viejo sinvergüenza. Donde quiera hemos de encontrar cuartos con la plata.

Yo, que en todo escucho a mi mujer, manifesté a Don Severiano que dejaría sus cuartos. Pero, tropezaba con un obstáculo: no tenía un sólo centavo para el traslado de los muebles, ni para el pago del arriendo atrasado.

Mi mujer, — que sería un magnífico Ministro de Hacienda encargado de la Cartera de Guerra—, manifestó

que no había más que un recurso: empeñar los dos únicos ternitos míos en buen estado y un espejo, recuerdo de mi abuelo. Acepté la sugerencia, considerando que las mujeres tienen un don de previsión extremadamente previsivo. Y yo mismo, envolviendo los ternos en un ejemplar antiguo de "El Debate" me encaminé hacia "La Estrella Polar", haciendo conducir el espejo con un hijo mío. De intento llevé a mi hijo para que, desde pequeño, vaya dándose cuenta de lo que significa ser padre de familia. ¡Padre de familia pobre, se entiende!

En "La Estrella Polar" empecé los ternos y el espejo, no en la cantidad que necesitaba, sino en la suma que me quisieron dar. El dueño de la "Estrella Polar" me expresó que, por una concesión muy especial me daba ese dinero, ya que todas las Contadurías estaban liquidando, porque ya no era negocio seguir explotando la necesidad y la pobreza.

Volví a mi casa con el dinero. Y después de almorzar, salí a la calle a buscar piezas de arriendo.

Anduve por todos los barrios inútilmente. En todas partes se me decía lo mismo: todos los cuartos ocupados. Al fin, después de andar muchísimo, en "La Tola", encontré unas piezas. Pregunté por el dueño de casa. Una señora de aspecto venerable, me invitó a subir. Me hizo entrar en una sala magníficamente amueblada. Me brindó asiento. Sentóse ella también. Y comenzó este interrogatorio:

—¿Usted desea las piezas que tengo desocupadas?

—Sí, señora.

—¿Cómo se llama usted?

—Hipólito Manso, un amigo suyo.

—Muchas gracias - - dijo la señora — ¿Es usted casado?

—Sí, señora.

—¿Cuántos hijos tiene?

La pregunta me alarmó. Tuve miedo de confesar que mi familia era un batallón. Pero, al fin, me vi precisado a hacerlo:

—Tengo ocho hijos, señora.

La señora abrió unos ojos de este tamaño. Y expresó:

—¡Ah, caramba! Pero ¿por qué se ha llenado tanto de familia?

No supe a qué achacar esta desgracia. Bajé la vista, ruborizándome.

—¿Y de qué edad son sus niños? —prosiguió la señora.

—El último tiene cuatro meses —respondí

—A mí no me gusta arrendar las piezas a familias con tantos niños —sentenció la señora—. Ensucian la casa, pintan las paredes, juegan en los patios, obstruyen el caño, dañan el excusado y, en fin, terminan destruyéndolo todo.

—Mis hijos, señora —defendí— son educaditos.

—Por más educados que sean, serán amigos de jugar. Tengo mucha experiencia en esto de arrendar a familias numerosas. Luego, juegan con algún otro chico de los inquilinos y terminan peleándose, lo que trae como consecuencia disgustos entre los vecinos. Muchos dolores de cabeza dan los chicos.

¿Qué podía decir yo? La señora, prosiguió:

—¿Y dónde trabaja usted?

—Soy amanuense en uno de los Ministerios— contesté, a media voz.

—Eso más— dijo la señora—. A lo mejor, un buen día lo sacan a usted del empleo por colocar a una mujer y no tendrá con qué pagar el arriendo.

Las palabras de la señora me hicieron temblar. Y

ellas, en mi cabeza, siguieron bailando una rumba desenfrenada

—En fin, con usted que me parece una persona honorable, voy a hacer una excepción, arrendándole las piezas.

—Muchísimas gracias— señora, manifesté—. Es usted muy bondadosa.

—Las piezas — repuso la señora — cuestan cuarenta y dos sucres. Y como a mi gusta el orden en todo, voy a indicarle lo que usted y toda su familia deberán observar: el agua doy únicamente por las mañanas, de seis a siete; después de este reparto no se abre el grifo hasta el otro día. La luz, desde las siete de la noche hasta las nueve. El arriendo tiene que pagarme por anticipado. La puerta de calle se cierra a las ocho de la noche y no se vuelve a abrir sino al otro día. Sus niños no deben jugar en el patio, sino en sus piezas. El excusado, para conservarlo bien aseado, está a disposición de los inquilinos sólo una hora diaria: de seis a siete de la noche. Si sus niños rompen el entapizado de los cuartos, usted tendrá que renovarlo. Y a mí no me gusta, por último, que mis inquilinos tengan farras ni diversiones, porque me quitan el sueño y constituyen un escándalo.

Cada nueva advertencia de la señora, era un flechazo que se clavaba en mi pecho. ¿Cómo he de poder vivir en esas condiciones? Sin agua, sin luz, sin servicio higiénico, sin nada. ¡Imposible! Y por primera vez en mi vida, la protesta quizo salir de mis labios. Pero, como siempre, callé.

Manifesté a la señora que volvería con mi mujer para que conozca las piezas. Salí agradeciéndole, y no he vuelto más.

Y es así cómo la tragedia de buscar piezar de arrien-

do, continúa suspendida sobre mi cabeza. Don Severiano, mi dueño de casa, me ha pasado boleta para desocupar las piezas. De día o de noche, en las horas que puedo, recorro la ciudad en busca de cuartos. En todas las casas me preguntan por el número de hijos y ante mi declaración de que sólo tengo ocho, en los ojos de los propietarios se asoma el asombro y sus negativas rotundas ponen a mi necesidad los puntos suspensivos de la desesperación.

Mientras tanto, va a llegar un día en que me veré con mi familia en mitad de la calle, sin tener dónde vivir, dónde guarecer a mis hijos. Minuto a minuto la tragedia se agiganta.

¿Comprenden ustedes lo que significa ser inquilino? ¿Puede haber algo más terrible que ser inquilino? Sí, hay algo más. ¡Más terrible que ser inquilino es haber nacido pobre! Por ello, los pobres estamos destinados a peregrinar en busca del diario sustento y de la casa que habrá de ser testigo de nuestras amarguras.

Tal despecho tengo que, con el dinero que guardaba para el traslado de los muebles, desde hace algunas noches he faltado a mi hogar buscando consuelo en el fondo de una copa. ¿Que mi situación se agrava? No me importa. Y si mi suegra adorada pretende tomarme cuentas, resuelto estoy a hacerme respetar. Al fin y al cabo, yo no me he casado con la madre de mi mujer. Lo que hubiera sido de magnífico mal gusto, por supuesto.

Y perdonenme, por último, un pequeño desahogo: ¡Inquilinos de todos los países, uníos!

EL "CHAPITA" DE LA ESQUINA

LA noche tiene un stock completo de sombras de diversos matices.

El cielo está de par en par abierto.

La luna, en mitad de la bóveda celeste, se destaca enorme y brillante. Bajo el chorro de su luz potente, toman un baño de claridad los tejados de todas las casas.

Una victrola hace añicos la tranquilidad y los nervios.

Las calles de Quito, solas y tristes, parece que soñaran,

Y cosa rara, algunos postes rígidos y esbeltos pretenden hacer cosquillas a unas nubes coquetas que vagan jugueteando por el cielo.



En la esquina de "Manosalvas" un representante de la ley, de plantón, garantiza la tranquilidad de los asociados; sirve de estorbo a los trasnochadores y provoca al viento que, de rato en rato, tiene intentos de elevarle a las alturas.

¿Su indumentaria? Un abrigo gris para la pulmonía. Una bufanda de Otavalo para el catarro. Y una gorra kaki para la cabeza.

Con esto, el "chapita" se guarece de la noche que, gota a gota, va cayéndole sobre los hombros.



Doce campanadas resuenan en el silencio de la noche. Son aldabonazos del tiempo que golpean las puertas de la humanidad.

Los campanarios de nuestras Iglesias terminan de dar las doce a la una de la madrugada. Son tantos, que si todos anunciaran la hora al mismo tiempo, ¡vaya el lío que se armara!

No lejos de esta esquina pintoresca y simpática, una guitarra, acariciada dulcemente por dedos expertos, desgrana suaves quejas al compás de un pasillo, que

mientras entenece a la "directamente interesada", a los vecinos despierta con los puntapiés de sus angustias.

Es un sereno. Uno de los treinta y tres sistemas que se usan para quitar el sueño y declarar amor.

Concluye el pasillo con un do definitivo. Se oyen toses, cuchicheos. Los instrumentos discuten hasta afinarse. Y un tierno Yaraví --eterna queja nacida del fondo del dolor indígena-- asciende hasta el balcón de la mujer a quien el sereno se dedica.

Después, pasos lentos van ganando la calle. El grupo dobla la esquina y queda frente a frente del "chapita" que, como un signo de admiración, permanece de-rechito.



--"Chullitas", el permiso--habla el celador acercándose al grupo--. Ya saben ustedes que sin permiso no hay sereno. ¡Caramba, que frío hace!

Y se frota las manos con dureza y esperanza.

Uno de los del grupo presenta el permiso y los ojos del "chapita" y algunas estrellas curiosas, miran el papel que autoriza a dar una broma a Don Morfeo.

--Está bien, sigan no más.

Y el grupo se instala al pie de una ventana.

--A ver, paco --dice uno de ellos-- venga a tomarse este trago.

--No puedo, mi jefecito-- contesta el aludido-- sufro de una enfermedad que no sé cómo se llame, pero que no me deja tomar.

--No seas tonto --añade otro, con su manía de tratar a todos de tú.

—Es que....

—Es que te tomas o aquí va a pasar algo.

—Sí, va a pasar un automóvil. ¡Cuidado con dormirse, chófer! —grita el de la guitarra, al ver que los guardabarros del auto van rozando el cuerpo del representante de la ley.

Insistencias. Bromas. Y el celador no tuvo más remedio que tomar algunos tragos.

Y empezó a hacerse la luz en su cerebro. Y declaró:

—Mi enfermedad es de lo más molesta. Figúrense ustedes que no puedo tomar una copa, porque apenas tomo... me dan unas ganas tremendas de seguir bebiendo.

El grupo aplaude la ocurrencia. Y resuenan carcajadas que van dando tumbos en el aire hasta estrellarse contra un muro del Convento de Santo Domingo.

—Bueno, empecemos —exclama el de la guitarra.

Un valse deja oír sus cadenciosos ritmos. El bandleón, con su vocecita de virgen que sabe de ternuras, se enternece en dulzones acordes de plegaria.

El valse llega a su apogeo. La guitarra subraya, con sus bajos trementes, los acentos quejumbrosos de la música.

Y termina agonizando con un suspiro de nostalgia.



—Qué bonito tocan, "chullitas".

—Leven anclas, que nos vamos. Otro trago al "chapa".

—Salud, por tus éxitos con las mujeres de canasto

al brazo. Por las cocineras que ponen la sal de su gracia en la sopa de tu vida.

—Salud, por los éxitos de ustedes, “chullitas” simpáticos, con las señoritas del rimmel en los ojos y rouge en los labios.

Con la agujeta del entusiasmo, se entretejen estas palabras.

La algarazca sube tres metros sobre el nivel del pavimento.

—La del estribo, chapita.

—Me tocan dos, porque los autos tienen dos estribos.

El grupo se va. Y el “chapita”, en la esquina, ha dejado de parecer un signo de admiración, para convertirse en una interrogación.

Solo. Callado. Las manos en los bolsillos y unas ganas locas de alcohol en todo el cuerpo, el celador se pasa rumiando los minutos pidiendo a Dios que venga otro sereno.

Las horas corren y el sereno tarda. El frío arrecia. Estaba a punto de cerrar los ojos, cuando el bocinazo apremiante de un Ford, que venía veloz como un mal pensamiento, le hizo sacar la mano del bolsillo para dar la dirección. El auto frenó a su aldo. Y escuchó que alguien le decía:

—Oyes, “chapita”, ¿puedes hacer abrir esa tienda para comprar cognac?

Estas palabras acariciaron sus oídos con mejores caricias que las de su Josefa.

—Con mucho gusto, mi jefecito.

Se encamina a la tienda y golpea la puerta con los nudillos de su mano izquierda.

—Abra no más, señorita, soy yo, el chapita de la esquina.

Claro, la puerta se abre. Baja del auto un caballero. Compra el cognac. Lo destapa. Y brinda al celador dos copas llenas, que, si no le dejaron satisfecho, por lo menos pusieronle de muerte, porque su enfermedad avanzaba a marchas forzadas.

El Ford trepidó. Y con manifiesta mala gana se fué calle arriba, mientras su rueda de repuesto, irónicamente, iba mirando al celador sin disimulo.



Solo de nuevo. Pero más alegre, ya que el licor comenzaba a surtir sus benéficos efectos. La noche le pareció más fría. La luna más hermosa. Y la vida más vivible.

Ardía en santos deseos de cumplir con su deber. Y siguiendo una de las aceras de la calle, fué tocando los candados de las tiendas para asegurarse de que estaban en su sitio. Por ahí, no encontró ningún candado. Pero, en cambio, halló gentes en la tienda. Y los tragos volvieron a pasar por su garganta en número crecido.

Tambaleándose, regresó a su esquina. Y en alarmante estado de beodez, se puso a hablar de esta manera:

—Yo soy un buen hombre. Tan es así que me quiere mi Josefa. No he perjudicado a nadie. Bueno, únicamente a mis hermanos. Pero, ¡qué caramba!, para algo ha de servir la familia de uno. En mi destino soy ejemplar. El único en el Cuerpo que sabe cuadrarse como verdadero soldado. Soy liberal y eso de que oiga misa los domingos y días de fiesta, no quiere decir nada. Muchos liberales hacen lo mismo. Bueno, aquello de la Petrona fué un accidente. ¡Un accidente de trá-

fico! Y de resto, no he tropezado con nadie. ¡Ah, en el pueblo tuve algo! Esperen, haré memoria. Creo que fué un hijo, si no recuerdo mal. No quiero acordarme de estas cosas. Mejor pensaré en mi Josefa. Es de verle cuando le entrego la decena: me hace las cuentas hasta perder la cabeza. Pero siempre me queda algo para atender a mi enfermedad. Yo soy un buen hombre. De buenos sentimientos. Cuando tengo que llevar a alguien a la Policía, me hago el enérgico; pero entre mí, sufro un rato largo. Yo soy un buen hombre. Algún día he de llegar a otro puesto. ¡Ja, ja, ja, quiero decir a otra esquina!

Así continuó hablando. Gesticulando con las manos y con la cabeza.



El día está al llegar a la cumbre. La luna, recelosa —al fin, mujer— se va escondiendo detrás de las montañas. Todo despierta. Las estrellas comienzan a declararse en huelga: van desapareciendo y perdiéndose quién sabe dónde.

En la esquina de "Manosalvas", nuestro "chapita", acurrucado en la puerta de calle de una casa, duerme con tranquilidad subida de quilates.

En un instante que consigue despertarse, alcanza a oír el sonido que produce una espada al chocar contra unas botas. Y como un resorte se levanta. Corre a la esquina, a ponerse de plantón.

El Oficial pasa por su lado. El "chapa" se cuadra con un taconazo que debió rezonar en la tierra de fuego y, con voz gangosa, dice:

—Sin novedad, mi jefecito.

Mientras el Jefecito sigue su camino, el "chapita" repite:

—Sin novedad aquí. Pero cuando vaya donde mi Josefa, ya lo creo que tendré novedades. ¡Con el odio que le tiene al traguito, mi mujer!

Y en aquella puerta de calle reanuda su sueño tan torpemente interrumpido.

TOROS EN SANGOLQUI

COMO descendientes
de la Madre España

—que en estos momentos quema sus entrañas en hogueras de odio fratricida— gustamos de los espectáculos en los que palpitan el peligro y la emoción. La sangre corre por nuestras venas con ímpetus de heroísmo. Y tenemos un corazón tan grande que no cabe en la cámara frigorífica de nuestro diminuto pecho.

Por ello es que nos sentimos felices al presenciar una corrida de toros; al ver una riña de gallos; al observar un encuentro de box; o al oír las discusiones de un Congreso. Y nos sentimos dichosos porque en todos estos

actos la targedia bate sus alas, misteriosas y siniestras, sobre protagonistas y espectadores. Vibran nuestros espíritus con la loca alegría de los minutos en los cuales baila la hazaña el baile hechicero del valor. La cogida de un toro nos impulsa a ponernos de pies y a palmotear entusiasmados y febriles. El picotazo de un gallo enciende nuestros nervios con el fósforo de la emoción. Un derechazo en plena mandíbula nos arranca gritos de alegría, al mismo tiempo que arranca una muela de la víctima. Y una palabra fuerte en pleno Congreso prende en nuestra alma la tea del patriotismo. Ante tales demostraciones, nuestros gloriosos antepasados satisfechos deben contemplarnos desde las regiones de su gloria....



La noticia de que hay toros en Sangolquí conmueve nuestros deseos de novedad y nos impulsa a la realización de un viaje al rico y hermoso valle de "Los Chillos". Con esta sana intención separamos anticipadamente un pasaje en uno de los muchos autobuses que hacen el servicio. Y es así cómo, el día domingo, a las siete de la mañana, encaminamos nuestros pasos a la Plaza de Santo Domingo, en busca del vehículo que habrá de llevarnos a Sangolquí. Muchísima gente busca acomodo en los autobuses. Hombres y mujeres se obsequian codazos galantes, al posesionarse de los mejores asientos.

Nos embarcamos en un autobús que está abarrotado de gente. La cordialidad hace crochet con el hilo de sonrisas y palabras. Casi todos somos amigos. Mien-

tras preparan el carro dotándole de gasolina, conversamos alegremente. Una pareja de enamorados llama nuestra atención. Pegaditos con el lacre del amor, se arrullan con los ojos, mientras los demás pasajeros añoran sus novias lejanas o sus esposas respectivas. Es que el amor, como los bostezos, es sumamente contagioso.

Es hora de partir. Rechinan los cambios. Y el autobús se desliza gruñendo por el peso de tanto pasajero. Enfilamos por la calle "Maldonado", con dirección al Sur. La estación de Chimbacalle. Nos detiene un "chapita", que introduce su cabeza por una ventana del autobús y pasa sobre nosotros su mirada embadurnada de malas noches. Todo está correcto. Reanuda la marcha el carro y tomamos el camino a Sangolquí.

Bella está la mañana. El sol, brillante, pone calor de vida en todas las cosas. Podemos admirar un horizonte espléndido. Montañas que elevan su grandeza hacia los cielos. Potreros con verdores que abren el apetito del paisaje, van asomando a lado y lado del camino. Vacas que pasen tranquilamente rumiando su destino de nodrizas fracasadas. Pajarillos que, en los postes del telégrafo, van poniendo la puntuación de sus gorjeos en los partes telegráficos. Árboles que sacuden el sueño, llorando lágrimas de escarcha. Es la naturaleza que nos descubre su hermosura, acicalada con retoques de sol.

Hemos coronado la subida y dejado atrás a nuestro bello Quito que se acuesta en las faldas del Pichincha. Llegamos al punto en que aparece ante nuestros ojos el valle de "Los Chillos", con sus montañas y su planicie seductora y magnífica.

Los enamorados, dentro del carro, se asedian con furor. Ya no son las miradas las que juegan. Ahora, son

las manos. Los abrazos menudean y tocan la campana de alarma del cariño. Los pasajeros, conscientes de su deber de tales, principian, antes que los enamorados, a perder la vergüenza. Ellos lo comprenden e inician nuevos ataques de caricias, soñando en el amor libre y en los besos a mansalva. ¿Qué podemos hacer los pasajeros? Nada, señores. Contentarnos de la dicha de nuestros semejantes. Y dejar de verles, para evitar el contagio. A nuestro lado, una chola buenamoza, de reboso malva, nos va ofreciendo con recelo cauto sus miradas buenas. Y tenemos miedo de iniciar, nosotros también, amorosas tentativas....

En la lejanía, se destaca el Antizana, ostentando su cabeza coronada de nieve. Altos picachos ascienden como símbolos hacia el infinito. Toda esa hermosura, bajo un cielo azul, con pocas nubes que navegan por los aires, simulando copos de algodón sacudidos por el viento.

Y seguimos el viaje bebiéndonos el camino a toda marcha. Una señora, que va contando el dinero que ha guardado en un pañuelo, dice, mirando a la feliz pareja:

—¡Caray, las de este tiempo! Nosotras también hemos querido, pero hemos querido dentro del cuarto. Y no ahora, al aire libre y delante de todo el mundo. ¡Qué ricura!

Este comentario nos hace sonreír. Y todos los pasajeros, como un solo hombre, echamos sobre los enamorados la regadera de nuestra curiosidad insatisfecha.

Sigue el viaje sin contratiempos de ninguna clase. Un "chullita" que va con nosotros, en una curva peligrosa, pide al chófer:

—Oiga, cholito, a ver si para evitarnos tanta monotonía tiene usted un choquечito con otro auto.

Todos agradecemos los buenos deseos del "chullita".

Dos o tres curvas más y podemos ver advertencias de la Policía de Tránsito, que dicen: "Peligro". "Curve despacio", "Pite". Esto sirve de acicate al espíritu de contradicción, porque nadie cree en el peligro, ni en las curvas ni en la necesidad de pitar. ¡Cosas de nuestro temperamento!

Nos aproximamos a Conocoto. Un puente sobre un río que corre bullicioso y alegre, dando bromas de carnaval a las piedras que impiden su corriente. Agua turbia que va calmando la sed de las plantas que hacen guardia a sus orillas.

Pasamos el pueblo y llegamos a una pequeña planicie denominada "Ejido". Bajo los techos de una Escuela de Agricultura, los alumnos practican y aprenden a amar la tierra. En este punto, existe un baño garrapaticida. A propósito: cuentan que un "chagra" "leído y escrito", haciendo conocer estos lugares a un turista, le dijo:

—Vea, señor mister: aquí tienen los "toristas" que lavarse los pies, antes de entrar en Sangolquí.

A lo que el turista, le respondió:

—¡Ah, cagamba, mi no podedg bañarse, porque mi no venig vestido de baño!

Bordeamos el "Ejido" y pasamos dos o tres puentes más -- de estructura pequeña -- hasta llegar a San Rafael, donde principia el camino para los baños del Tingó. Desde aquí, comienza a adivinarse el movimiento de la fiesta de los toros. Cholas vestidas de domingo, con pañolones de colores subidos, rebosos de franela y aretes bellísimos en sus orejas. Indios de calzón de dril blanco, ponchos colorados y sombreros de lana. Todos con los rostros alegres, preparándose para ir a la población a divertirse.

El autobús se dirige a la Plaza del Turismo, en la que un sinnúmero de autobuses y carros, se aglomeran y discuten con la voz gangosa de pitadas estridentes. Bajamos del carro. Los enamorados, antes de descender, buscan en el autobús un beso que se les ha perdido.

La algarabía más grata recorre por todas partes. Un gentío enorme ambula por las calles. Las chiquillas del lugar, vestidas de lujo, ofrecen a los visitantes sonrisas de agradecimiento. Y los visitantes, en número crecido, van por las calles, alegres y felices. Cerca del local en que funciona la Tenencia Política, una banda de músicos pone en la fiesta los acordes de una marcha triunfal.

El reloj que ostenta la torre de la Iglesia señala las once de la mañana. Qué hermoso espectáculo ofrece la plaza. En su derredor, palcos hechos de madera, la circundan totalmente. En los balcones de las casas, "colchas" ofrecidas para los toros, brindan sus coloridos más variados y conquistadores. La gente va de un lado para otro. En el Hotel se apiña la multitud, asegurando el almuerzo. En las "chinganas", el "puerco hornado", pacientemente extendido, espera su destino. Las tortillas, doradas y provocativas, se manifiestan gratisimas al olfato más fino. Y las botellas, alineadas como soldados rasos, inquietan con el líquido que guardan y que hace dichosos a los sufridos; ricos a los pobres; alegres a los tristes!; y a los cobardes valientes. ¡Bendito Don Rafael Flores!

La multitud se confunde sin distinciones de clase. Junto al indio de pie descalzo, el aristócrata echa al aire humaradas de "Chester". Al lado de la chiquilla de la ciudad, está la chola de rebozo colorado, sonriendo al albañil que le lanza piedrecitas, enamorándola. Se co-

dean los "chullas" con la gente de pueblo. Todos en amalgama hermosa que hace pensar en lo grandioso de la democracia. Y así, entre personas a quienes conocemos, podemos ver a **K-Chito**, con su máquina fotográfica y su afán por todo cuanto significa capas, "faroles", estocadas y puntilla. A nuestro buen amigo, Antonio Gavilanes, afañoso entre un ramo de chiquillas, cantando, a media voz: "Tu eres la rosa, yo soy la espina". A amigos y amigas, en fin, decididos a pasar una hermosa tarde en tan bella población.

Antes de almorzar decidimos tomar un baño en el Tingo. Y hacia ese balneario nos encaminamos. Jugamos con muchachas a quienes no conocemos. En el baño y en la mesa es donde se hacen las mejores amistades. Después del baño, a Sangolquí. Al almuerzo. Pero, ¿dónde almorzar? Los hoteles repletos de gente. Y no nos queda otro remedio que introducirnos en una "chingana" y arremeter contra el "hornado", las tortillas y la chicha de jora. ¡Es decir, un banquete!

Se acerca la hora en que debe comenzar la corrida. Se nota en la multitud mayor afán, mayor movimiento. Principian a ocuparse los palcos. Las muchachas van ascendiendo a ellos, por escaleras débiles, ofreciendo a los curiosos hermosas perspectivas. Ya es otro el paisaje que podemos contemplar. Hermosas mujeres que ofrecen sus galas y sus gracias. Mantones de manila. Coraje en los rostros de los hombres, decididos a brindar su valor a la novia que habrá de presenciar sus heroísmos de torero. La banda de música, desde un tablado especial, pone en los corazones alegría y emoción.

Principia la corrida. Se inicia con un desfile de "chacareros" cabalgando briosos jamelgos y cubiertos con

sombreros alones, que pasean por el ruedo, mientras los aplausos subrayan su presencia.

Va a salir el primer toro. Ya está ahí. Es un negro, nervioso y atrevido, que se lanza como una exhalación. Los toreros, en número crecido, se plantan a su vista con ponchos, sacos, sombreros y capas, buscando lances para lucir su donaire y su valor. El toro, ante tanta gente, no sabe por dónde irse. Quiere enbestir al uno y siente el asedio del otro. Corre detrás de un poncho colorado, mientras se molesta que le tiren de la cola de manera atrevida. Y reparte cornadas a derecha e izquierda. Uno cae bajo su empuje. La gente se emociona y aplaude, poniéndose de pies. Las mujeres gritan y se ensayan dos o tres desmayos entre las damas débiles.

Alrededor de la pila se apiña gran cantidad de toreros. Se acerca el toro y los pone en fuga y caen y se atropellan desesperadamente. Algunos sufren las consecuencias. El toro los sigue en busca de algo con qué calmar sus iras. Esto produce estruendosas carcajadas entre el público, ávido de emociones.

Entre los "chagras" que torear, se destaca uno que se planta y saca lances que son recibidos con aplausos y con entusiasmo griterío. El toro, ante semejante desbarajuste y apremio de todo lado, va perdiendo nerviosidad y bravura. Hay que meterlo. Y que salga otro.

¡Sale un colorado, bribón, que enbiste con acierto y siembra el terror entre los toreros. Este toro es aplaudido por el público. Y oye usted estos comentarios:

—Este está macanudo.

—Si los toros del Antizana son feroces.

—Ve, Rosa, fíjate como le agarra a ese "chagra".

En efecto, un torero no pudo esquivar el bulto y fué

golpeado por el toro que lo lanzó a dos o tres metros en el aire. La gente celebra este hecho con risotadas y aplausos. Se emociona y grita, desesperada y entusiasta.

Sigue el toro, bravo como pocos, sembrando el pánico entre los espectadores y el miedo entre los que torear. A uno lo agarra por la espalda y le lanza a la pila. Y era de verle salir, cojeando y chorreando agua. Fué muy aplaudido.

Toro feroz, continúa repartiendo cuernos a todo el mundo. Otro cae bajo la fuerza de sus astas. Se arremolinan a su derredor los toreros para impedir que el toro le dé muerte. Un "chulla", medio embriagado, espera al toro con un periódico en la mano, a falta de la capa. Le dió un lance. Salió victorioso. Un chusco, dice, por ahí:

—¡Qué gracia, si le muestra el artículo de fondo y el toro sale corriendo!

En las "chinganas" el licor va prendiendo el entusiasmo y el deseo por salir al redondel. Se aumenta el número de toreadores. A todos contagia el afán de torear y dar un lance. Los que se arriesgan van cayendo bajo el ímpetu del toro colorado, que no desmaya en atacar a todo cuanto encuentra. Nosotros, también, ya nos sentimos picados de deseos de torear. Nuestros amigos nos ofrecen un poncho y bajamos a la plaza con gesto heroico de toreros viejos.

Nos mezclamos con los toreadores. Y esperamos que saquen otro toro para ensayar una "verónica" que arranque aplausos a K-Chito. Ya sale otro. Es también un colorado. Bravísimo, llega dando saltos y con perversas intenciones. Va a pasar por nuestro lado. Y con miedo en todo el cuerpo, tembándonos las manos y el corazón

achicado, le presentamos el poncho, giramos los talones y nos agarra con un cuerno, rasgándonos el pantalón y lanzándonos a tres metros de distancia. El dolor de la cornada nos molesta. Pero nos molesta mucho más aquello de andar con una pierna al aire, henchidos de vergüenza. Todos ríen semejante cosa. Hemos perdido.

Van saliendo otros toros y repartiendo cornadas sin miedo ni medida. Y otros toreadores también van recibiendo lo suyo, en riguroso turno. En medio de tanta agitación, se escuchan gritos en uno de los palcos. ¿Qué pasa? Es que se viene al suelo, con estrépito de maderas que se rompen. Dos o tres contusos. Un pobre hombre que ha caído de cabeza sobre un elegante "puerco hornado" de la "chingana" de abajo. El accidente pasa, como si tal cosa.

La alegría y el coraje siguen compantes en la plaza. La banda de música lanza a los aires sonos armoniosos de marchas que encienden el valor. Corre el licor por todos lados. En las "chinganas", las mujeres de los indios, luchan a brazo partido para impedirles que salgan a la plaza a enfrentarse con los toros.

Y el heroísmo se mete en todos los pechos. Es la sangre de la raza que palpita en las venas. Que impulsa y que nos lanza hacia aquello que nos infunde miedo y nos seduce.

Continúa más animada la corrida. Los chillidos de emoción van aumentándose. Porque los toreadores, más animados por repetidas libaciones, hacen heroísmos y cometen locuras.

Y nosotros, que ya sabemos lo que es recibir una cornada, modestamente regresamos al palco con el pantalón destrozado y con la firme intención de nunca más

meternos a valientes. Al vernos llegar, un amigo nos dice:

—¡Caracoles, te has fregado el pantalón!

—No importa —respondemos— porque nuestra costilla nos mandó con el ternito virado, por si acaso...

Sigue la locura jugando con el valor y con la muerte.



**DESVENTURAS DE
UN DESOCUPADO**



PUCHICAS, estoy fregado!— fué mi primera exclamación al saber que había sido despedido del empleo.

Y las siluetas de mis nueve "guaguas"— porque Dios y mi costilla me han dado nueve, entre hombres y varones, digo entre hembras y mujeres— fueron desfilando por mi mente, extendiendo sus manos hasta mí y pidiéndome pan.

Tenía sobre mí la catástrofe. Ser despedido del empleo significa situarse a la vera de la posibilidad de vivir. Encasillarse entre los que pertenecen a la gran falange

de los que, careciendo de medios de fortuna y de tías que satisfagan las necesidades, viven del sable, de los fíos y del sinnúmero de arbitrios ingeniosos que se ven obligados a inventar para mantenerse a flote en el mar proceloso de su lucha diaria. Ser despedido del empleo significa iniciar la batalla para defender la vida de quienes constituyen la familia. Es decir, atacar a bayoneta calada para amparar a nuestra mujer, a los nueve "guaguas", al gatito de angora, al perrito y a la criada de mano que la tenemos desde que contaba dos años de edad. Todo esto tiene el nombre de tragedia. Y es por lo que la noticia de quedar fuera del Presupuesto Nacional o aislado de cualquiera Oficina particular, fábrica o taller, entraña un dolor que se mete en el alma y una angustia que aprieta la garganta.

Por lo regular, los que pertenecen a la clase media, desvinculados de halagadoras posibilidades de una herencia y con la mala suerte de nunca acertar en la lotería, jamás se preocupan de ahorrar. Y lo que entra por la puerta sale volando por la ventana. Dejando, claro está, una estela inmensa de deudas que se aplazan, de deudas que no se pagan y de deudas que pasan a la historia. Es verdad, también, que lo poco que en la actualidad se gana apenas alcanza para satisfacer las necesidades más apremiantes: el arriendo y la comida todo lo absorben. Los dueños de casa, con verdadero acierto, han principiado a subir los cánones de arrendamiento, alegando la desvalorización del sucre, la fiebre tifoidea y la venida del Nuncio. Y las subsistencias —modernos aviones— van subiendo y subiendo hasta perderse en la inmensidad de los espacios. Si a esto se añadé que no tenemos empleo y ni un sólo centavo de reserva y contamos con un batallón por familia, resulta que —como afirma un di-

cho popular — nos volvemos locos o tenemos que meter-nos de “chapas” No nos queda otra alternativa.

Ignoro la causa por la cual se me ha puesto en la calle. En mi cargo, siempre cumplí con las obligaciones y, sobre todo, con la tradición: llegar a la Oficina a las nueve de la mañana, enfrascarme en la lectura de los periódicos, hacerme lustrar los zapatos, conversar de política, murmurar de los Jefes, coquetear con las compañeras de trabajo, hacer un oficio de tres líneas, darme tono de hombre importante y pedir suplidos del sueldo al Oficial Pagador. ¿A esto llama usted trabajo? Preguntará algún curioso. A esto, lector amigo. Porque esto es lo que se hace. En nada he faltado a mis deberes. Sin embargo, ya lo ven ustedes. Soy un desocupado más que aumenta el número de los que, con visión certera, se han apoderado del Parque de la Independencia para formar una colonia.

A las seis de la tarde, hora en que he recibido semejante nueva, salgo de mi ex-Oficina, en la que he trabajado por espacio de quince años, con dirección a mi casa. A la salida, todos los compañeros me dan su pésame y me dicen:

—Ve, cholito, te juro que siento en el alma. Pero nosotros te hemos de ayudar para que consigas otro cargo. Oyes, ¿tienes un tabaquito?

¡Qué infamia que a uno, en semejante estado, le pidan un tabaco!

—Algún motivo has de haber dado —manifiesta otro compañero— y por eso es que te sacan.

—Ve, “cuico” —expresa un tercero— de lo que tienes que retirar de la Caja de Pensiones, prestarasme unos cinco sures.

¡Qué infamia que a uno, en semejante estado, le pidan cinco sures!

—Lo mejor— dice otro por ahí— es que le hagamos asentar el susto. Vamos donde la Bolaños, ya saben que los lunes prepara una regias empanadas.

¡Qué infamia que a uno, en semejante estado, le hablen de empanadas!

Todos los compañeros se interesan por llevarme a olvidar la pena en el fondo mágico de una copa cristalina. Y me llevan donde la Bolaños. Y bebimos unas copas antes y después de servirnos unas magníficas empanadas que quitan el sueño. (Esto no sólo es propaganda, doña Merceditas, sino la pura verdad). Luego de ingerir licor para olvidar la desgracia, me siento heroico para afrontar a mi costilla. Y con gesto enérgico me despido de mis viejos compañeros y sigo por una calle cualquiera hacia el oasis de mi casa. Así debió regresar Napoleón después del desastre de Moscú. (Uno también sabe historia, ¡qué caramba!)

La pena más profunda barrena mi espíritu, sin embargo del optimismo que las copas me han inyectado. Debo tener una cara de verdadero ingenuo, ya que al pasar por el mercado, a esa hora de la noche —las siete y media— una vendedora de fruta, presentándose un plátano, me dice, con voz rotunda:

—Viá caserito, lleve pes este rialito de duraznos para que haga dulce de guayaba.

Quiero reír y no puedo. Ensayo una sonrisa dolorosamente trágica. Y sigo mi camino, pensando en lo que debo hacer para salvarme y salvar a los míos del próximo naufragio. A esto —con la franqueza que me caracteriza y confiando en la reserva de mis buenos lectores— debo añadir que tengo un asunto funesto que arreglar: a mi costilla, con motivo de un último préstamo de la Caja de Pensiones, le mentí que había “sa-

cado" solamente doscientos sueres; y, en realidad, con la más grande de las frialdades, firmé un pagaré por cuatrocientos. Con los doscientos que me quedaron pasé unos lindos días con mis amigos y con unas amigas buenasmozas; quienes, al saber ahora que estoy sin empleo, me han de volver la espalda y cuando las salude, han de decir:

—¡Quién será ese cholo atrevido que nos saluda!

Tengo, pues, delante dos tragedias: la del empleo y la de las cuentas. Porque inmediatamente tengo que retirar el fondo que poseo en la Caja y han de descontarme lo que adeudo. ¡Cosas que pasan a los débiles! ¡A los débiles de corazón!

Ya estoy en la puerta de calle. Antes de entrar, el sastre de al lado a quien le debo de tres "planchadas", se me acerca a cobrar:

—¿Puede darme ahora, "chullita"?

—Vea, maestríto— le digo— el sábado le he de pagar. Venga, voy a darle un ternito para que le "vire". De todo le he de dar reunidito

Y entro a la casa con el sastre, presintiendo que comienzo a perder la vergüenza.

—Ve, hijita— pido a mi costilla— dale el terno azul para que le "vire".

Se va el sastre y quedo frente a mi desgracia. Digo, frente a mi mujer. Los chicos me halagan con sus caricias. Pero sólo consiguen hacerme entristecer mucho más. Es que ya imagino lo que va a suceder. Es que veo que, por mi edad —más de cincuenta años, lo digo sin ocultar la verdad— será para mí; a pesar de las "palancas", un poco difícil conseguir otro empleo. Y al ver que tenemos que dejar esta casa en donde nos permiten lavar la ropa y donde



no tenemos como dueño un tigre sino una paloma, la amargura pone sombras en el paisaje de mi vida. (¡Qué inspirado he estado ahora!).

Pasa el primer día de mi desocupación. El prólogo de mi desgracia va a ser la búsqueda de piezas, el traslado de los muebles y eso de tener que decir a la paloma:

—Vea, doña Manuelita, le vamos a dejar un diván en prenda de los ocho meses de arriendo que le debemos.

A las doce y media p. m. del día siguiente, moliendo estaba mis pesares en la piedra de moler de la imaginación, cuando la voz de mi costilla sacóme de mi ensimismamiento:

—¡A almorzar, Eva!

“Eva” es el apócope— que palabra más difícil— de Evaristo, que es mi nombre. Bajé al comedor— digo comedor por presumir, ya que comemos en la misma cocina como la mayoría de los que dicen tener comedor y no lo tienen— y me senté a la mesa que, como todo un hombre, se sostenía sólo en dos patas. Rodeado de mis nueve “guaguas”, parecíamos los doce apóstoles con mi mujer y la cocinera. Sobre el blanco y brillante mantel —digo mantel por presumir, porque no era más que un periódico extendido—, el tostado de manteca tenía tonalidades doradas, intensamente provocativas. La fuente tentadora de “mashquita” nos ofrecía nutrido alimento.

Me sirvieron un exquisito arroz de cebada con carne de “puerco”. Bocado excelente. Con desgano comencé a servirme. Como notara mi costilla, preguntóme:

—¿Qué tienes, Eva?

—Nada Cisca— respondí. Cisca es apócope de Francisca, de acuerdo con la moda, naturalmente.

—No, "vos" tienes algo, se te nota en la falta de apetito.

—Tal vez el hígado— aventuré.

—Es de que te hagas ver con un médico — me dijo, interesándose vivamente por mi hígado.

—¿Te agrada el arrozito?— me preguntó.

—Está de chuparse los dedos— manifesté, y dejé de servirme.

—¿Por qué no comes?— investigó.

—Sabes, Cisca, que tengo no sé qué.

—Qué será, pues, hijito— Y dirigiéndose a la cocinera: —Natalia, pasá el segundo plato.

Y el segundo plato es el mismo arrozito de cebada, pero con leche. Con el pesar que me anonada, no tengo deseos de servirme. Y aguardo la tercera cosa o sea el "tercer plato", que consiste en el primer arroz de cebada mezclado con el de leche. ¡Una ricura!

—No, "vos" tienes algo, eso no me quitas de entre las cejas. A propósito de cejas, Eva, traerame una pinza para depilarme, porque uno de los chicos la ha confundido. (Es que mi mujer se depila las cejas, a pesar de sus cuarenta años y de un reuma que no le deja tranquila).

—¡Qué infamia que a uno, en semejante estado, le hablen de depilación!

Después de la "tercera cosa" me sirvo el clásico vaso de agua y hago inauditos esfuerzos por confesar la verdad a mi mujer. Pero me contengo por no darle una pena y porque ha de creer que he dado algún motivo y que es mía la culpa.

Me levanto de la mesa, tomo el sombrero y salgo repartiendo sonrisas y los últimos "medios" a los chiquitines. En la calle, vuelve a clavarseme en mitad del pe-

cho la idea de la desocupación, que significa hambre para los míos y días de tristeza y de dolor para mí. ¿A dónde ir? A vagar por esas calles, sin rumbo, sin una ruta y con la amargura más profunda metida en el alma. Una, dos, tres calles voy andando. Los amigos me saludan, porque ignoran que soy ya un desocupado. Con uno de ellos me planto a conversar, a las tres y media de la tarde.

—¡Qué milagro a estas horas en la calle, Evaristo!— comenta, mientras estrecha mi mano efusivamente.

—Sabes, cholito— manifiesto, medio turbado y con vergüenza de decir que soy un pobre— que el Jefe me mandó en comisión de servicio.

—Se ve que estás muy bien en el empleo, cuando te hacen estas confianzas.

—Ahora estoy más seguro que nunca—digo con marcada ironía y con profunda venganza. Y me despido de él para ir por otra calle. Siento, a ratos, ímpetus de optimismo. Deseos de recurrir a la amistad que algunos amigos me ofrecieron. Y pedirles que me apoyen, que me ayuden a conseguir trabajo. Y eso hago: ir de amigo en amigo, contándoles mi tragedia y pidiéndoles que me apoyen. Todos ofrecen ayudarme. Todos tienen para mí la hipócrita sonrisa del que ofrece y no cumple. Llego a ir hasta donde un alto funcionario público. Me recibe con afecto. Le cuento mi desgracia y demuestra marcado interés por servirme. Apunta mi nombre. Y me despide con palmaditas en la espalda y con esperanzas en el corazón. “En la primera oportunidad... sus conocimientos le hacen merecedor... hombres como usted son necesarios en la Administración”, son las palabras que quedan retumbando en mis oídos, acogedoras y buenas. Pero terriblemente huecas. Sin sentido y sin

realidad. Porque todas ellas son meras muestras de diplomacia. Son lenitivos que se dan para mitigar el dolor, el sufrimiento, la desesperación. Son frases para pasar el rato.

Y así un día y otro día. De nuevo estoy en la calle sintiendo sobre mis hombros el peso de una desgracia sin remedio. Llego a la Plaza de la Independencia. En la esquina de la Concepción, miro un grupo de "chullas" que comentan. Olvidando mi tristeza, me acerco y escucho para entretenerme:

- No seas tan plantilla — dice uno de ellos, a otro "sinsombrerista" y con vaselina en el cabelló.

- Te juro, cholito, que es así: aquí en este sitio de la Concepción van a construir el Palacio Legislativo, con todo confort: tendrá baño de agua fría para que los diputados que se acaloren en las sesiones, salgan a refrescarse; bar, para que los senadores que carezcan de inspiración, la vayan a buscar en medio de dos turnos de cognac; ring de box, para que diputados y senadores que quieran pelear, lo hagan en sitio adecuado y regresen a la Cámara tranquilos, pero con los ojos a la "vinagreta".

Con algunas carcajadas son acogidas estas palabras. Para mí no tienen interés. Y por ello, me alejo y me dirijo al Parque. Entro en él y aspiró con fruición un olor a jazmines y a tabaco. Los jazmines pertenecen al Parque. Y el tabaco a los militares retirados y desocupados que se han apropiado de bancos, flores y pájaros del Parque. Me siento en un banco y aguardo que sean las seis de la tarde para ir a mi casa. El Parque, como todos los centros en donde posa su planta la humanidad, tiene su vida propia que la relataré próximamente.

Suena la sirena. Y como los chicos que salen de la Escuela, desocupados y militares retirados abandonan el

Parque y se dirigen a sus casas con la satisfacción del deber cumplido.

Llegó a la mía. La encuentro a obscuras.... Es que nos han cortado la luz, por estar debiendo un mes de la pensión. ¡Principia la debacle, el descarrilamiento, el derrumbe!....

En el dormitorio han encendido una esperma. Entro con toda la mala gana del caso. Mi mujer me comprende y me acosa a preguntas. Al fin, luego de dudar y de resolverme, de una vez, le digo:

—Hijita, tienes que suprimir el lápiz de labios, las ojeras, el polvo "Antea" y las medias de seda, porque estoy sin empleo.

Y cierro los ojos esperando el aluvión de costumbre. Al ver que nada me contesta, la miro con un ojo enteraabierto y comprendo todo el dolor y la amargura que se dibujan en su cara. Me duele el corazón. Sufro y protesto al mismo tiempo.



Velozmente van corriendo los días y las semanas sin siquiera una esperanza para mi anhelo de encontrar trabajo y con peoría para mi situación. Para poder subsistir he retirado el fondo de la Caja de Pensiones. Con ello he pagado algunas deudas y con el saldo hemos vivido unos días. Pero como ya se terminó, ha principiado —como era de esperar— el desfile de lo que adquirimos en tiempos de bonanza. Es así cómo fué el aro de matrimonio lo primero en ir a la Casa de Compra-Venta, como llaman hoy a la Contaduría; luego, la má-

quina de coser, de la que debía la mitad de su precio; después, unos floreros de la sala; más tarde, la victrola que nos deparó tantos momentos de verdadero halago; por último, varios ternos han ido desapareciendo para volver convertidos en papeletas aterradoras, llenas de advertencias amenazantes. Y el valor se va agotando. Disminuye el optimismo que me dió fuerzas para creer que iba a surgir por el propio valer y por el propio esfuerzo. Vanas ilusiones que se desvanecen con el soplo duro de la realidad.

A esto se suma que los "guaguas" tienen que entrar a la escuela. Y para esto se gasta, sin embargo de haber escuelas gratuitas. Y se gasta tanto que a lo mejor y por no contar con los medios necesarios, probablemente van a quedarse sin saber leer ni escribir. Malos que no tienen remedio.

Debo, lectores amigos, a la tienda de la esquina. La señora de la leche hace viajes diarios hasta donde mi mujer por cobrarle no sé cuánto. El sastre me persigue y ya no puedo salir a la calle. La paloma de la dueña de casa nos aconseja que vayámos de vacaciones a Baños. ¡Qué sarcasmo! Debemos a media humanidad. Y la hora de mi redención tarda más que los tranvías que hacen el servicio en esta bella urbe.

Mi mujer sufre conmigo. Pero abriga la esperanza de sacarse el "gordo" de la lotería. Hoy empené un sombrero, por el que me dieron tres sucres. ¡Y saben ustedes lo que hizo mi costilla? ¡Gastar dos sucres en lotería para dejarnos sin tomar café!

En medio de tanto desengaño, un sólo amigo me acompaña. También es desocupado. Juntos recorreremos las Contadurías. Cada vez que me reciben una prenda

me abraza, se le saltan dos lágrimas de los ojos, y me dice:

—Evaristo, sólo yo soy tu amigo. Todos te han abandonado, pero yo jamás. Dime, ¿cuánto te dieron por la blusa de seda?

—Cuatro sucres — respondo, presintiendo el “sablazo”.

—Sólo tienes a tu amigo. ¡Ve, Evaristo, préstame otros cinco reales!

Y me abraza nuevamente, mientras de sus ojos saltan otras dos lágrimas y ríen sus labios con picardía.

En el fondo de mi alma aletea todavía la esperanza. Espero, pero espero sin fumar, porque he tenido que suprimir el tabaco. ¡Con lo vicioso que yo era!



I N D I C E

	Página
Carta -- Prólogo	
Casi Autoretrato del autor	
La Plaza del Moreado	1
El bendito Autobús	7
El Correo	15
El Parque de la Independencia	25
La calle de la Ronda	33
En busca de la Cédula	43
La Noche de Navidad	55
Hablando con Don Simón	63
La Pelea de Gallos	73
El día de la Quincena	83
En la Peluquería	95
Reportaje Fantástico	103
Un viaje a Machachi	111
Sábado Inglés	123
El Divorcio	131
Las dichosas cocineras	139
He visitado una bruja	151
Charlas de comadres	163
Los hijos abandonados	173
Buscando compadres	183
Viva la farra	195
Una vista panorámica de las Oficinas de Registro Civil	209
La llegada del tren	221
La tragedia del inquilinato	233
El chapita de la esquina	243
Toros en Sangolquí	253
Desventuras de un desocupado	267